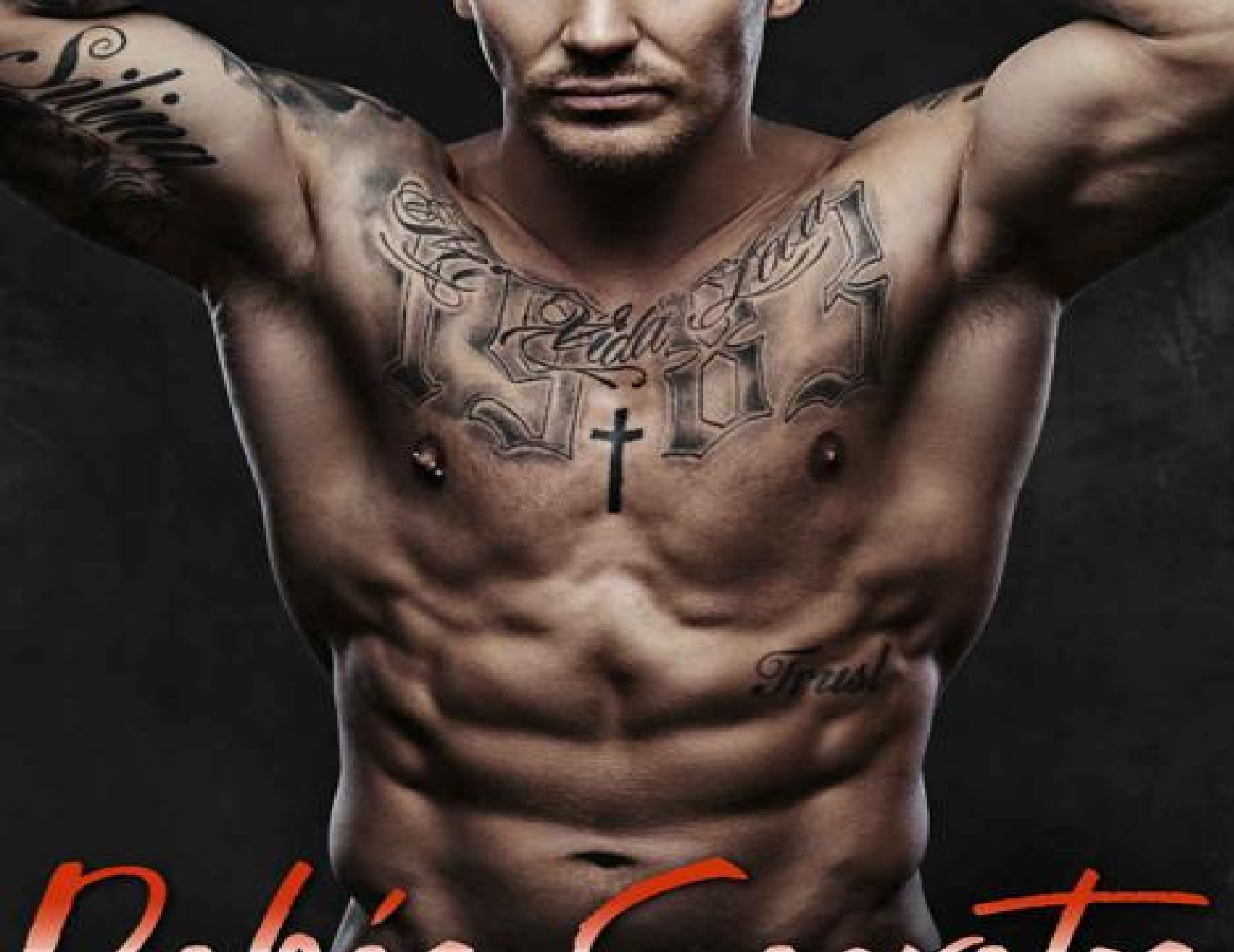




*Bebés Secretos*  
*Para El Jefe*

DE LA MAFIA

ROMANCE MAFIOSO

ROSALIE ROSE

# Bebés secretos para el jefe de la mafia

Romance mafioso

Rosalie Rose

Copyright © 2024 por Rosalie Rose

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, distribuida o transmitida en forma alguna ni por ningún medio, incluidos el fotocopiado, la grabación u otros métodos electrónicos o mecánicos, sin la autorización previa por escrito del editor, salvo en los casos permitidos por la legislación estadounidense sobre derechos de autor.

La historia, todos los nombres, personajes e incidentes representados en esta producción son ficticios. No se pretende ni debe inferirse ninguna identificación con personas (vivas o fallecidas), lugares, edificios y productos reales.

**PULSE AQUÍ**

**para suscribirte a mi boletín y recibir actualizaciones EXCLUSIVAS  
sobre todas las ofertas, avances secretos y nuevos lanzamientos.**

## Índice

Bebés secretos para el jefe de la mafia

Advertencia sobre el contenido

1. Camilla

2. Luca

3. Camilla

4. Luca

5. Camilla

6. Luca

7. Camilla

8. Luca

9. Camilla

10. Luca

11. Camilla

12. Luca

13. Camilla

14. Luca

15. Camilla

16. Luca

17. Camilla

18. Luca

19. Camilla

Epílogo

## Bebés secretos para el jefe de la mafia

**Tuve gemelos con un despiadado jefe de la mafia  
Y lo mantuve en secreto durante años  
Ahora ha vuelto para reclamar lo que es suyo...**

*Camilla*

**Luca Bianco era el enemigo de mi familia.  
Posesivo, peligroso y pecaminosamente ardiente. Sin  
embargo, no importa cuánto lo intentara,  
esos ojos penetrantes,  
esas manos errantes...  
no podía escapar del recuerdo de su cuerpo sobre el mío.  
O cómo lo veo en nuestros bebés;  
De los que nunca le hablé.  
Pero lo que no sabía era que cuando papá murió,  
Nuestro negocio fue vendido a Luca  
Y me enamoraría del Diablo de nuevo.  
Pero si Luca me quiere a mí y a sus bebés,  
Tendrá que pedir clemencia...**

*Luca*

**Fui un asesino despiadado.  
Todo lo que tocaba, lo  
manchaba deliberadamente...**

todo excepto a ella:

**Camilla.**

Ella era la rosa roja para mi oscura espina.

Sólo pasamos una noche juntos,

pero nunca dejó de estar en mis pensamientos;

**La única chica que dejé escapar.**

Pero ahora ella está de vuelta en mi alcance,

Y con nuestros hijos que había mantenido en secreto.

**Pase lo que pase,**

**Ellos serán mi redención,**

**Y destruiré todo lo que intente tocar a mi familia.**

## Advertencia sobre el contenido

Esta historia está dirigida a lectores mayores de 18 años y contiene temas que pueden resultar delicados para algunas personas, como la violencia, las menciones de sangre y asesinatos y las escenas de amor explícitas.

1

— • —

## Camilla

*Veintiún cumpleaños.*

La comodidad no se tiene en cuenta cuando es tu cumpleaños. Creo que es una regla básica. A mí no me gusta. Nunca he sido de las que se ponen un vestido ajustado y tacones altos. Me gusta la comodidad. Prefiero unos vaqueros y una camiseta o un chándal.

Dios, me encantan los pantalones de chándal.

Pero es mi cumpleaños y no es un cumpleaños cualquiera.

Cumplo veintiún años y mis amigas se niegan a que salga a la calle en pantalones deportivos y sudadera.

—Bueno, te has puesto muy guapa — Cora me pasa los dedos por los rizos recién hechos y me sujeta por el hombro.—Cierra los ojos.

—Cora...

—Escúchala —, dice Jasmine mientras sube la cremallera del cuarto vestido que me ha hecho probar. —Porque tienes que sorprenderte de lo increíble que estás. Quién iba a decir que todo esto estaba escondido debajo de esa ropa desaliñada".

Le doy una palmada en el brazo y me río.

—Actúas como si nunca me vistiera bien. Lo hice para la graduación.

—¡Eso fue hace meses! —Jasmine suena como si estuviera consternada.

—Vale, ya basta. No importa. Lo que importa es que esta noche entrarás en el club y los hombres se romperán el cuello al mirarte porque, joder, nena, ¡estás buenísima! —Cora me hace girar para ponerme frente al espejo.—¿Estás lista?

—Sí. —Estaba lista para seguir con la noche y llegar a casa a una hora decente y así poder meterme en la cama y ver mi serie favorita, que ya había visto mil veces.

Soy una persona de costumbres. Creo que en parte es culpa de mi padre. Crecí en un hogar muy estricto. Mi padre es un hombre poderoso con enemigos poderosos, así que me protegía a cualquier precio. Mi escuela era privada y tenía la mejor seguridad. No recuerdo un día en el que no tuviera guardaespaldas. Estoy tan acostumbrado a estar sola que estoy acostumbrada. Lo prefiero. Me gusta no tener que impresionar a nadie y me da tiempo para pensar en mí y en lo que quiero.

—De acuerdo. Abre.

Respiro hondo, hago lo que me dice y jadeo al verme.

—¿Verdad? Estás fenomenal—, casi chilla Jasmine.

Admiro mi aspecto y sonrío, sintiéndome segura y sexy. No me sentía así desde hace... bueno, en realidad, nunca. Llevo el pelo largo y oscuro rizado y no me he maquillado demasiado, pero un ligero brillo en los párpados resalta mis ojos marrones. El vestido no tiene tirantes y me llega a medio muslo. Las lentejuelas plateadas brillan con la luz, aunque ya noto que me arañan bajo el brazo. Voy a querer quitarme este vestido en menos de una hora, y la noche no ha hecho más que empezar.

Los tacones son de un rojo intenso, añaden diez centímetros a mi estatura, y me digo que mañana pondré los pies en remojo en agua caliente porque no hay duda de que van a estar doloridos.

—Pero no lo olvidemos—, canta Cora, poniéndome una banda sobre el hombro.

—Invítame a una copa. Tengo veintiún años. Mi PayPal es...—Levanto la barbilla y parpadeo.

—¿En serio?

—Nena, no vas a pagarte las copas esta noche. De ninguna manera. No con este aspecto—. Me pega en el culo y yo suelto una risita, cogiendo mi bolso de la silla de la esquina.

—¿A qué estamos esperando, entonces? Vámonos—. Tropiezo con mis propios pies y Jasmine me sujeta mientras Cora grita. Me aclaro la garganta, me enderezo y me aliso el vestido con las manos. —Estoy bien. Estaré bien.

—Cinco dólares a que se cae al final de la noche—, murmura Cora.

—Diez, y se tuerce un tobillo —, contesta Jasmine.

—Estoy aquí. Sigo aquí. Os oigo —. Salgo de mi habitación, recorriendo el pasillo despacio y con cuidado para no volver a tropezar con estos tacones.

Mis amigas se ríen detrás de mí y nuestros tacones besan el suelo de madera. Suena como si estuviéramos en una misión y, en cierto modo, lo estamos.

Sé que para Cora lo es.

Jasmine participa en la diversión pero, en este grupo, es Cora quien lleva la voz cantante.

—Estás preciosa —dice mi padre mientras se levanta de la silla. Como siempre, lleva un traje impecable. Me besa la mejilla y chasquea los dedos. —Marco. Quédate con ellas en todo momento.

—Papá, ¿no puedo tener esta única noche sin guardaespaldas? —pregunto de modo que mis amigas no puedan oírme. —¿Como regalo de cumpleaños? Por favor...

Suspira, mirándome fijamente como si realmente estuviera pensando en ello.

—Te lleva donde vayas y te espera fuera. No entraré. Es un compromiso.

—¿En serio? —Chillo demasiado alto porque nunca pensé que lo haría. —¿En serio?

—Sí, en serio. Pero si estás en problemas, le envías tu palabra clave.

—Lo juro. Lo juro. Sí —. Doy saltitos por la emoción.

—¿Y cuál es la palabra?

Me hace decirlo cada vez que salgo de casa.

—Pizza —. Porque es mi cosa favorita en el mundo entero.

Asiente y vuelve a inclinarse para besarme en la frente.

—Quiero noticias. Quiero saber que estás a salvo. ¿Llevas tu tarjeta de crédito encima?

—Sí, la llevo.

—Bien. Siempre ve a la zona...

—V.I.P. Lo sé, papá. Me voy ya. Gracias por dejarme tener una noche sin Marco. Sin ofender, Marco.

—No se preocupe, Sra. Thompson. Comprendo la necesidad de independencia,—dice, haciéndome una pequeña inclinación de cabeza.

—De acuerdo. Vete. Cuídate,—grita mi padre desde detrás de mí. —Y no...

—¡Hables con extraños! Sí, lo sé, papá. —Le digo adiós con la mano y sonrío, me encanta lo protector que es conmigo, pero actúa como si no tuviera que hablar con extraños todos los días.

Cora y Jasmine me flanquean, enlazando sus brazos con los míos mientras bajamos los escalones de mármol de la casa.

—Señoritas, ¿dónde quieren ir esta noche? —Marco abre la puerta trasera de la limusina.

—Club Cuarenta y Siete,—digo, y Marco aprieta los dientes, con la mandíbula en tensión.

Cierra la puerta antes de que ninguno de nosotras pueda entrar.

—A cualquier sitio menos allí. Su padre nunca lo aprobaría.

—Marco. Es mi cumpleaños. Por favor. Es el club más prestigioso de la ciudad.

—No" — me corta, sin dejar lugar a discusiones.

—Bien. —Sé cuándo debo dejar de discutir, pero lo que él no sepa no le hará daño. — ¿Qué tal Renegados? —Que está justo bajando la calle del Club Cuarenta y Siete. Ya tengo un plan en mente.

Asiente con la cabeza y esboza una sonrisa, de esas que dicen que ha ganado este asalto.

—Sí, eso será adecuado.—Vuelve a abrir la puerta y extiende el brazo para que entremos en el coche.

—Después de ti, cumpleañera.

—Gracias. —Agacho la cabeza y entro, deslizándome por los asientos de cuero mientras me bajo el vestido que se me sube por el muslo.

Jasmine y Cora suben a continuación, y Jasmine se dirige directamente al minibar. Está guapísima con su vestido color ciruela que abraza sus curvas. Lleva el pelo recogido en una delicada trenza con algunos mechones enmarcándole la cara. Está guapa sin esfuerzo. El único maquillaje que lleva es máscara de pestañas. Tiene un aspecto natural y sensual que siempre he envidiado.

La limusina se pone en marcha y la mampara se levanta para impedir que Marco espíe. Jasmine pasa vasos de chupito y le quita el tapón a la botella de tequila.

—Por la mejor noche de cumpleaños de la historia. Aunque no podamos disfrutar el Club Cuarenta y Siete, Renegados sigue siendo increíble. —Me llena el vaso de chupito hasta el borde y me lo bebo de un trago, con un ardor en la garganta nada agradable.

¿Cómo puede la gente hacer esto todo el tiempo?

—Tengo un plan —susurro, y las chicas se inclinan hacia mí, con sonrisas traviesas en sus caras.

—Oh, esta es la Camilla que rompe las reglas. Me gusta. —Cora choca su copa con la de Jasmine antes de bebérsela sin inmutarse. — ¿Cuál es el plan?

—Iremos a Renegados, pero nos escabulliremos por detrás y nos dirigiremos al Club Cuarenta y Siete.

—¿No crees que Marco se dará cuenta? —pregunta Jasmine.

—No se le permite entrar, en cualquier caso. No sé por qué no me dejan entrar en el Club Cuarenta y Siete, y quiero averiguarlo —digo. —Soy adulta. Debería poder tomar mis propias decisiones.

—Escucha, escucha, —aclama Jasmine, levantando su vaso de chupito.

Hay otro punto en mi lista que no he contado a mis amigas. Quiero que esta noche sea la noche en que pierda la virginidad. No quiero que sea dulce y considerado o algo incómodo. Quiero que

sea algo improvisado con un chico experimentado. No quiero que sea algo trascendental. Si se lo dijera a Jasmine y Cora, me llamarían loca.

Soy adulta, una mujer adulta, y quiero experimentar las cosas que experimentan las mujeres.

Cora lo ha hecho. Jasmine lo ha hecho.

Es mi turno.

Mientras Marco conduce, Jasmine pone música y las luces de neón de la parte trasera empiezan a parpadear. Pulso el botón del techo solar y saco la cabeza, sintiendo el calor del tequila en las mejillas mientras la brisa nocturna me golpea en la cara.

Cora aparece a mi lado, después Jasmine, y vamos saludando a la gente mientras Marco conduce por el centro.

—¡Es su cumpleaños! —grita Cora, señalándome.

Un desconocido ulula y grita: —¡Feliz cumpleaños!

Las colas de los bares y discotecas son kilométricas, y recuerdo que no he comido mientras aspiro el olor a barbacoa que llega del restaurante más cercano.

Me muero de hambre.

Marco para delante del Renegados y yo me agacho para tomar asiento, arreglándome el pelo revuelto por el viento. Estoy nerviosa.

Nunca he ido en contra de mi padre ni de sus normas de seguridad, pero esta noche es diferente. Esta noche necesito romper con los límites y las reglas con las que vivo constantemente para hacer feliz a mi padre. Es hora de ser yo misma sin que nadie me diga nada.

La puerta trasera se abre y sale Jasmine, luego Cora y, respirando hondo, la sigo. Marco me sujeta del brazo y me mira ceñudo.

—¿Qué?

—Hueles a tequila.

Pongo los ojos en blanco.

—Nos bebimos un trago en el asiento trasero. Ya tengo veintiún años, Marco. Puedo hacerlo. Es el objetivo de esta noche. De hecho, puede que me emborrache y me caiga en la limusina cuando nos recojas. ¿De acuerdo?

—No estoy acostumbrado, eso es todo. Como prometí, no te molestaré. Tengo que hacer unos recados para el Sr. Thompson. Llámame cuando estés lista para que te recoja. Y recuerda tu código...

—Marco. Estaré bien. —Le abrazo, y él gruñe porque no se lo esperaba, pero me da unas palmaditas en la espalda. —Gracias por preocuparte, pero estaré bien. Te lo prometo.

Marco ha sido mi guardaespaldas desde que tengo uso de razón. Tiene canas en las sienes, pero la mayor parte de su pelo es negro, y sus ojos siguen siendo agudos, calculadores y preparados para matar.

—Cuídate—susurra en mi oído y cierra la puerta trasera antes de alejarse.

Es el tío que nunca tuve, no sé si él lo sabe, pero es lo que siento.

—¡Venga, vamos! —Jasmine tira de mi muñeca, separándome de Marco.

Me arrastra por la acera y Cora enlaza su brazo con el mío mientras Jasmine se acerca al portero, saltándose la cola. Podría usar mi nombre para entrar, pero no quiero.

—Bueno, ¿qué puedo hacer por ti, guapa? —le ronronea el portero a Jasmine, sonriendo y mostrando sus dientes blancos y rectos. Sus bíceps sobresalen de la camisa.

—Es el cumpleaños de mi amiga. Cumple veintiuno. Esperábamos poder saltarnos la cola para hacérselo pasar bien—coquetea, enroscándose el pelo en el dedo, y Cora me suelta una risita al oído mientras vemos a Jasmine hacer su magia.

Sus ojos color avellana se posan en mí y me mira de arriba abajo.

—Feliz cumpleaños, preciosa —me dice mientras suelta la cuerda roja para dejarnos entrar.

—Gracias", —digo tímidamente, apenas capaz de mirarle a los ojos.

—¡Qué coño! Llevamos horas esperando para entrar", grita alguien.

—¡Mándalas al final de la fila! —grita otro.

El portero se yergue, por encima de todos, y grita: —Cierra el pico. Di una cosa más y no entrarás. —Nos abre la puerta y sonrío como si tuviera dos personalidades distintas. —Divertíos, señoritas. Y quizá te vea luego —coquetea con Jasmine.

—Tal vez lo hagas. —Ella le guiña un ojo, tirando de nosotras hacia el interior.

Las luces de neón parpadean intensamente, pasando del morado al azul y al verde, y la música retumba con fuerza, haciendo vibrar las paredes.

Una multitud de cuerpos que bailan en la pista chocan unos contra otros con el ritmo palpitante.

—Venga, vamos a la parte de atrás —grito, sin querer quedarme aquí ni un momento más de lo necesario.

El Club Cuarenta y Siete es el lugar al que he soñado ir desde que abrió, y no dejaré que las reglas de mi padre influyan en ello.

Tomando a Cora de la mano, Jasmine me sigue. Caminamos entre la multitud, recibiendo empujones. La bebida fría de alguien se derrama sobre mi piel y me alejo dando un respingo.

Tardo unos minutos en cruzar el club, esquivando manos que me agarran y abucheos ebrios, pero no quiero pasar ni un segundo más aquí.

Llegamos hasta la barra y tomo unas servilletas para limpiarme el brazo.

—Hay un guardia en la entrada trasera —suspira derrotada Cora.

Jasmine se lo toma como un reto.

—Actúas como si no hubieras ligado antes. —Pone los ojos en blanco y se dirige a la puerta trasera.

La seguimos, intentando igualar su confianza. La servilleta mojada que llevo en la mano no ayuda, y la tiro hacia la izquierda, esperando que nadie se dé cuenta. Manteniendo la barbilla alta, clavo la mirada al frente y me fijo en el objetivo.

Es más grande que el portero que vigila la entrada y tiene los brazos cruzados.

—Esto no es una salida, señoritas.

—Escucha, —Jasmine se adelanta. —¿Quieres saber la verdad? Estamos tratando de escapar de un ex pegajoso y saltando de bar en bar para perderlo.

—¿Está aquí?

—Sí está, pero no importará si lo echas. Nos encontrará de nuevo. Por favor, déjanos salir para que podamos volver a casa. Él aún no nos ha visto, pero nosotras a él sí y nos adelantamos. Por favor —suplica, con un toque de desesperación en la voz.

Asiente con la cabeza, abre la puerta trasera y hace crujir los nudillos.

—Dame un nombre, y me aseguraré de que no vuelva a ser bienvenido aquí.

—Simon Lee —responde Jasmine rápidamente, dando el nombre de su exnovio maltratador.

—Cuidaos, señoritas.

—Gracias. Muchas gracias. —Jasmine besa al portero en la mejilla, y si no me equivoco, él se sonroja.

—Está bien, pero no le digas a nadie que te he dejado salir.

—Mis labios están sellados. —Hace el gesto de cerrarse la boca y tirar la llave.

Sacude la cabeza y cierra la puerta, dejándonos fuera, junto a los contenedores.

*Bruto.*

—Esperemos que Simon se salve esta noche. —Cora se ríe.

—Finalmente, algo bueno salió de ese hombre.

—Vamos. Vamos a ver de qué va el Club Cuarenta y Siete. —Cora encabeza la marcha, sus tacones chapotean en pequeños charcos de agua dudosa.

Un resplandor amarillo apagado se refleja en el pavimento debido a las farolas, y la música está tan alta desde el interior de los clubes que puedo oír cada las letras de las canciones a medida que pasamos por delante de cada edificio.

La noche promete, pero las promesas no significan nada si no se pueden cumplir.

2

— • —

Luca

Los reinos surgen y desaparecen cada día, pero el mío florece bajo mi gobierno.

—¿Más whisky, Sr. Bianco?

Sin decir palabra, asiento con la cabeza, señalando mi vaso vacío.

—Enseguida, señor. —El camarero me coge el vaso y se apresura a prepararme la bebida en mi barra privada.

Tengo la élite de las salas VIP. Esta zona es sólo mía. Hago negocios aquí. hago celebraciones aquí. A veces mato aquí, si se presenta la oportunidad.

El Club Cuarenta y Siete es mío.

Es una pieza más de mi imperio, pero es donde puedo depositar mi corona al final de un largo día. Me desabrocho el traje de hilo de seda y camino hasta el borde del balcón que da a la planta principal. Me agarro a la barandilla y observo la multitud, en busca de enemigos.

De debilidades.

De...

*De ella.*

Mis ojos se detienen en una hermosa mujer con un reluciente vestido plateado; incluso yo puedo verlo brillar desde aquí arriba. Está sentada en una de las mesas, bebiendo lo que parece ser un Martini, y pone cara de asco cuando da el primer sorbo.

Me río entre dientes, ladeando la cabeza mientras la observo. Lleva un fajín, pero desde aquí y al estar tan oscuro, no puedo leer lo que pone.

—Alvize —digo, el nombre de mi único amigo, que es también mi mano derecha. —Quiero saber qué dice su banda.

Se pone a mi lado y envía un mensaje de texto a Diego, uno de los miembros más fieles de mi organización. Le veo deslizarse entre la multitud como una serpiente, con su pelo rubio reflejando el azul hielo de las luces. Diego pasa a su lado con pericia, sin dejar que se entere de nada.

La singular risa sibilante de Alvize me hace girar la cabeza.

—Es su vigésimo primer cumpleaños. Su banda dice que la invites a una copa. Te he enviado su aplicación de efectivo.

Mi teléfono suena un segundo después. Lo saco del bolsillo y la pantalla brilla, con su nombre de usuario al alcance de mi mano. No debería permitirme semejante placer, pero la idea de dar la espalda a una oportunidad tan buena hace que el arrepentimiento devore mi alma oscurecida.

Y no soy un hombre que conviva con el arrepentimiento.

Echo otro vistazo a la belleza sentada a la mesa, sola, sorbiendo una bebida que odia, pero no puedo evitar encapricharme con su entusiasmo por disfrutar de algo que no le gusta.

Me quedo aquí un minuto, observando cómo un hombre tras otro intenta hablar con ella, pero ella es educada. Sonríe y asiente. Lleva el pelo largo, rizado y oscuro, y me gustaría ver el tono de cerca.

Deseando esa experiencia más que mi próximo aliento, tecleo un número largo en la pantalla de la app de pagos. Como nunca la uso, le envío la cantidad máxima que me permite.

Diecisiete mil quinientos dólares.

Observo cómo se pasa el pelo por encima de los hombros para controlarlo y saca el teléfono del bolso. Apoyando los codos en la barandilla, sonrío cuando se queda con la boca abierta y mira a su alrededor para ver quién puede haberle enviado semejante suma de dinero.

Incluso entre la multitud de hombres y mujeres que pasan junto a ella, me fijo en cómo cruza y descruza las piernas. Me relamo al notar su longitud. Apuesto a que son suaves y flexibles. Quiero envolverlas alrededor de mis caderas mientras la penetro.

¿Debería tener esos pensamientos acerca de una mujer mucho más joven? Nos separan casi quince años. Debería dejar que esta noche se divirtiera con un hombre de edad más parecida a la suya, pero la idea de que otro acapare su atención no me sienta bien.

Nadie sería capaz de tratarla como yo puedo y quiero.

Dos mujeres corren hacia ella, con una ligera capa de sudor brillando en sus hombros debido al baile. Las oigo chillar desde aquí arriba mientras mi mujer misteriosa les habla del dinero que le han enviado. Al menos, supongo que por eso puedo oírlas por encima de la música.

—Estaré en la sala privada, Alvize. Quiero que me la traigan, por favor. —Me alejo de la barandilla y me desabrocho la americana.

—Entendido. La traeré en diez minutos.

—Perfecto. —Echo un último vistazo a la dulce belleza de abajo y me paro en seco al ver a un hombre mayor bien vestido sentado frente a ella. —¿Quién coño es ese? —Gruño, agarrándome a la barandilla hasta que se me ponen blancos los nudillos.

—Greer Hastings de Hastings Incorporated. Es un miembro VIP. Paga un buen dinero por estar en este club, Luca.

Conozco ese tono. Es uno de mis mejores amigos y mi mano derecha. Me está advirtiéndome que no haga nada.

—Prohíbele el acceso —digo simplemente, sin apartar los ojos de la mano que acaba de posarse sobre la de ella.

Aprieta los labios formando una fina línea, pero mantiene la calma y le quita la mano de encima. Intenta levantarse, pero Greer vuelve a agarrarla por la muñeca.

Y empiezo a verlo todo rojo.

Maldigo en voz baja, vuelvo a empujar los barrotes y bajo los escalones.

—¿Qué haces? ¡Luca! Maldita sea. —Alvize me sigue.

No suelo aparecer por la planta principal. Puesto que demasiada gente quiere demasiadas cosas de mí, tiendo a mantenerme al margen.

Esta noche no.

No tengo que apartar a la gente del camino mientras avanzo; se mueven, se separan como el mar. La música sigue sonando, las luces siguen siendo de un azul gélido y cuando llego a la mesa me sitúo para sobresalir por encima de Greer.

—Luca —me saluda con una sonrisa. —¿Qué tal estás? Hacía siglos que no te veía por aquí.

Le doy la espalda a la mujer a la que he echado el ojo e invado el espacio de Greer.

—Ni tu presencia ni tu condición de socio son ya bienvenidas en mi club. Lárgate.

—Pago quince mil dólares al mes, Bianco. Debería poder hacer lo que me diera la gana. —Greer me quita la mano del hombro, y estoy sobre él en un instante.

Aprieto la palma de mi mano contra su pecho, impidiéndole dar un paso más. —No creo que la señorita quiera nada contigo. Es demasiado amable para mandarte a la mierda, pero yo no. Sal de mi club y no vuelvas.

—No te atreverás.

—Haré más que atreverme si no estuviera en presencia de una dama —digo, entre los dientes apretados. —Tienes tres minutos para marcharte. Ya sabes lo que pasa si no cumples, Greer. — He hecho mi imperio del miedo y la lealtad.

Ser el jefe de la mafia Bianco tiene sus inconvenientes; que los hombres crean que pueden dominarme es uno de ellos.

Finalmente, Green toma la decisión correcta y Alvize acompaña al hombre a la salida.

—¿Puedo ofrecerte una copa en mi salón privado? ¿Lejos del ajetreo del club? ¿Quizá un poco de espacio para recuperar el aliento? —Me inclino y le susurro al oído, aspirando el dulce aroma de su perfume.

Cítricos.

Es embriagador.

—Me gustaría mucho. ¿Gracias...?

—Puedes llamarme Luca. —Le tomo la mano y le beso los nudillos. —¿Y tu nombre, preciosa?

—Camilla —susurra, poniéndose de pie cuando tiro de su mano.

—Alejémonos del ruido, Camilla. —No suelto su mano. Me gusta lo delicada y suave que es su mano contra la mía. La pongo detrás de mí y uno de mis hombres desengancha la cuerda que me lleva a mi espacio privado.

La siento detrás de mí, con una mano aferrada a mi espalda como si temiera caerse por los escalones.

No dejaría que le pasara nada. Está a salvo conmigo.

Aunque sólo sea por esta noche, porque no soy un hombre destinado a estar en el futuro de alguien, Camilla es mía esta noche.

Y la trataré como tal.

Cuando por fin llegamos arriba, uno de mis guardaespaldas abre la puerta de mi habitación privada. Cuando la puerta se cierra detrás de nosotros, no se oye la música.

—He insonorizado la habitación —explico, encogiéndome de hombros y colgando la americana en el respaldo de la silla.

Mira a su alrededor, con los ojos muy abiertos y sorprendida por la extravagancia.

Pulso el botón de la pared y la escarcha que tiñe el cristal desaparece, por lo que puede ver el exterior del club.

—Es un buen truco —dice, acercándose a la pared más cercana para mirar los cuerpos que se balancean.

—Podemos verlos, pero ellos no pueden vernos. —Aclaro, queriendo que se sienta tan segura como pueda estando con un hombre que no conoce.

—Debes ser el dueño para tener este tipo de oficina.

—Sí, lo soy.

Gira la cabeza y me sonrío, lo que casi me hace tropezar mientras camino por el bar. Los hombres como yo no tropezamos, pero su sonrisa es lo bastante hermosa como para hacer que un hombre se pare en seco.

—Tu club no decepciona. Hacía años que quería venir aquí. Sólo tenía que esperar a poder hacerlo legalmente, —explica.

Tomo dos copas y una botella de champán frío y me dirijo hacia ella, con el corazón latiendo desacompañado cuando se vuelve de nuevo hacia mí.

Ella es impresionante de una manera que apuesto que pasa desapercibida.

Es natural, algo que no se aprecia en el mundo actual. Sus pómulos son altos, sin relleno, y sus grandes ojos marrones me miran inocentemente.

Es un corderito en una guarida de lobos, y no tiene ni idea de las ganas que tengo de devorarla.

Le tiendo la copa de flauta y ella la coge; nuestros dedos se rozan lo suficiente como para lanzar una chispa de electricidad a través de mis huesos, y sé que ella también lo ha sentido por cómo jadea.

Descorcho el champán, el corcho vuela por la habitación y la botella deja escapar unas burbujas.

—Feliz cumpleaños, Camilla.

Sirvo su copa y luego la mía, levantándola hacia la suya hasta que las copas tintinean.

—Gracias, Luca.—Bebe un sorbo de champán, y esta vez no hace una mueca de dolor.

—Supongo que no te gustó el Martini que tomaste antes.

Sus mejillas enrojecen de vergüenza.

—Oh Dios, ¿has visto eso? No despidas a tu camarero ni nada. No ha sido culpa suya. —Me sujeta el antebrazo y el calor de su palma me abrasa. —Yo no bebo. En absoluto. Siempre he visto pedir Martini en las películas. Ya sabes —Se echa el pelo por encima del hombro y baja la voz hasta un tono más sensual. —Tomaré un Martini. Sucio. Agitado. Sin remover.

Me río de sus divagaciones, su conversación me parece refrescante. Estoy tan acostumbrado a los negocios que no recuerdo la última vez que mantuve una conversación que no acabara con la muerte de alguien.

—¿Y no era para ti?. —Observo cómo sus labios presionan el borde de la copa mientras piensa en su Martini.

—No. Dios, no. No sabía que era sólo vodka. Qué asco. ¿Quién puede beber sólo vodka? Me quemó al tragar".

—También puedes pedir ginebra. No es sólo vodka.

—No lo sabía —balbucea ella, sonrojándose de nuevo.—Me gusta este champán. No es demasiado dulce. Es peligroso.

—¿No es tentador un poco de peligro?. —Me acerco un paso e invado su espacio para ver si da un paso atrás. Si lo hace, no pasa nada. Significa que no está interesada en lo que a mí me interesa esta noche.

Camilla se acerca hasta que sus pechos rozan mi torso. Se lame los labios antes de beber otro sorbo de champán.

—Por eso estoy aquí esta noche. El mundo real puede esperar hasta mañana, ¿verdad?.

La tensión sexual aumenta entre nosotros y nuestros ojos se cruzan, intercambiamos una mirada ardiente mientras permanecemos en silencio. Ella bebe lo que le queda de champán y yo me acerco a ella para coger la botella, inclinándome lo justo para sugerir que quiero besarla. Su aliento me roza los labios y su brusca aspiración me hace sonreír.

Vuelvo a llenar su copa cuando me enderezo y abro la puerta de mi balcón privado. La música entra a raudales en la habitación y un mar de cuerpos se mece en la pista de baile. Le tiendo la mano y ella la desliza la suya sobre mi palma.

La atraigo hacia mí y el champán salpica el borde de la copa. Me llevo su mano a la boca, le beso los nudillos y lamo las burbujas.

—Baila conmigo —digo cuando la canción cambia a algo más lento y sexy.

—Me encantaría. —Ella da unos sorbitos al champán mientras yo me bebo el mío, colocando las copas en la mesa cercana.

La hago girar y la atraigo hacia mí hasta que mi pecho se alinea con su espalda, la curva de su culo se aprieta contra mi polla, y empiezo a menear las caderas al ritmo de la música.

Cada movimiento que hace añade llamas al fuego de mi lujuria.

Recogiéndole el pelo, la muevo al otro hombro, enterrando mi nariz contra su cuello. Huele tan dulce. Tengo que probarlo.

Presiono mis labios contra su garganta y ella inclina la cabeza hacia un lado, permitiéndome el acceso. Le rodeo la cintura con el brazo y la aprieto más contra mí para que sienta la dura cresta de mi polla. Me aprieta con más fuerza y yo gimo en su oído.

—Me tientas, —le gruño al oído antes de chuparme el lóbulo de la oreja.

Ella se gira, me rodea el cuello con los brazos y yo le meto la rodilla entre las piernas. Esto no es bailar. Es follar con la ropa puesta, y nada me apetece más que arrancarle el vestido del cuerpo y demostrarle lo bien que puedo hacerla sentir.

No estoy seguro de cuánto tiempo bailamos, pero es suficiente para que mi ropa empiece a pegarse a mí, y ya han sonado varias canciones. El aire está caliente a nuestro alrededor, espeso de lujuria, y cuando ella se echa hacia atrás, inclinando la cabeza, yo me inclino y le beso el cuello. Sujeto su cuello con la mano y tiro de ella hasta que estamos cara a cara. Nuestras miradas se cruzan y en sus grandes ojos castaños aparece una leve pregunta antes de posarse en mis labios.

La empujo hacia delante, atrapo sus labios con los míos y ella se funde conmigo. Sus labios son suaves y el sabor del champán permanece en su lengua.

—Llévame dentro —susurra contra mi boca.

Sin decir una palabra, nos guío a través de la puerta, sin romper el beso. No se parece a ninguna mujer que haya sentido antes. Hay algo en sus labios, en su cuerpo y en su conversación que no requiere esfuerzo entre nosotros. Quiero más.

Quiero un mañana con ella.

Cierro la puerta de una patada y vuelvo a pulsar el botón del cristal, dejando que la escarcha lo cubra, de modo que nos quedamos solos.

El beso se vuelve desesperado y desordenado mientras caemos sobre la cama en medio de la habitación. No suelo traer mujeres aquí. Este es el espacio que tengo para la paz y la tranquilidad, pero Camilla es diferente.

Puedo sentirlo.

Empieza a desabrocharme la camisa y yo le bajo la cremallera del vestido. Deseando verlo caer, me separo de sus labios y tiro de su vestido hacia abajo.

Lleva un sujetador de encaje sin tirantes, que hace que sus tetas estén bien erguidas, y se me escapa un rugido de placer cuando el vestido se arremolina alrededor de sus tacones. Sus piernas son largas y, al final de la noche, me estarán rodeando.

Me quito la camisa y ella respira entrecortadamente al mirar mi cuerpo. Me pasa la mano por el abdomen y sus dedos se hunden en los surcos de cada cresta.

—Eres impresionante —susurra, mirándome como si nunca hubiera visto el cuerpo de un hombre.

—Oh, no tengo nada que envidiarte. —Acaricio sus caderas, su suave piel tan diferente bajo las manos que han conocido tanta muerte. —Eres impresionante. —Me acerco a ella por detrás y le

desabrocho el sujetador con un movimiento de muñeca. Cae al suelo, ofreciéndome una vista perfecta. —Joder —maldigo en voz baja, pasando los dedos por su caja torácica antes de acariciarle suavemente las tetas.

Me caben perfectamente en la palma de la mano.

Mis pulgares rozan sus pezones y ella jadea, sacándome el cinturón de los pantalones. Sus movimientos son rápidos y bruscos.

Riéndome, me inclino y vuelvo a besarla.

—No voy a ninguna parte. No hace falta que esto sea rápido —digo, y a continuación oigo el sonido de mi cremallera bajando.

Aprieto la palma de la mano contra su pecho y la empujo hacia abajo hasta que se tumba en mi cama. Su pelo oscuro la rodea, y sus pezones rosados se tensan hasta convertirse en duras perlas. No le quito los ojos de encima. Quiero que vea cuánto la necesito. Me desnudo, apartando los pantalones a un lado y apretándome la polla con una mano.

Sus labios se entreabren, sus ojos se redondean de asombro y se incorpora, pasando el dedo por la punta.

Siseo, adoro su curiosidad, y ella se inclina y se mete la cabeza en la boca. Gimo y veo cómo sus ojos me miran a través de sus largas pestañas. Su lengua gira alrededor de la punta, recorriendo cada cresta.

—Estás tan jodidamente guapa con mi polla entre los labios —alabo, enterrando los dedos en su pelo mientras ella intenta meter más de mí en su boca.

Ella murmura y las vibraciones hacen que me tiemblen las rodillas. Me acaricia las pelotas, haciéndolas rodar con facilidad, pero ejerciendo la presión suficiente para que mi orgasmo sea inminente.

Es un terreno delicado que no muchas mujeres han explorado pero Camilla se metió de lleno. Es como si supiera lo que me gusta sin que yo tenga que decirlo.

—Ya basta. —Me la quito de encima tirándole del pelo y la empujo contra la cama. —Vas a hacer que me corra si sigues así.

Sonríe, orgullosa de sí misma por haberme llevado al límite demasiado pronto.

—Me toca a mí. —Le dedico una sonrisa perversa y le beso el centro del pecho antes de deslizar los labios por sus tetas, chupando un pezón y pellizcándole el otro.

Sus gemidos me impulsan a moverme y beso su cuerpo, mordisqueando el borde de sus costillas, lo que la hace jadear y arquear la espalda.

Sigo bajando hasta que llego a la fina tela de sus bragas y, de un tirón, la arranco de su cuerpo.

—Joder. —Su coño brilla de necesidad y la fuerzo a separar las piernas, incapaz de esperar un minuto más.

Necesito probarla. Entierro la cabeza entre sus muslos, chupo su clítoris y ella grita, apretando las sábanas de seda con la mano. Es tan sensible, como si nunca la hubieran tocado, y me encanta.

Deslizo un dedo en su interior, y pongo los ojos en blanco cuando siento lo apretada y húmeda que está.

—Dios mío, Luca —grita, clavándome las uñas en los hombros.

Nada me gusta más que una amante ruidosa. Es señal de que estoy haciendo algo bien.

Introduzco otro dedo en su interior y bombeo mi mano con fuerza y rapidez. Los sonidos que salen de sus labios son eróticos, algo que algunos hombres pagarían por oír, pero no yo. Tengo la suerte de ser el hombre que ha elegido para disfrutar, y eso no es algo que me tome a la ligera.

—Luca. Oh Dios, ¡Luca! Me da una palmada en el hombro, con las cejas y los labios apretados mientras su coño se aprieta alrededor de mis dedos, diciéndome que está a punto de correrse.

Me duele la polla y flexiono las caderas para frotarla contra el colchón y aliviarla un poco. Le meto los dedos con más fuerza, lo que es suficiente para que se corra. Grita mi nombre.

Mi. Nombre.

Y mis dedos se empapan de su miel, sus gemidos son mejores que cualquier canción que haya puesto el DJ esta noche. Salgo de ella y me llevo los dedos empapados a la boca, chupando su esencia.

Ella me mira con las mejillas sonrojadas.

—Eres deliciosa.

—Luca —dice, mostrándose tímida de repente, como si no acabara de gritar mi nombre para que todos la oyeran.

Menos mal que nadie podía hacerlo.

Camilla aparta la mirada y, con mis dedos húmedos, le vuelvo la mejilla para que me mire a los ojos.

—No apartes la vista de mí esta noche, ¿entendido? —Me sujeto la polla y la aprieto contra su entrada. La voz de mi cabeza me dice que me estoy olvidando de algo, pero estoy demasiado ido para que me importe.

Está caliente y tensa, y cuando me adentro en ella, gruño mientras ella gime.

Sé que soy grande, así que me tomo mi tiempo para llenarla. Quiero que esto también sea bueno para ella, o no tiene sentido continuar.

Me inclino sobre ella, aprisiono su cabeza entre mis brazos y vuelvo a juntar nuestros labios antes de empujar mis caderas hacia delante.

Abro los ojos de golpe cuando grita.

Había resistencia.

Me aparto y la miro confuso.

—¿Eres virgen? —Intento apartarme, no me molesta que nunca la haya tocado un hombre porque eso me satisface de formas que no creía que me importaran.

—No, no pares. Por favor. Lo siento. Si te lo hubiera dicho, probablemente no me habrías tocado. Era una de las cosas que quería hacer esta noche. No quería seguir siendo virgen.

—Y no lo serás. —Vuelvo a cernirme sobre ella, mirando fijamente hacia donde estamos conectados. "—Estoy feliz de ser el hombre que elegiste para tal ocasión.

—No es para tanto—, sisea dolorida cuando la saco y vuelvo a meterla.

Con una mano en su garganta, estoy sobre su cara, mis labios tocan los suyos, pero no para besar. Para probar un puto punto.

—Sí es para tanto —gruño, adelantando las caderas, y sus uñas se hunden en mi espalda. —Soy el único hombre que te ha tocado, y no tienes ni idea de lo que eso me provoca.

—Entonces actúa como tal. Me prueba, chupando mi labio inferior.

Lo suelta con un chasquido y, con una mueca, me despegó de su cuerpo, manteniendo la mano contra su garganta mientras la otra se posa en su muslo.

Miro hacia abajo, observando cómo me deslizo dentro y fuera de ella, con un mínimo indicio de sangre manchando mi polla, y eso hace que algo salvaje se desencadene dentro de mí.

—Estabas destinada a tomar mi polla, ¿verdad? Este precioso coño me estaba esperando. Necesitabas que te trataran bien, y ningún otro hombre hará eso por ti, sólo yo.

—Sí. Sí, esperé. Todo por ti.

Quiero culpar a la lujuria, pero me pierdo en la idea y sueño que esas palabras no fueron pronunciadas por el calor del momento.

Se pellizca los pezones mientras yo me sumerjo en sus profundidades, nuestra piel golpeándose con cada fuerte embestida. La cama choca con la pared, y cada golpe suena más fuerte porque yo me abalanzo sobre ella con más fuerza.

Sus tetas rebotan y sus súplicas de más me impulsan a darle más de mí, más de esta sensación que pasa entre nosotros. Es una intensidad que nunca he tenido. A otras mujeres me las follo y les ajusto las bragas para que sigan su camino.

Y siempre es la misma sensación de vacío con la que me quedo después.

Pero Camilla está haciendo que me pregunte si es ella la que va a parar todo eso.

La sujeto por los brazos y la subo a mi regazo. Me siento sobre mis piernas y rodeo mis caderas con las suyas. Gemimos juntos. Me sujeta por los hombros e intenta mover las caderas para recibir mis embestidas. Giro su cabeza y choco mis labios contra los suyos mientras nos perdemos en el placer.

Gime en mi garganta y mis dedos se clavan en la carne de su cadera. La sujeto y la uso para moverla más rápido contra mi polla. Su coño se desliza arriba y abajo sobre ella, y su lujuria resbala por toda mi longitud.

—Joder, qué bien te siento —le digo, moviendo las manos para agarrarle el culo. —Mira cómo recibes mi polla. Eres una buena virgencita, follándome como si fueras mi dueña. —Lo hace. Tengo la sensación de que cuando llegue la mañana, estaré pensando en este momento.

—No puedo recibirte entero —se queja, sonando como si deseara poder hacerlo.

—Toma lo que puedas —le digo, empujando más profundo hasta que se le abre la boca.

Mi mano cae sobre la cama y me estiro hacia atrás, mirándola cabalgar mi polla. No sé a dónde mirar. Puedo ver cómo mi polla la está devorando o ver cómo sus tetas rebotan con cada embestida que me propina.

—Oh Dios, estoy cerca. Luca, oh Dios mío, te sientes tan bien. No te detengas. Por favor, no pares.

—Tendrían que matarme para que me detuviera. —Me muevo hacia ella, dándole la vuelta y poniéndola sobre su estómago, empujándola sobre sus rodillas, y presiono mi mano entre sus omóplatos para mantener su cara contra el colchón.

Agarro sus caderas y las utilizo como palanca para penetrarla, mientras sus gritos de placer se hacen cada vez más fuertes. Enrollo su largo y rizado pelo alrededor de mi muñeca y tiro de ella hasta que apoya la espalda contra mi pecho.

—Voy a despertarte en mitad de la noche y volveré a tomarte —le advierto. —Me sentirás durante días, recordando al desconocido al que le entregaste tu virginidad.

Me aprieta como un tornillo de banco cuando aprieta el coño. Intenta separarse de mí, sus gemidos son desesperados y, por lo mojada que está, sé que está a punto.

La aprieto contra la cama y empleo toda mi fuerza. La beso por los hombros, luego le giro la cabeza, nuestros labios chocan y ella grita en mi boca, su orgasmo tensando todos los músculos de su cuerpo.

Me roba el aliento y me arranca mi propio orgasmo. Me separo de ella y gimo para liberarme, empujando hacia delante con cada espasmo que se me escapa.

—Luca —gime ella, apretando el culo contra mí, y eso hace que me deslice más adentro.

Me derrumbo y nos pongo de lado de forma que la abrazo por la espalda. No estoy preparado para separarme de ella. Su calor es demasiado agradable. Intenta moverse, pero la rodeo con los brazos. —No te vayas. No te vayas. Quédate.

—Vale, —susurra, acurrucándose en la almohada.

Por primera vez en años, duermo tan bien que ni siquiera siento cómo se escabulle de la cama.

Me despierto solo.

Ninguna nota. No dejó un número, ni su apellido, ni nada.

Sólo pasé una noche con la mujer que creí que podría cambiarlo todo para mí.



## Camilla

*En la actualidad.*

*"No te vayas. Quédate".*

Su voz me despierta y, cuando veo que estoy sola, recuerdo que ha sido un sueño. Esa noche con Luca cambió mi vida. Fue increíble, hermosa y, con diferencia, el mejor cumpleaños que he tenido nunca.

Y fue el último cumpleaños que celebré.

El ruido de algo rompiéndose me hace levantarme de la cama y, atándome la bata, salgo corriendo del dormitorio para encontrar a los gemelos en la cocina. Están de pie sobre una silla intentando fregar los platos, pero uno se le debe haber resbalado de las manos a Oliver porque no solo él es un desastre enjabonado, sino que el plato está destrozado en el suelo.

Es demasiado temprano para esto.

—Fue idea de Olli —se apresura a decir Olivia, señalando a su hermano.

—Tú estuviste de acuerdo. —Le salpica agua sucia de fregar.

"—No lo hice.

—¡Yo sí! —le grita sacándole la lengua.

Me froto los ojos y bostezo.

—Vale, parad. No pasa nada. No pasa nada. ¿Qué hora es? —Coloco las manos en las caderas.

—Olivia. Oliver. ¿Qué hora es?

—Las cinco —murmuran al unísono.

—¿Y cuál es la regla para vosotros dos? —les pregunto, poniendo un tono ligeramente regañón en mi voz.

—No salir de la cama hasta las siete —dicen, agachando la cabeza.

—¿Por qué? —Presiono.

—Es importante descansar bien —explica Oliver como si lo hubiera oído cien veces.

Lo ha hecho.

Porque tenemos esta conversación cada dos días.

—Así es. ¿Por qué estáis levantados? —Levanto a Oliver de la silla, le doy la vuelta para que se aleje del cristal y le dejo en el suelo. Hago lo mismo con Olivia y vuelvo a colocar la silla en su sitio.

Hay jabón, agua y trozos rotos de un plato por todas partes.

—Nos aburríamos, mamá —explica Olivia. —Nos hemos *diespertado* y queríamos ayudarte. —

Sus grandes ojos azules se llenan de lágrimas, los ojos que heredó de su padre.

Se parecen tanto a él que a veces me duele el corazón.

—Es *despertado*. *Diespertado* no es una palabra, cariño. —La beso en la frente y le coloco los rizos negros detrás de la oreja. —¿Y habéis hecho todo esto por mí?

Oliver asiente, apretando su mejilla contra mi hombro.

—Sí. Haces mucho. Queríamos ayudar.

Se me derrite el corazón cuando me miran con sus grandes ojos. Oliver tiene mis ojos, marrón oscuro con chispitas doradas. Definitivamente se parece a mí, mientras que Olivia se parece a Luca.

—Eres muy dulce. Os quiero mucho a los dos...

—¿Como el tamaño de la luna? —pregunta Oliver con su adorable voz de niño. Todavía están aprendiendo y, la mayoría de las veces, las palabras no suenan reconocibles para los demás. Soy su madre, así que puedo hablar su idioma.

—¿Estás de broma? Más que todas las lunas, planetas y soles que tiene la galaxia.

Como siempre, dan un grito.

—¡Esto es demasiado!

Les pellizco la nariz.

—Seguro que sí. Ahora, volved a la cama, ¿vale? Por favor. Puedes ponerte tu programa, pero estaré ahí para comprobar que asegurarme. El último que hay es un huevo podrido".

Chillan, corren el uno contra el otro por el pasillo; sus risas me hacen sonreír. Pronto volverán a dormirse. Esta es más o menos la rutina. Me dirijo a la despensa, cojo la escoba, barro el plato roto del suelo, lo pongo en el recogedor y mis ojos se dirigen a un sobre que hay en la encimera. Tiene un sello rojo.

Notificación final.

Todas las facturas son así.

Todas están con retraso. Cada mes apenas llego. Escatimo cada céntimo.

No cambiaría a mis hijos por nada del mundo. Cuando descubrí que estaba embarazada, todo mi mundo cambió. No pensaba volver a ver a Luca después de mi cumpleaños. Me escapé, y su seguridad no se lo pensó dos veces para dejarme ir. Fui otro ligue para Luca, lo cual estaba bien porque era lo que quería, pero Dios, aquellos recuerdos aún me despiertan en mitad de la noche. Me despierto sudorosa, jadeando y con la mano en el clítoris.

Fue mi primera experiencia sexual, y ha sido la última. No tengo tiempo para citas, y no traigo hombres a mi apartamento.

Ningún hombre podría competir con Luca.

Cuando no me vino la regla y me hice la prueba de embarazo, lo primero que pensé fue en ir al club a buscar a Luca. Nunca quise ocultárselo. Se merecía saberlo. Me pregunté cómo había ocurrido y recordé que él no llevaba preservativo y que yo no tomaba anticonceptivos. Estaba un poco achispada y la tensión sexual era alta, lo cual no es excusa, pero acabé embarazada de .

Y no me arrepiento.

Olivia y Oliver son todo mi mundo.

Un pensamiento que mi padre no compartía.

No se lo dije a mi padre enseguida. Esperé. Estaba nerviosa y asustada. Al principio ni siquiera fui al médico para asegurarme de que todo iba bien, pero pasaron los meses y estaba más grande de lo normal.

Ya no podía ocultar mi embarazo.

Así que cuando finalmente fui al médico, por supuesto, de alguna manera estaba en la nómina de mi padre, lo que significa que mi ginecólogo era probablemente un hombre turbio.

Llamó a mi padre y le dijo que estaba embarazada.

Demasiado para la confidencialidad médico-paciente. Eso no existe cuando eres la hija de un jefe de la mafia.

Cuando llegué a casa, me habían preparado las maletas y nos peleamos.

Me dio dinero para que me pudiera empezar por mí misma y me condujo fuera de la ciudad hasta que estuve a doce horas de viaje. No quería saber nada de mí. Dijo que yo deshonraba su nombre y actuaba como una puta.

*—Ninguna hija mía se va a quedar embarazada sin estar casada o sin saber quién es el padre. Me has decepcionado. Te lo has buscado tú misma. Puedes lidiar con ello tú misma.*

Así lo hice.

Me dejó suficiente dinero para conseguir un apartamento y pagar las facturas de los primeros meses. Me concedió tiempo suficiente para encontrar un trabajo aceptable con un seguro de mierda, pero era mejor que nada.

No he sabido nada de mi padre desde entonces. Me quería fuera de su vista y de su mente. Y contárselo a Luca se convirtió en algo del pasado. He estado demasiado ocupada cuidando de los y sobreviviendo. Probablemente él tampoco quiera saber nada de ellos. Así que, ¿por qué molestarme para volver a decepcionarme?

Intenté llamar a mi padre varias veces, pero no respondió y dejé de hacerlo hace tres años. Si no quiere saber nada de mí, está bien, pero ¿quién no querría conocer a sus nietos?

Mamá murió cuando yo era muy joven, pero apuesto a que se habría puesto de mi lado si estuviera viva. No me habría dejado sola con dos niños. Al final, lo habría hecho cuando me hubiera establecido.

¿Cómo puedo criar sola a dos hijos?

Tengo una vecina increíble, Louisa. Está jubilada y tiene unos sesenta años. No tiene hijos ni marido. Hace lo que quiere y, por alguna razón, le encanta cuidar de los niños a cambio de algunos de mis productos de panadería caseros.

Dirijo una panadería desde mi pequeña cocina, y la tarta de boda a la que estoy dando los últimos toques bastará para pagar las facturas.

Mi sueño es tener mi propia panadería y llamarla Panadería O al Cuadrado.

Por Oliver y Olivia.

Louisa los vigila durante unas horas todos los días mientras yo estoy trabajando, y las cosas son un caos absoluto. No quería que se hicieran daño en los fogones porque no les estuviera prestando atención, si apartaba la vista un segundo.

Tengo suerte de tener a Louisa. Sin ella, no sé qué haría. Ella dice que se necesita una aldea entera para criar a un niño, pero yo no tengo una aldea. Ella es mi aldea.

Mis mejores amigas, Cora y Jasmine, ni siquiera saben dónde estoy. Mi padre dijo que, si se enteraba de que me había puesto en contacto con ellas, haría que no pudiera volver a hacerlo.

Una amenaza.

Las mataría por hablar conmigo.

Así que me he mantenido alejada. No he revisado mi antiguo correo electrónico. Mi antiguo número de teléfono fue desconectado. No había forma de que me encontraran.

Se aseguró de que estuviera aislada.

—Lo estás haciendo bien —me digo mientras limpio el resto de los platos y los meto en el lavavajillas. Cojo una toalla de papel y seco la encimera. —Estás sobreviviendo. Estarás bien.

Pero algunos días estoy tan cansada. Algunos días, me cuesta toda mi fuerza de voluntad no rendirme, pero entonces oigo la risa de Olivia o siento la mano de Oliver en la mía, y me doy cuenta de que no puedo rendirme.

Así que me rompo el culo cada día para hacer realidad mi sueño. Dirijo mi negocio de panadería desde mi pequeño apartamento de dos dormitorios y espero ahorrar algún día lo suficiente para abrir mi propia tienda.

Llaman a la puerta y miro la hora.

Son las seis de la mañana.

¿Quién demonios viene a las seis? El pastel no tiene que estar listo hasta las tres.

Corro a la habitación de mis hijos, que están durmiendo, así que cierro la puerta. Vuelven a llamar impacientes, resoplo y me ciño la bata.

—Ya voy —digo lo más bajo posible sin gritar para no despertar a mis hijos.

Quito el cerrojo de la puerta y la abro lo justo para ver a un hombre de pie, con un bonito traje.

—¿Señorita Thompson? —pregunta.

Me sujeto la bata.

—Hace años que no me llaman así. ¿En qué puedo ayudarle?

—Es usted la hija del Sr. Thompson, ¿correcto?

Aprieto los dientes.

—Según él, ya no lo soy. ¿Qué necesita? No he roto ninguna de las reglas. ¿Qué es lo que quiere? Por eso está aquí, ¿no?

—¿Mami? ¿Quién está en la puerta?"

Giro la cabeza y esbozo una sonrisa.

—Uno de mis amigos está haciendo un pedido de última hora. Vuelve a la cama, Ollie. ¿De acuerdo?

Está de pie en el pasillo, restregándose los ojos, y me doy cuenta de que no me cree. Mis hijos son demasiado listos.

—Vale, —cede. —Haces las *mejorísimas* galletas.

—Gracias, cariño. Te quiero.

—Yo también te quiero —dice.

—¿Esos son sus nietos? —pregunta el desconocido, dando un paso adelante como si intentara entrar en mi apartamento.

Me pongo delante de él, impidiéndole que se acerque más.

—Puede que trabaje para el señor Thompson y se crea intocable, pero esta es mi casa y esos niños son mis hijos. No debe acercarse a ellos ni invadir su hogar. Ellos no le conocen. Yo no le conozco a usted. Y no son sus nietos. Él se aseguró de eso. No se atreva a pensar que no le detendré si da un paso más. —Hace tiempo que no practico la defensa personal que he aprendido, pero no me detendré ante nada para proteger a mis hijos.

Levanta la mano y da un paso atrás.

—Disculpe, Srta. Thompson. Ha solicitado verla.

Resoplo y entro en mi apartamento.

—Puede decirle que se vaya al infierno.

—Se está muriendo. Su último deseo es hablar con usted y conocer a sus nietos.

Debería estar triste. Mi corazón debería estar destrozado.

En cambio, siento rabia. Tanta jodida rabia. La audacia que tiene de querer verme a mí, a Ollie y a Olivia.

—Hablará conmigo, pero no conocerá a sus nietos. Se aseguró de arruinar esa oportunidad. ¿Cuándo necesita que vaya?

—Debo llevarles a usted y a los niños al aeropuerto ahora para volar en el jet privado.

—Bueno, tengo un negocio que atender, así que tendrá que esperar.

Da unos pasos hacia delante para entrar y yo le bloqueo.

—¿Qué está haciendo?

—Dijo usted que tenía que esperar. Sólo pensé..."

—Pensó usted mal. No permito extraños en mi casa, y le aseguro que no permito a nadie que trabaje para mi padre en esta casa. Puede esperar en el coche. —Le cierro la puerta en las narices y echo la llave, con el corazón latíendome tan fuerte que puedo sentir mi pulso en los oídos.

Esto no puede estar pasando. Esperaba que mi padre se acercara a mí durante los primeros años, pero ese puente se quemó.

Sólo voy porque si no voy voluntariamente, me obligarán a ir, y prefiero hacerlo a mi manera.

Y tal vez, pueda decirle que lo veré en el infierno después de todo.

\*\*\*

Los niños vuelven a estar dormidos cuando aterrizamos. Ha sido un día largo y he estado callada y malhumorada.

—Tiene que quedarse... —empieza a decir el hombre que trabaja para mi padre, y yo levanto la mano para detenerlo.

—No me quedaré en esta casa después de esta noche. Sólo estoy aquí para que los niños puedan descansar. ¿Dónde está? —pregunto, echando un vistazo al reloj de mi muñeca para ver que son casi las ocho de la noche.

Parece que han pasado días y sólo llevo diez minutos en casa.

—Entiendo, Srta. Thompson.

—Camilla, por favor —le corrijo.

—Andrew —me dice, presentándose por fin.

No digo nada cuando atravesamos la verja de hierro. Miro por la ventanilla y paso los dedos por el pelo de Ollie y Olivia. Sus cabezas están sobre mi regazo.

Todo parece estar igual. El jardín está cuidado. Las flores están perfectas. La hierba está cortada. La mansión parece tan grande y aterradora como antes. El ladrillo rojo, la puerta negra con contraventanas a juego y los grandes ventanales brillantes dan a la casa un aspecto espeluznante.

Nada en ella parece un hogar, sino más bien una prisión.

Cuando nos detenemos frente a la casa, se me hace un nudo en el estómago. No dejaré que vuelva a menospreciarme. He llegado demasiado lejos en los últimos cinco años como para que piense que voy a dejar que me haga sentir menos o indigna por haberme convertido en madre.

Andrew abre la puerta trasera del coche y se agacha para quitarme a Olivia. Le aparto la mano con un cachete.

—Te lo prometo, sólo estoy aquí para echar una mano extra. Te llevaré a su habitación. No le haré daño.

—Te mataré si lo haces —le digo, mirándole directamente a los ojos.

—Te tomo la palabra. —La coge despacio en brazos y ella suspira, hundiendo la cara en su hombro.

La culpa me corroe. A veces me pregunto si los niños se están perdiendo tener un buen hombre en sus vidas. Ni siquiera un padre, sólo alguien que sea... bueno.

¿Quién iba a pensar que incluso eso iba a ser difícil de encontrar?

Después salgo del coche, cojo a Ollie y me lo pongo en la cadera. Es casi demasiado grande para llevarlo en brazos, pero nunca dejaré de intentarlo.

Exhalo un largo suspiro al subir los escalones; los recuerdos, los buenos, me pesan, y lo último que quiero es atravesar estas puertas.

La única persona que pensé que siempre estaría a mi lado me dio la espalda. Incluso en el momento de su muerte, no estoy segura de poder perdonarle.

Andrew abre la puerta y, cuando entro, no estoy segura de lo que esperaba, pero no esperaba que todo siguiera igual. El tiempo se ha detenido. Todo está como lo recordaba.

Menos mis fotos en la pared.

No perdió el tiempo quitándolas.

—Sígueme. Te llevaré a tu habitación. —Andrew camina por el pasillo y gira a la izquierda para bajar por otro, que no está cerca de mi antigua habitación.

Bien. No quiero verla.

Cuando entramos en la habitación, veo que en el centro hay una cama de tamaño king con grandes almohadas y un edredón mullido. Andrew acuesta a Olivia y yo hago lo mismo con Ollie. Los arropo y les doy un beso a cada uno.

—¿Mami? —Olivia balbucea con sueño. —Vuelve.

—Oh, lo haré. No te preocupes. Vuelve a dormir y te acurrucaré en unos minutos.

—Vale —exhala, quedándose dormida en el segundo siguiente.

—Son adorables. Lo has hecho bien.

—No quiero hablarte de mis hijos. No sé lo que te ha dicho, pero...

—Nada. No me ha dicho nada. No conozco ni un detalle de tu situación.

Asiento con la cabeza, cerrando la puerta tras de mí.

—Mi padre me echó y me envió a doce horas de casa porque me quedé embarazada. No estaba casada. Me llamó decepción y me borró de su vida. Eso lo resume todo.

Andrew traga saliva, claramente no esperaba una respuesta tan sincera.

—¿Dónde está? Quiero acabar con esto para poder seguir adelante.

—Está en su habitación. En la cama.

La memoria muscular se impone y mis piernas suben los escalones que conducen a su ala de la casa. Mi mano roza la barandilla y las lágrimas amenazan de nuevo con escapar cuando veo el espacio en blanco donde solía estar la foto de mi graduación.

Dios, esto duele.

Ojalá no fuera así.

Creía que no me importaría cuando llegara este momento. Creía que había congelado mi capacidad de sentir algo por mi padre, pero me equivocaba.

Su puerta está abierta y, cuando entro, veo que los suelos de mármol brillan. La ventana deja pasar la hermosa noche, y podría pensar que nada ha cambiado, pero entonces veo a papá en el centro de la cama. Lleva una mascarilla de oxígeno y puedo oír el silbido desde la puerta. Ha adelgazado, tiene las mejillas hundidas y bolsas oscuras bajo los ojos.

—Camilla —jadea, tendiéndome la mano.

No la cojo.

Me siento en el borde de la cama y levanto la barbilla.

—¿Qué te está matando?

—El karma, —responde con una risita que se convierte en una tos desagradable. —Cáncer de pulmón. Me lo merezco por cómo te traté.

—No entremos en eso, por favor.

—¿Están los niños contigo?

—No puedes preguntar por ellos. No te atrevas —susurro, conteniendo las lágrimas. —¿Por qué estoy aquí?

—Quería verte antes de morir.

—Bueno, estás muerto para mí desde hace mucho tiempo. No puedes conocerlos después de rechazarlos como si no fueran nada, igual que hiciste conmigo. —No alzo la voz. Mantengo la calma. —Que seas mi padre no significa que estés libre de culpa por tus actos y por el dolor que me has causado. Ser mi padre no te otorga el perdón automático. No estoy segura de poder hacerlo.

—No pasa nada. Me alegro de que estés aquí. Eso... eso es suficiente para mí. —Busca en su mesita de noche y me da un sobre. —Esto es para ti, para Oliver y para Olivia. —Debe de ver la sorpresa en mi cara y me dedica una sonrisa triste y pesadosa. —Siempre he estado pendiente de ti. Me arrepiento de tantas cosas, Camilla. Me enfadé y pensé que te había fallado, pero en realidad te fallé en el momento en que te envié lejos. No me queda mucho tiempo. Quiero darte algo. Quiero saber que tú y tus hijos estáis cuidados, algo que debería haber hecho hace años. — Se le humedecen los ojos y tengo que apartar la mirada de él para contener las lágrimas. No puedo perder la compostura. Ahora no.

Abro el sobre y veo el cheque de cinco millones de dólares, luego cae en mi mano un juego de llaves.

—Esas son para una panadería en la ciudad. Está todo preparado. Sólo necesita un nombre. También está justo al lado de tu amiga, Cora. Ella tiene una cafetería.

—va a ser divertido arreglar esa situación , —murmuro.

—Lo siento por eso, —dice. —Lo siento por tantas cosas.

—¿De verdad me has comprado una tienda? No puedes comprar tu entrada en mi vida. —Me seco bajo el ojo cuando se me escapa una lágrima.

—Hay un alquiler, figura en el contrato. Sabía que no aceptarías sin ganártelo tú misma. Quiero que te cuiden. ¿Hay... algún hombre en tu vida? ¿Alguien que te cuide?

—No. Estoy sólo yo. No tengo tiempo para los hombres. Los gemelos son mi vida. Y no quiero hablar de mi vida amorosa. —Miro fijamente el contrato y, aunque estoy emocionada, odio saber que es algo que mi padre intenta hacer para caerme en gracia.

Por fin tendré mi panadería y le pagaré todos los meses.

—¿Cuánto tiempo te queda? —le pregunto, guardando el cheque y las llaves.

—Semanas. Meses. Todo depende.

No sé por qué digo esto, pero lo digo.

—Tal vez, tal vez te deje conocerlos. Tendré que pensarlo, papá. Me has hecho mucho daño.

—Lo sé. Y sé que no merezco conocerlos.

Quiero ser mejor de lo que él fue, de cómo me trató cuando le necesité. Eso no significa que le perdone, pero tal vez pueda encontrar compasión incluso en mi ira.

—Necesito decirte algo. Serás la única que lo sabrá. Mi fortuna, Camilla. Eres la única a la que se lo contaré, pero mis enemigos vendrán y lo querrán.

—No, no lo hagas. No quiero saberlo.

—Quiero que lo sepas. —Se incorpora con un gruñido y me susurra al oído la ubicación de cientos de millones de dólares. —Es suficiente para cuidar de ti, de tus hijos, de los hijos de tus hijos, etcétera. Si alguna vez decides que lo quieres.

No sé si lo haré. Es dinero manchado de sangre. Sigo tan enfadada con él por todo; la sola idea de coger un céntimo me hace sentir culpable por todas las promesas que me he hecho a mí misma.

Juré no volver a necesitar a mi padre, lo que aumenta mi confusión.

La ira no es fácil de olvidar, pero si no soy más fuerte que la rabia, no soy mejor que él.

4

— • —

Luca

*Dos semanas después.*

—Luca.

Estoy perdido en mis pensamientos, lavándome la sangre de las manos, pero conseguí la información que necesitaba sobre las drogas que no eran mías y que invadieron mi club anoche. El dolor siempre hace cantar a los cobardes.

—Luca.

Todo el mundo conoce las normas. Nada de violencia en el piso principal. Nada de drogas a menos que se compren a mis hombres. No tocar a las mujeres que no quieran.

Te sorprendería saber cuántas veces por noche se rompen esas reglas, todas las noches, y por eso tengo cicatrices permanentes en los nudillos.

—¡Luca! —grita Alvize.

—¿Qué? —Salgo de mis pensamientos.

—He estado repitiendo tu nombre durante cinco minutos. ¿Estás bien?

Cojo una toalla y me seco las manos.

—Estoy bien. —No estaba bien. Todos lo sabían también. No he sido el mismo desde aquella aventura de una noche hace cinco años. He intentado buscarla y no he encontrado nada. Me he rendido.

Su cuerpo aún me atormenta cada noche. Aún puedo oír su dulce voz, su timidez y su forma de suspirar y gemir. Su calor fantasma aún hace que mi corazón se acelere. Me ha arruinado para cualquier otra persona. Sólo he estado con unas pocas mujeres más desde entonces, y todas han sido un medio para conseguir un fin. Fingí todo el tiempo que eran Camilla.

Sólo para tener algo de sexo.

—Luca —Alvize suena frustrado. —¿Qué demonios te pasa? ¿Tengo que llevarte a un médico? Has estado empeorando. Estás perdido en tu cabeza.

—No estoy perdido. Sé exactamente lo que hago cuando lo hago. ¿Qué quieres?

—El Sr. Thompson quiere reunirse contigo.

Me quedo paralizado mientras me sirvo el whisky, luego deslizo los ojos hacia Alvize mientras se desploma contra la pared y cruza los brazos sobre el pecho.

—¿Por qué demonios querría reunirse conmigo? Hace años que decidimos no intervenir en los territorios o conexiones del otro. Si se retracta, no ganará la guerra. Yo he crecido y él se ha quedado estancado.

—No lo sé, pero sea lo que sea, no creo que tenga nada que ver con la tregua que hicisteis. No parece estar muy bien. Quiere reunirse contigo en una hora.

—Bueno, menos mal que me he ocupado del asunto, ¿no?

El traficante tendido en el suelo gime e intenta levantarse, pero se desploma como un inútil montón ensangrentado.

—Encárgate de eso, ¿quieres? Nos vemos en el coche. Quiero parar en la cafetería de camino. Alvize arrastra el cuerpo inconsciente por el suelo.

—Siempre quieres pasar por esa cafetería.

—Tienen el mejor café con leche y caramelo que he tomado nunca. Además, Cora es una chica dulce. Dirige un pequeño negocio. Es importante apoyar a las pequeñas empresas.

Alvize enrosca el silenciador a su pistola y apunta a la cabeza del traficante.

—No estoy en desacuerdo contigo.

—No lo mates. Deja que les cuente a sus amigos lo que pasa cuando rompes mis reglas. Tíralo en un callejón. No me importa.

Alvize me hace un gesto con la cabeza y levanta al chico en brazos antes de bajar los escalones. Me quedo allí un momento y me bebo el whisky, una costumbre que tengo que dejar. Suspiro mientras su ardor me calienta la garganta, el vaso tintinea en la mesa cuando lo dejo y salgo de la habitación, echando un último vistazo a la cama en la que he dormido todas las noches durante cinco años.

Arreglándome los puños, bajo las escaleras. El club está vacío desde que cerramos y tiene un aspecto muy diferente con esta luz. Las luces están encendidas, revelando un elegante suelo negro, las lámparas de araña brillan como el hielo en invierno y el camarero está detrás de la barra, preparando el alcohol que necesitaremos esta noche.

Salgo por la puerta y la claridad del sol poniente me ciega por un momento. Estoy demasiado acostumbrado a estar en el club, que está oscuro y no tiene ventanas. Tengo que intentar salir más.

Oigo el rugido de mi Mercedes G6 y espero en la acera a que Alvize se detenga. La pintura negra mate da al coche un aspecto sigiloso y letal.

—¿Listo para ver lo que trama tu rival? —Alvize alza la voz cuando abro la puerta.

—No. Es una pérdida de tiempo, pero acabemos de una vez. —Me abrocho el cinturón y apoyo el codo en la puerta, frotándome la boca con dos dedos. —Vámonos.

Enciende el intermitente, se incorpora a la carretera y pasamos por delante de los otros clubes. Esta calle principal se anima todas las noches. Es el lugar donde hay que estar. Es donde fluye el dinero y las vidas cambian a mejor.

O, a veces, para peor.

Flexiono la mano dominante cuando se pone rígida, las articulaciones crujen de alivio. Diez minutos de silencioso viaje en coche más tarde, nos detenemos en el aparcamiento donde está la cafetería que se asienta entre otras dos tiendas. Es una zona pintoresca. El edificio es de ladrillo rojo, y los escaparates de cada tienda son grandes y acogedores, mostrando lo que ofrece cada una.

—Parece que la cafetería tiene una vecina. Una panadería. Tío, un donut me apetece mucho ahora mismo. Parece que acaban de abrir —dice mientras salimos del coche.

—Tú ve a por los donuts, y yo traeré café. ¿Trato hecho?

—Trato hecho. —Sale corriendo hacia la panadería y me río. Siempre ha sido muy goloso.

Empujo la puerta y el aroma del café recién hecho enseguida me llena la nariz. Las mesas están alineadas a lo largo de la pared y el suelo es de epoxi morado brillante. Cada pared está pintada de un color diferente; si me quedo aquí mucho tiempo, sé que me dolerá la cabeza.

Me gustan los tonos negros, grises, blancos y verdes.

Colores más apagados.

También hay una gran variedad de mesas y sillas. Ninguna es igual. Parece como si todo fuera de segunda mano, y algunos asientos tienen cojines de distintos colores con distintos estampados. Unos cuantos jóvenes tienen abiertos sus portátiles, la atención en sus pantallas, y no se fijan en mí.

—Luca. —Cora sonrío detrás del mostrador. —Déjame adivinar, ¿lo de siempre para ti y un café solo para tu amigo?

—Me conoces bien, Cora —digo apoyándome en el mostrador. Veo a Cora trabajar, con una sonrisa todavía dibujada en la cara y las mejillas sonrosadas. —Hoy estás contenta.

Ella asiente.

—Se nota, ¿verdad? Mi mejor amiga ha vuelto a la ciudad. Con lo que es su padre, sinceramente, pensaba que había muerto.. Pero ha vuelto, y tiene la tienda justo al lado. Es la dueña de la panadería. Estoy muy contenta.

—Me alegra saber que recuperaste a tu amiga. Debe de ser estupendo. —Pongo un par de cientos de dólares en el bote de las propinas mientras ella desliza las bebidas por el mostrador.

—En realidad, puede que la recuerdes. Estuvimos en tu club por su cumpleaños.

—¿Camilla? —Su nombre se escapa de mis labios sin esfuerzo y una oleada de esperanza me invade.

—¡Sí! Ha vuelto.

Ha vuelto.

Y va a ser mía.

—Gracias, Cora. Y enhorabuena".

—Gracias, Luca. Hasta luego. Que tengas un buen día.

Levanto mi bebida en el aire.

—Tú también. —Cora es una chica dulce, e incluso la consideraría una amiga. La protegería si alguna vez estuviera en problemas.

Le doy la espalda y mi fachada se derrumba. La cabeza me da vueltas con decisión y salgo por la puerta; me cuesta toda mi fuerza de voluntad no atravesar las puertas de la panadería y exigir respuestas, exigir que sea mía, pero sé que no funcionaría.

No sé qué ha sido de ella durante todos estos años, pero me lo dirá a su debido tiempo. Un tiempo que pienso conseguir que llegue. Me meto en el todoterreno, miro por el parabrisas, con los ojos puestos en la panadería, y Alvize sale por la puerta, con una caja de donuts en una mano y acercándose un pastelito a la cara con la otra.

Y, entonces. ella está allí.

Contengo la respiración mientras la veo limpiar las ventanas de la entrada. Tiene el delantal manchado de harina y el pelo largo que tanto me gusta recogido en un moño desordenado.

Es más guapa de lo que recordaba.

Sus caderas son más anchas, sus muslos más gruesos, y sólo quiero agarrarlos mientras me cabalga.

—Tío, estos donuts están para morirse. Dios mío, —gime mientras se sienta en el asiento del conductor. —Y la chica que lleva este sitio es la chica del club de hace tantos años, creo. ¿Y adivina qué más descubrí?

—¿Qué? —Pregunto, sin dejar de mirarla.

—Es Camilla Thompson. La hija de...

—El Sr. Thompson. —Un plan comienza a formarse en mi mente. Uno que cambiará el curso de la reunión.

—Bingo. —Alvize pone la marcha atrás en el todoterreno y yo le robo una última mirada a la mujer que ha puesto mi mundo patas arriba.

La observo hasta que no puedo más, hasta que estamos demasiado lejos para que me pueda ver nada de ella, y me doy la vuelta. Los kilómetros que me separan de mi objetivo final son cada vez menos.

Finalmente, llegamos a una puerta de hierro que se abre y el guardia nos deja pasar sin preguntar.

—Qué raro.

—No. Nos están esperando. —Compruebo dos veces que llevo la pistola en la funda.

Está ahí.

Y si alguien intenta algo, no tengo miedo de apretar el gatillo, aunque este sea el hogar de la belleza que atormenta mis sueños.

Cuando aparcamos, un guardia nos espera en la puerta.

—Sr. Bianco, —saluda abriendo la puerta, y me detengo en el porche.

—¿No vas a comprobar si llevo armas?

—Lleva una encima. No soy estúpido.

—¿Por qué dejar que la lleve?

—Ya verá por qué, —dice el hombre. —Sígueme. Les llevaré con el Sr. Thompson.

Alvize debe sentir lo mismo que yo porque saca su pistola.

—No hay necesidad de eso. Se lo prometo.

—No acepto promesas de un enemigo, —afirmo, siguiendo al escolta escaleras arriba.

Es una casa bonita, pero parece casi vacía. No hay cuadros ni pinturas en las paredes. Está en silencio; el único sonido es el zumbido del aire acondicionado.

Aquí no puede ser donde se crió Camilla porque si yo tuviera una mujer como ella en mi vida, tendría muestras de lo orgulloso que estoy de ella por todas partes.

Nos detenemos ante unas puertas dobles y el escolta las abre. Entro, esperando ser atacado, pero no es así.

En cambio, me quedo mirando al Sr. Thompson tumbado en la cama, muy enfermo.

Estoy sorprendido. Debe haberlo mantenido en secreto porque no he oído nada a través de la red de conexiones compartidas que tenemos.

—Sr. Thompson, —le saludo, arrastrando una silla hasta el borde de la cama. Observo su figura, débil y frágil. Podría matarlo fácilmente ahora mismo, pero pienso en Camilla y en cómo me odiaría si matara a su padre.

—Sr. Bianco. Ya era hora de que nos conociéramos. —Tose en un pañuelo. Su tos es húmeda e intensa hasta que jadea. —Supongo que ya sabe por qué le he hecho venir.

—No puedo decir que sí. Está enfermo; eso está claro, pero no sé qué tengo que ver con eso. —Cruzo la pierna derecha sobre la rodilla y me reclino en la sillade cuero. Alvize está de pie a mi lado, con la pistola en la mano, listo para disparar si hace falta.

No hará falta. Thompson no tiene fuerzas para luchar. Levanto la mano y hago un gesto con los dedos para que Alvize guarde el arma.

—¿En qué puedo ayudarle, Thompson? Vayamos al grano. —Mi mente empieza a moverse, calculando todo lo que sé sobre él del pasado. Siempre ha sido un hombre rico, y sólo se hizo más rico con el paso de los años. Hubo rumores de que había escondido una fortuna, pero sólo eran rumores.

Quiero preguntárselo. Ya no necesitará el dinero.

Pero entonces, tiene a Camilla.

Podría darle el dinero a ella. Es lo más lógico, teniendo en cuenta que ella es su pariente más próxima. Es algo para tener en cuenta y no olvidar.

—No tengo mucho tiempo. Cuando esté muerto, Camilla se convertirá en un objetivo. Necesita ser protegida, algo en lo que no he hecho un gran trabajo hasta ahora.

Debe ser de lo que Cora estaba hablando antes.

—Te estoy dando todos los contactos de mi red. —Me entrega un sobre lleno de información que muchos otros hombres en mi posición querrán.

—¿Por qué? —Le entrego el sobre a Alvize.

—Eres el único que no ha intentado matarme y no ha incumplido nuestro acuerdo. Yo diría que eres un hombre de honor".

Estoy muy lejos de ser honorable.

No con lo que tengo planeado.

—Protegeré a tu hija con algunas condiciones.

Resopla.

—Di cuáles son.

—Quiero ser dueño del edificio donde tiene su panadería. No preguntes cómo lo sé. Ya conoces a los hombres como nosotros; siempre sabemos todo sobre nuestros enemigos.

—Bien. Perfecto. Ella puede pagarte por alquilarla, y tú puedes mantenerla a salvo.

—Quiero su mano en matrimonio también. Quiero que figure en el contrato.

Sus ojos se abren de par en par, y otra ronda de tos brutal le golpea.

—¿Por qué?

—Considérelo una forma de mantener cerca mi inversión . —No le diré la verdad. No le diré que hace cinco años, me quedé con la virginidad de su hija, que fue el mejor sexo que he tenido jamás, y que no puedo sacarla de mi mente. Necesito tenerla. Ella me pertenece r. No me importa lo que tenga que hacer, aunque signifique mentirle a uno de los hombres más brutales que ha dejado su huella en la historia.

—Ella no te dirá dónde está la fortuna. No podría importarle menos.

—Razón de más para que me lo diga.

—No lo hará. Sólo para fastidiarte.

Elevo la boca en una sonrisa cómplice. Me encanta que ella tenga fuego. Realmente quiero encenderlo.

Extiende la mano, un pacto entre caballeros, hasta que se firme el papeleo.

—Todo es tuyo. Tendrás el contrato en una hora.

Acepto su apretón de manos y me pongo en pie.

—Siento que los acuerdos no hayan podido hacerse en mejores circunstancias. Juro cuidar de su hija, Sr. Thompson.

—Eres el único que conozco que lo hará. No dejes que le pase nada. Ya ha sufrido bastante.

No sé lo que quiere decir, pero con un gesto seco de asentimiento y la aprobación de su padre, me voy como un hombre más rico.

Y el dinero no tiene nada que ver.

5

— • —

## Camilla

Hoy me cuesta levantarme de la cama.

Mi vida ha cambiado drásticamente en la última semana. No había pasado por tantos cambios desde que mi padre me echó de casa.

Él murió hace seis días.

Y estoy destrozada.

No pensé que lo estaría. Estaba tan acostumbrada a estar sin él que era como si estuviera muerto. Pero la realidad es otra.

Mi padre murió, y terminamos en términos indiferentes. Pudo conocer a sus nietos. Fue lo único que hice por él, pero fue más de lo que él había hecho por mí en los últimos cinco años. Aunque no me sentía del todo cómoda con que conociera a Olivia y Oliver, lo hice porque sabía que tenía que ser mejor que la rabia que me hacía sentir. Ver a los niños con él y ver a mi padre sonreír a pesar de la enfermedad que lo consumía fue agradable.

Me aprieto los ojos con las manos y respiro hondo, intentando contener las lágrimas. Hubo tanto resentimiento entre nosotros durante los últimos cinco años, pero ahora mismo recuerdo cuando me dijo que me quería.

Las veces que me besó en la frente.

Las veces que quiso que Marco me protegiera.

Las veces que, de pequeña, me arropaba en la cama y me leía un cuento.

Todos esos recuerdos me bombardean y no sé cómo afrontarlos. Hace años que no pienso en ellos.

—¿Mami"? ¿Qué te pasa? ¿Quieres mi osito? —Olivia me da el osito de peluche que tiene desde que era recién nacida. Aún está en buen estado, pero le falta un ojo.

—Me encantaría tener tu osito. Sólo estoy triste, cariño. Estaré bien. Tenemos que prepararnos para irnos. ¿Vale? Es hora de tomar un baño.

—¿Adónde vamos?

—Vamos a despedirnos de alguien que era muy importante para mí.

—¿Por eso lloras?

No contesto. En cambio, asiento con la cabeza porque sé que, si respondo, sollozaré. Tengo que mantenerme fuerte por ellos. Nunca me han visto llorar y quiero que siga siendo así.

No saben nada de mi padre. Nunca les hablé de él, así que se ahorran el dolor de echarlo de menos.

Todo sucedió muy rápido. Venir aquí. Volver a ver a papá. Hablar con él. Intentando, quizá, reparar un puente, y apenas tuve tiempo de procesarlo todo.

Luego murió.

Murió pensando que le odiaba.

Y lo hacía.

Pero o también le quería, y hay una delgada línea entre el amor y el odio.

Llaman a la puerta y me levanto de la cama. Nos alojamos en un apartamento encima de la panadería. Papá me ofreció quedarme con la propiedad, tener esa casa tan grande, pero lo rechacé.

No quiero tener nada que ver con eso, y es importante que me valga por mí misma como hasta ahora. Así que le alquilé el local a mi padre. Ahora no sé a quién le pagaré el alquiler, pero ya me las arreglaré.

—¿Por qué no preparas el baño y yo estaré allí en un minuto para ayudarte?.

Olivia inclina la barbilla hacia el pecho y se enrosca el pelo en el dedo.

—Mami, ya soy una niña mayor. No necesito tu ayuda. —Resopla, gira sobre sus talones y camina hacia el baño.

—Bueno, ¡perdona! —grito mientras cierra la puerta.

—Estás perdonada. —Su voz es silenciada por el flujo de agua que llena la bañera.

¿Cómo que esa es mi hija? ¿Cuándo se ha vuelto tan descarada? ¿Y cómo es tan inteligente?

Suenan más golpes, y yo camino por el pasillo, agarro el pomo de la puerta y la abro.

Cora está de pie con un traje completamente negro.

—Estás aquí. —Le echo los brazos al cuello y la abrazo con fuerza.

—Por supuesto que sí. —Ella me devuelve el apretón. —Jasmine dice que desearía estar aquí, pero está en Europa. No puede venir a los Estados Unidos ahora.

—No pasa nada. No pasa nada. Me alegro de que estés aquí.

—¿Cómo te encuentras? , —pregunta dando un paso hacia el interior.

—Perdón por el desorden. Todavía estamos terminando la mudanza.

—No me importa. Sólo me alegro de que estés en casa. No puedo creer lo que te hizo tu padre. No puedo creer que hayas estado sola. —Se le quiebra la voz y tomo su mano mientras sacude la cabeza. —Lo siento mucho.

—No lo sientas. No pasa nada.

—Si pasa. Criaste a dos niños tú sola. Eso tuvo que ser duro.

—Lo es, —digo, mirando por encima del hombro a Oliver, que está viendo la tele. —Pero es increíble. No lo cambiaría por nada del mundo.

—Y el padre es... —Levanta una ceja. —Luca, ¿verdad?

Asiento con la cabeza.

—Ellos no lo saben, y él tampoco. No tuve exactamente la oportunidad de decírselo.

—Tienes que hacerlo ahora, lo sabes, ¿verdad? Estás aquí. Él se merece saber que tiene hijos.

—Se lo diré cuando termine todo esto de mi padre. Una cosa cada vez.

—Bueno, cualquier cosa que necesites que haga, estoy aquí para ti. Estaré encantada de cuidar a los niños cuando lo necesites. Seré la tía Cora, la más guay que exista.

—No lo dudo. —Cojo un vestido negro de una percha solitaria del armario y suspiro mientras lo miro fijamente. —Es surrealista que esto esté pasando.

—Lo siento, —dice, sentándose en el sofá contra la pared. —No puedo imaginar lo que estás sintiendo.

—No lo sé. —Me visto, me ajusto el vestido y me miro al espejo mientras me recojo el pelo. —No sé lo que siento.

Se abre la puerta del baño y Olivia sale con una toalla enrollada en torno a su cuerpo y otra envolviéndole el pelo.

Descarada.

Cora se ríe.

—He terminado, mami. Ya te lo he dicho. Ya soy una niña mayor.

—Y tenías razón. —La visto con un sencillo vestido negro como el mío, nada especial, y la peino con coletas.

No hay tiempo para que Oliver se bañe, así que le visto con una camisa y unos pantalones negros, y luego le mojo el pelo para peinárselo.

—¿Estamos listos para irnos? —Pregunto, cogiendo mi bolso.

—¿Por qué vamos vestidos tan tristes? —pregunta Oliver, cogiendo la mano de Cora mientras salimos por la puerta.

La cara de Cora resplandece de emoción.

—Esto es lo que te pones cuando te despides de alguien.

—Es aburrido. Si alguien tiene que despedirse de mí, espero que lleve un disfraz del Capitán América. Sería genial —dice Oliver, caminando en línea recta.

Está poniendo, literalmente, un pie delante del otro.

Un coche nos está esperando cuando bajo las escaleras, y Andrew está allí, abriendo la puerta trasera.

Entramos y los niños juegan entre ellos para pasar el rato, pero antes de que pueda dar forma a una sola idea, ya estamos entrando en el cementerio.

El séquito de coches forma una fila interminable. No puedo contar la cantidad de gente que se agolpa alrededor de su tumba. Mientras camino, sostengo a Olivia en mis brazos, y Cora tiene su mano en la de Oliver. Empieza a caer una ligera lluvia, a juego con el lúgubre ambiente.

Paraguas abiertos, un gran espacio de color negro que me deprime aún más.

Cuando llego al frente, me siento y los niños se sientan a mi lado. La lluvia gotea sobre el ataúd de mi padre, y mi atención se fija en cada gota. Me recuerdan a las lágrimas.

Para ser un ataúd, es bonito. Barras doradas y madera de roble pulida. La idea de ser enterrada me asusta. La idea de mi cuerpo atrapado en una caja, bajo tierra, es realmente inquietante. Quiero que me incineren y me lancen al aire en lugar de ocupar espacio.

—Un líder no es alguien que dirige, sino alguien que se preocupa por la causa que dirige —comienza el sacerdote, y me cuesta toda mi fuerza de voluntad no sentir amargura y burlarme.

Mi padre sólo se preocupaba por sí mismo y eso sólo cambió hacia el final.

Mientras habla el sacerdote, miro a mi alrededor para ver si conozco a alguien. Marco está aquí y me dedica una sonrisa triste y tensa. Es mayor, tiene canas en las sienes y arrugas alrededor de los ojos.

Y entonces mi atención se fija en él.

Jadeo tan fuerte que el sacerdote deja de hablar un momento antes de volver a empezar.

Luca me está mirando fijamente. Intensamente. Sus ojos azules atraviesan la lluvia y se clavan en mí.

—La pena es pesada, pero uno no tiene por qué llevar el peso solo —predica hacia la multitud, dándome una palmadita en el hombro.

Internamente, pongo los ojos en blanco.

Llevo años cargando peso yo sola. Me ha hecho más fuerte.

—Dios mío, él está aquí, —susurra Cora por un lado de la boca.

—Lo sé. —Apenas puedo respirar mientras le miro. No me atrevo a romper la conexión. Está tan guapo. Lleva un chaquetón negro, pantalones oscuros y una camisa como de ónice. La lluvia se refleja en su pelo oscuro y tiene una sombra de barba en las mejillas.

Sus ojos se posan en Olivia y Oliver, pero no parece darse cuenta de que son sus hijos.

Tengo que ignorarlo.

Lo único que tengo en mente es superar este día.

Se suponía que Luca estaba en el pasado, igual que mi padre, pero aquí está, y no puedo evitar preguntarme si hay una oportunidad para lo nuestro.

O tal vez lo nuestro esté muerto, y lo estoy enterrando también a dos metros bajo tierra.



Luca

Ah, mi pequeña belleza se ha fijado en mí por fin.

Bien.

Quiero que sepa que estoy aquí, y ahora no tiene forma de escapar de mí. Ya me he apoderado de todos los aspectos de su vida, y ella no tiene ni idea.

No sabía que tenía hijos. No es un problema. Me encantan los niños, y los suyos son adorables. Tendré que asegurarme de que el padre de los niños no esté presente. Ahora me tienen a mí. No lo necesitarán.

No hemos podido apartar la mirada el uno del otro. No puedo creer lo guapa que está. Incluso a través de la lluvia, puedo ver que ha estado llorando. Tiene los ojos rojos y no lleva maquillaje.

¿Para qué molestarse si las lágrimas no paran?

Odio que esté sufriendo, y desearía poder tomarla en mis brazos y decirle que todo irá bien, pero sería mentira. No todo en la vida está bien; a veces, es cruel y dura, y te pone a prueba hasta los límites más absolutos.

Por eso es tan importante para ella tener a alguien como yo. Me aseguraría de que la crueldad no la tocara y de que la dureza no la pusiera a prueba. Estaría ahí para librar todas sus batallas, acabar con todas las amenazas y protegerla a toda costa, para que supiera lo que es vivir feliz.

Los truenos retumban por encima de nosotros y la lluvia cae con más fuerza. Todo el mundo tiene su paraguas abierto, y está de pie mientras el sacerdote pronuncia su sermón, pero nadie puede oírle. La lluvia le ahoga.

Mis ojos no se apartan de Camilla y me pregunto qué estará pensando. ¿Estará contenta de verme? ¿Vivirán en su mente los recuerdos de nuestra noche? ¿Está pensando en cómo reclamé su virginidad en el momento en el que bajaban a su padre?

Es un pensamiento enfermo y retorcido. Hay un momento y un lugar para todo, pero a veces no podemos evitar que nuestra mente divague. Ella no tiene la culpa de eso.

Rompe la conexión, mirando al suelo mientras sujeta las manos de sus hijos. Gemelos, me atrevería a decir. Se portan muy bien. Estoy impresionado.

La gente empieza a marcharse y se forma una fila junto a Camilla. Uno a uno, le dan el pésame.

—Siento mucho su pérdida.

—Era un hombre maravilloso.

—Siento mucho su fallecimiento.

Todos mienten.

Conocía el tipo de hombre que era; ser bueno no estaba en la descripción de su trabajo. Era un asesino al que sólo le importaba asegurar su riqueza y proteger su territorio.

Como yo.

Hasta ella.

Soy el último de la fila y, cuando tomo su mano entre las mías, ese jadeo familiar que emite me recorre la espina dorsal.

—Camilla Thompson. —Subrayo su apellido porque habría sido fácil encontrarla si lo hubiera sabido.

—Luca. —Exhala mi nombre con un suspiro de sorpresa.

Sus ojos se deslizan hacia su hija, su hijo y luego vuelven a mí.

—¿Qué haces aquí? me pregunta con la voz ronca

La lluvia arremete contra la tela del paraguas.

—Tu padre era mi rival. Vine a presentar mis respetos a un hombre que honró su palabra.

—¿Cuál es tu apellido? —Camila tiembla, su mente trabaja mientras une las piezas

—Bianco". —Le beso la parte superior de la mano como hice la noche que nos conocimos, y ella la aparta.

—Cora, ¿podrías llevar a los niños al coche?

—Por supuesto. —Cora se levanta. —Luca, me alegra verte de nuevo.

—A mí también, Cora. Aunque lamento las circunstancias —le digo.

Cora se aleja con los niños y Camilla se queda de pie, sujetando el mango del paraguas con tanta fuerza que se le ponen blancos los nudillos.

—Tienes unos hijos adorables. ¿Gemelos? ¿Está su padre por aquí? — Necesito saberlo. No va a haber competencia aquí. Camilla fue mía primero, y para mí será la última.

—No. Sí. Quiero decir...—Respira hondo, cierra los ojos y deja caer los hombros. —No, no está. ¿De verdad es lo primero que me preguntas después de tanto tiempo? —suelta, y se levanta una suave brisa, haciendo que las puntas de su pelo se mojen. —Lo siento. Ha sido una grosería. Estoy muy ocupada. Luca, me alegro de verte. No tenía ni idea de que fueras uno de los rivales de mi padre o lo que pasó aquella noche...

—Hubiera pasado de todos modos. ¿¿Me conoces, entonces?

—Todo el mundo te conoce —afirma. —Aquella noche no fue un error, pero fue algo puntual. Siento haberme ido como lo hice, pero fue mejor así.

—No, no lo fue. Y lo sabes —digo apretando los dientes, agarrándole el brazo, pero sin hacer presión. No quiero que piense que le he hecho daño. Nunca infligiría dolor a alguien tanpreciado para mí. —Desapareciste. ¿Por qué?

—No quiero hablar de eso. Mi padre acaba de morir. Quiero seguir adelante con mi vida.

Mi mirada se suaviza al contemplarla. Está muy cansada y derrotada.

—Siento la muerte de tu padre. Él y yo nos entendíamos. Teníamos una tregua y nunca la rompimos. Tienes que escucharme, ¿vale? Sé lo de la fortuna...

Me suelta el brazo y se da la vuelta para ver si sus hijos ya no están a la vista.

—¿Así que de eso se trata? En realidad, no te importo. Esperas que vuelva a la cama contigo y te diga dónde está la fortuna. Vaya... —se burla, empujándome en el pecho. —Los hombres de mi vida son un caso aparte.

—No. —Doy un paso adelante y bajo la voz. —No, no es por eso. Digo que siempre ha habido rumores sobre él. Todo el mundo en este negocio sabe lo rico que era y que nunca iba al banco. La gente se da cuenta de esas cosas, y la gente habla. Estás en peligro. Puedo protegerte a ti y a tu familia.

Parpadea y se ríe.

Y le hace gracia lo que he dicho durante demasiado tiempo. Se enjuga los ojos, se pone la mano en la cadera y me mira de arriba abajo sacudiendo la cabeza.

—Alguien que quisiera esa fortuna diría algo así. Mi padre está muerto. Y no dejamos las cosas en los mejores términos, así que me gustaría llorar en paz. Ya nadie me controla. Nadie sabe nada de mí por su culpa.

—Error. Ahora todo el mundo te conoce. Deberías haberlo pensado antes de mostrar tu cara en el funeral.

—Tenía que hacerlo—, se burla. —Era mi padre.

—Y ahora la gente que ha estado aquí hablará, y se correrá la voz de que la hija de Thompson ha vuelto a la ciudad. Ahora eres tú quien tiene la fortuna.

—No lo tengo.

—Ellos no lo saben y, además, no les importa. A mí sí. Te ofrezco mi ayuda.

—No necesito tu ayuda. Hace cinco años que no necesito a nadie. Sé estar sola. —Empieza a alejarse, pero se detiene. —Gracias por venir. Ya nos veremos, Luca.

Me verá porque no planeo ir a ninguna parte.

Nunca más tendrá que estar sola. Me aseguraré de ello.

—Quiero ojos sobre ella en todo momento, Alvize.

—Entendido.

—Mantenlos a una distancia segura. Ella es lista. Sabrá que alguien la está siguiendo. —Parece que no puedo apartar los ojos de ella mientras se aleja de mí.

Por segunda vez, y ya van dos.

—Y quiero información cada hora en punto. No quiero que se me escape nada. ¿De acuerdo?

—Lo tienes —confirma. —No estará contenta cuando se entere.

—Aprenderá a estarlo.

Antes de que suba al coche, sé que hay esperanza para nosotros si me echa una última mirada. Es imposible que haya pasado todos estos años sin pensar en mí. Nuestra historia terminó demasiado pronto, y quiero empezarla de nuevo.

*Mírame. Mírame. Mírame, Camilla.*

Agacha la cabeza al entrar y se detiene, enderezándose como si sintiera mis ojos clavados en ella. Vuelve la barbilla hacia el hombro, sin mirarme, pero sintiéndome, y eso es suficiente para darme la esperanza que buscaba.

—Quiero seguridad instalada en su tienda y en la de Cora. Quiero cámaras en todos los ángulos. Quiero saberlo todo sobre los dueños de las tiendas que las rodean. Quiero un control exhaustivo de sus antecedentes. Quiero un escolta con ella en todo momento.

—¿Quieres saber tanto de ella cuando tiene dos hijos? Eso es mucho que asumir, Luca. Ha sido madre soltera, y sé lo que es eso porque mi madre me crio sola. Son diferentes. Son más fuertes, y ella no dejará que nadie la pisotee. Protegerá a sus hijos a toda costa. No digo que no valga la pena porque tenga dos hijos. Digo que lo vale, pero no confiará en ti inmediatamente.

—Lo sé. Sería tonta si confiara en mí de inmediato. Y Camilla es cualquier cosa menos tonta. — Finalmente sube al coche. —Me gustan los niños —añado sin motivo cuando su coche se pierde

de vista. —Todavía no tengo ninguno por cuestiones de tiempo. —Ya he encontrado a la mujer con la que quiero tener hijos. Sólo necesito que ella también quiera.

—Bueno, para caerle en gracia, empieza por regalarle algo a los niños. Demuestra que te interesa su vida, no sólo en ella. Esos niños forman parte del paquete. No puedes tenerla sin ellos. Demuestra que te preocupas por ellos primero, pero no puede ser caro, o ella tendrá que pagarte.

—Hay muchas reglas. Es bueno que sepas tanto.

—Deberías haber visto a los hombres que intentaron salir con mi madre. Tuve suerte. Al final, los echaba a todos cuando se daba cuenta de que no querían saber nada de mí. —Me da una palmada en el hombro. —Vamos. Salgamos de la lluvia antes de que empeore el tiempo.

Mientras volvemos al coche, intento pensar en todas las posibilidades que tenemos Camilla y yo. No he tenido contacto con niños, así que cuanto más pienso en lo que les gusta, más perdido me siento. —¿Qué les gustaría a los niños de su edad? ¿Qué tal una bicicleta? ¿Tal vez clases de tiro? Yo fui a clases de tiro cuando tenía su edad. —Sigo caminando hasta que me doy cuenta de que Alvize no está a mi lado. Miro hacia atrás y veo que se ha quedado quieto, mirándome con la boca abierta. —¿Qué?

—No se puede dar a los niños de su edad lecciones de tiro. ¿Estás loco? Es una idea horrible. Horrible. Olvida esa idea.

Yo salí bien.

Me fulmina con la mirada.

—Eres el líder de una organización criminal que el otro día le dio una paliza a un traficante hasta que perdió casi todos los dientes.

—Me temen. Estoy en el poder. Tengo dinero. Soy un hombre de negocios. Yo diría que eso es tener éxito.

—Sí, pero... —se frota los ojos. —Eso no es normal.

—¿Qué sugieres? —pregunto, abriendo la puerta del pasajero.

Espera a contestar hasta que estemos en el todoterreno.

—Caramelos.

—¿Caramelos? —repito.

—A los niños les encantan los caramelos.

Puedo hacerlo. Conseguiré todos los caramelos que esos niños puedan soñar.

—No te pases. Uno o dos. Nada demasiado exagerado, Luca. Sólo la alejarías.

Eso es lo último que quiero hacer. Ya tengo un largo camino por delante para ganarme su confianza.

El camino a casa me hace pensar, pero no en Camilla.

En sus hijos.

Y deseé que fueran míos. Entonces, ella estaría atada a mí.

Estaría a salvo.

Y sería mía.

7

— • —

## Camilla

La campanita tintinea sobre la puerta cuando alguien entra.

—¡Enseguida estoy con usted! —grito desde la trastienda, cogiendo provisiones extra. Ha pasado una semana desde la muerte de papá y me he adaptado bien a mi nuevo mundo, lo cual me asusta. Tendría que estar emocionalmente más afectada,, pero creo que me despedí de mi padre hace tiempo, lo que hace que sea un poco más fácil seguir adelante.

Ya he estado de luto por nuestra relación. No queda nada por lo que estar triste.

Llevo las cosas delante y me deslizo detrás del mostrador. El horno está encendido, cocinando otra tanda de galletas tipo *snickerdoodle* de malvavisco. Si los clientes se quedan en la tienda mientras disfrutan de sus compras, pueden ver cómo lo hago todo, lo cual es importante en cuestión de transparencia. Los clientes pueden ver lo que pongo en las galletas, los donuts, el pan o cualquier otra cosa que decida preparar.

Estoy orgullosa de mi pequeña panadería. Estoy agradecida por la oportunidad que papá me dio. Sólo lleva abierta unas semanas y el negocio ha sido extraordinario. He superado todos los objetivos que me propuse para los próximos seis meses.

—Qué bien huele aquí— —dice Taylor, el dueño de la librería de enfrente.

Vino a presentarse el primer día que abrió la panadería. Ha sido amable conmigo y, por eso, a veces le invito a un *muffin*.

—Taylor. Hola, ¿cómo estás? —Abro el horno, me pongo el guante y saco la bandeja de galletas.

—Estoy bien. Es mi hora del almuerzo y quería venir a saludar, tal vez ver si quieres venir a por un sándwich.

—Taylor, sabes que yo...

—Lo sé. Lo sé. —Levanta las manos en señal de rendición. —No estás buscando tener una cita o una relación, pero de verdad, sólo quiero ir a almorzar con una amiga. Eso es todo. Nada más.

—No puedo. Tengo que hacer algunas docenas más de estas galletas para las tres. Luego tengo que recoger a los niños, que están con Cora. Hoy es su día libre en la tienda, así que puede cuidarlos por mí. —Pensé que no tener a Louisa me pondría en un aprieto, pero no ha sido difícil. Si Cora no puede cuidarlos, hay una guardería estupenda al final de la calle, y puedo permitirme llevarlos allí. Es increíble lo que puede hacer un poco de dinero.

Dicen que el dinero no compra la felicidad, pero a mí me ha traído algo de alivio. No estoy tan estresada. No he tenido ataques de ansiedad ni paso noches sin dormir.

La lucha que he librado durante los últimos cinco años está mejorando.

Lo que lo hace aún mejor es que no he usado ni un céntimo del dinero que me dio papá. Estoy usando lo que genera la panadería, pero no soy estúpida. Ingresé el cheque que me dio, así que está produciendo intereses. Puede que tenga reparos para utilizar ese dinero ahora, pero los niños estarán bien cuidados, y eso es lo que me importa.

Tal vez supere la amargura y gaste el dinero que me dejó, pero no estoy segura de que lo haga. Gastarlo es como decir que lo que hizo estuvo bien. Tal vez cambie esa mentalidad algún día. Estaré abierta a ello, pero ahora mismo, es más importante para mí sostenerme por mí misma.

Sí, él me consiguió esta tienda y he podido tener mi propia panadería, pero sería estúpida si lo hubiera rechazado sin permitirme tener éxito. Estoy agradecida.

Descubrir lo que siento por mi padre es una tarea interminable.

—Tienes que comer, Camilla. ¿Puedo al menos traerte la comida? ¿Y tal vez pueda robarte una de esas galletas que estás glaseando ahora mismo?.

Las *snickerdoodles* tienen una ligera cobertura de malvavisco. Es esponjoso y delicioso. Utilizo este glaseado más de lo habitual, que es por lo que vendo tan bien. El glaseado normal es demasiado pesado y dulce para mi gusto, pero éste es perfecto.

—Trato hecho. Estaré aquí esperando.

—Volveré pronto. —Sale, dejándome sola y entonces la puerta se abre de nuevo.

—Huele divinamente aquí.

No necesito levantar la vista para ver quién es. El tubo de glaseado se me cae de la mano y cae al suelo.

—Maldita sea —maldigo.

—Qué lenguaje tan soez para una mujer tan guapa —se burla de mí, y mis mejillas arden.

No puedo evitar reaccionar ante él. Él es así cuando se trata de mujeres. Sé que su voz no sólo funciona conmigo.

Presiono la mano contra el lateral de mi cabeza e intento calmarme, pero la capacidad de pensar con claridad disminuye con cada palabra que pronuncia.

—Luca, ¿qué haces aquí? —Me apoyo en la encimera, agarrándome a ella con fuerza para prepararme a mirarle.

—Vengo a apoyar un nuevo negocio en mi ciudad —dice, poniéndose delante de mí.

Lo único que se interpone entre nosotros es el mostrador, y aun con eso interponiéndose, siento atracción hacia él.

He aprendido a ser fuerte por mí y por mis hijos, pero no creo ser lo bastante fuerte para negarme a Luca si sigue viniendo. ¿Es ese su plan? Desgastarme, hacer que me enamore de él, ¿y luego qué? ¿Consigue lo que quiere y se deshace de mí? ¿Me mata?

No puedo permitir que eso suceda. Tengo que pensar en Olivia y Oliver. Necesitan que me centre al cien por cien en ellos.

—Mírame, Camilla.

Sacudo la cabeza y me agacho a recoger el glaseado antes de tirarlo a la basura. Cojo otro tubo de la nevera y empiezo a glasear las galletas.

—Mírame —repite.

No haré lo que dice. No me importa si le cabrea.

—No me hagas ir ahí detrás, Camilla. Te he pedido que me mires.

Suelto el tubo de golpe e levanto la barbilla, odiando encontrarme con una vista tan hermosa. Él no ha cambiado mucho en los últimos cinco años, pero yo sí. Sigue siendo alto, elegante, y una peligrosa oleada de poder le rodea como un manto. Es un aire que le convierte en algo prohibido y la causa de que tantas mujeres quieren probarlo.

Y sabe muy bien. Tiene un sabor que cualquier mujer con sentido común querría volver a probar. Lleva el pelo oscuro peinado con raya a un lado, tan bien colocado que no hay un solo pelo fuera de su sitio. Sus ojos azules son del color del hielo y me pone la piel de gallina, un temblor me sacude los huesos.

No es frío. El horno está encendido. Hace calor aquí. Estoy sudando, de hecho.

Su intensa mirada me hace olvidar todas esas cosas. Solo con que me tocara, me destrozaría igual que la presión destroza el hielo.

—Esos ojos —elogia, apoyando los codos en la encimera mientras se inclina hacia delante. — Esos ojos han perseguido mis sueños durante muchas noches. ¿Por qué te fuiste? —Me coge la

mano, aunque esté cubierta de harina y tenga vetas de glaseado.

—Porque tenía que ser algo de una noche. Nos utilizamos el uno al otro. Fuiste mi primer amante, y aunque no tenía ni idea de que serías el hombre con el que acabaría la noche, fue perfecta, y no quería que se arruinara porque me dijeras que me fuera.

—No lo habría hecho dice mordiendo las palabras, con la rabia brillando en su rostro. —No me habría atrevido. Quería más de una noche, y sé que tú sentías lo mismo.

—Y menos mal que no lo hice. —Aparto la mano y me froto la palma en los pantalones. —Eres... eras el rival de mi padre. Y que tuviéramos una relación habría sido catastrófico. Él nunca lo habría permitido. Es mejor que las cosas hayan salido así.

—¿Mejor en qué sentido, Camilla? —Sus dedos, largos y callosos, me rodean la muñeca y me dan un rápido tirón. Caigo hacia delante, casi a mitad de camino. Su nariz está a escasos centímetros de la mía, sus labios a un suspiro, y su aroma me inunda los pulmones.

Limpio, nítido, y el ligero toque de su colonia, que contiene la cantidad justa de picante que me vuelve loca.

—¿Mejor que añorarnos el uno al otro? ¿Mejor que el dolor de no saber dónde estabas? ¿Mejor que mi deseo de inclinarte sobre este mostrador ahora mismo y follarte como hice hace tantos años? Mmm...,—murmura para mostrar su desacuerdo. —No, no hay nada mejor que eso. No hay nada mejor que mi deseo por ti. No se ha detenido. No ha vacilado. Nunca se ha puesto en duda.

Mi mirada se posa en sus labios y me fijo en la barba incipiente que le sombrea la mejilla. Debe de tener unos cuarenta años y está en la flor de la vida.

Más rápido de lo que puedo responder, roza sus labios con los míos. No es un beso. Es demasiado rápido. Es una provocación, una promesa de que vendrá, y es suficiente para que mi mente deje de dar vueltas.

—Pero no es por eso por lo que estoy aquí —dice, apartándose y llevándose todo el calor con él. Me saca de mi estado de ensoñación con él y me devuelve al presente.

—¡Mierda! ¡Las galletas! —Me doy la vuelta y abro el horno, sale humo de la bandeja de hornear. —No, no, no. —Tiro la bandeja sobre la encimera, las galletas están estropeadas por haberlas dejado allí demasiado tiempo. —Tengo que volver a empezar. Tengo un pedido que hacer. —Me empiezan a arder los ojos, y culpo al humo que me los irrita.

—No pasa nada —canturrea, corriendo alrededor del mostrador hasta llegar situarse tras él. Se quita el abrigo, se remanga hasta los codos y me pasa los dedos por debajo de la mandíbula para que incline la cabeza y le mire.

Me seca una lágrima y ladea la cabeza, frunciendo las cejas.

—Ya no estás sola, Camilla. Todo lo que haces ya no depende solo de ti. Estoy encantado de ayudarte, además soy el que te ha distraído de las galletas. Es lo menos que puedo hacer. ¿Qué necesitas de mí?

—Necesito..., —trago saliva. —Necesito que no hagas que me enamore de ti. Y estando aquí, me estás dificultando mucho ese camino. Necesito que te vayas.

—¿Y si quiero que me ames? ¿Y si ese es mi plan?

Le dedico una sonrisa tensa y me alejo de él.

—No te creo. Creo que buscas lo mismo que todos. La fortuna de mi padre.

—Ya veo —dice, metiéndose las manos en los bolsillos.

—Por favor, vete.

—Volveré —dice, agarrando el abrigo mientras se aleja de mí. —Para cobrar el alquiler.

—¿Cobrar el alquiler? ¿De qué estás hablando? —Corro tras él, exigiendo saber a qué se refiere.

—No puedes decir algo así e irte. —Le agarro del brazo y él se da la vuelta, agarrándome por los hombros para sujetarme.

—Y tú esperas que me vaya sabiendo que, si me quedo, tal vez podría hacer que me ames, y sin embargo me voy porque es lo que quieres.

—¡Esas dos cosas no son lo mismo! Amarte es una posibilidad que no puedo arriesgar. No la arriesgaré, pero los negocios son otra cosa. Eso no tiene nada que ver con mis sentimientos.

—Así que lo admites, ¿sientes algo por mí?

—Dios, ¿eso es todo lo que oyes? Ni siquiera te conozco. En realidad, no. Lo único que siento es de un recuerdo lejano.

—Está bien. Puedo trabajar con un recuerdo. —Se inclina y me besa la mejilla. —Volveré en una semana para cobrar el alquiler. Le compré este centro comercial a tu padre. Ahora trabajas para mí, Camilla. No hagas nada imprudente. No me gustaría tener que hacer algo al respecto —susurra, frotando su barba contra mi mejilla antes de abrir la puerta.

—¿Interrumpo algo?

Me aclaro la garganta.

—Taylor, este es el dueño del edificio.

—¿Luca Bianco? pregunta Taylor, levantando una ceja. —Nunca puede ser bueno tener a un hombre como él en tu vida.

—¿Y qué sabes tú de un hombre como yo?. —Luca arranca el almuerzo de las manos de Taylor y lo deja caer sobre una mesa cercana.

Taylor tartamudea y da un paso atrás hasta apoyar la espalda contra el mostrador.

—Sólo quiero decir que todo el mundo sabe quién eres, así que tener negocios contigo significa que ella no puede saltarse ningún pago o... —Sus ojos se desvían hacia mí. —O está muerta.

—Hablas mucho de alguien que no conoces. —Abre la puerta y se inclina, haciendo que Taylor parezca bajito. —No deberías hacer eso. —Luca mira por encima del hombro y me guiña un ojo. —Nos vemos pronto, Camilla. Asegúrate de tener listo el cheque del alquiler. No me gustaría desahuciarte.

—No te atreverías.

—¿Y cómo lo sabes? —Un brillo travieso centellea en sus ojos antes de salir, lanzando una mirada curiosa a Taylor antes de marcharse.

Se hace el silencio en la tienda entre Taylor y yo. Se lleva la mano al pecho, intentando recuperar el aliento antes de cerrar la puerta y da la vuelta al cartel para que indicar que está cerrado.

—¿Qué coño ha sido eso? Dios mío, Luca Bianco es tu casero. Está en la mafia, lo sabes, ¿verdad? No, *él* es la mafia. Él es *el* hombre. Tienes que salir de esto.

—No puedo. No sé cómo. No tenía ni idea de que era el dueño del edificio. Mi padre lo hizo. No sé cómo Luca se lo compró, Taylor. No sabré más hasta que vuelva.

—Esto no es bueno. ¿Qué quería?

Pienso en su pregunta, y me doy cuenta de que Luca no compró nada. Había venido a la tienda por mí. Para verme. ¿Pero por qué? No puede ser *por mí*.

Tiene que ser por la fortuna de mi padre.

Y tengo que asegurarme de que mis hijos nunca se aproximen a lo que tenga planeado. No hablarle de sus hijos es malo, pero ¿qué otra opción tengo? No merecen ser engañados por él.

—No lo sé. Vino aquí y se quemaron las galletas. Se ofreció a ayudar a rehacerlos, y le mandé a paseo .

Taylor me coge de la mano y me agarra con fuerza.

—No puedes creer nada de lo que dice, Camilla. No es un buen hombre. He oído cosas horribles. Hagas lo que hagas, tienes que asegurarte de darle el dinero que te pide y todo irá bien.

—Siempre podría romper mi contrato de arrendamiento. Quiero decir, entonces podría seguir adelante, ¿verdad?

Taylor sacude la cabeza.

—No lo entiendes. Una vez que Luca Bianco se fija en algo que quiere, lo consigue. Nunca permitiría que te fueras.

No, tampoco creo que yo quiera. No creo que quiera irme. Ver a Luca de nuevo ha despertado demasiadas emociones en mi interior. Dijo que no tenía que volver a hacer nada sola. ¿Está diciendo que estará aquí para mí?

—Vamos a comer. ¿Vale? —Cambio de tema, no quiero hablar de Luca a sus espaldas. Sigue siendo el padre de mis hijos. Eso merece respeto en sí mismo. —No tengo mucho tiempo. Tengo que empezar de nuevo una hornada de galletas que debe estar lista esta tarde. Quiero terminar para cuando Cora me devuelva a los niños.

Me siento y desenvuelvo el bocadillo que me ha comprado Taylor. Lo muerdo y gimo, sin darme cuenta del hambre que tengo. El tomate es jugoso, la lechuga crujiente y el pollo está bien sazonado.

—Bueno, esperemos que no te cause problemas. Casualmente eres mi vecina de enfrente.

—Has sido un buen amigo —digo, con la boca llena de comida.

Taylor es un chico guapo. Es alto, delgado, tiene el pelo castaño, la piel pálida y tiene los ojos verdes más brillantes que he visto nunca. Iría a por él si no hubiera experimentado lo mejor que el mundo puede ofrecer. Ningún otro hombre es comparable a Luca. Y necesito superar ese asunto muy rápido. No podré seguir adelante con mi vida si sigo fantaseando con un tío con el que me he acostado una vez.

Pero no es tan fácil. No importa cuántas veces me quiera convencer a mí misma de lo contrario.

Siempre estará en mi vida gracias a Olivia y Oliver. La posición que ocupa en mi vida no puede ser reemplazada por nadie más. Estoy atada a él para siempre. Luca siempre estará por delante de cualquier otro hombre, incluso si termino saliendo con alguien o en una relación a largo plazo, tal vez incluso casada. Tendré que pensar en él todos los días por los niños.

Sentimientos como esos no desaparecerán así como así. Estar atada a él sólo hará las cosas más difíciles.

—Bueno, será mejor que vuelva al trabajo. —Sueno resignada.

Lo estoy. Estoy muy estresada y no tengo ni idea de qué hacer. Cora me echará la bronca cuando le diga que aún no le he contado a Luca lo de los niños.

—No has terminado de comer —señala Taylor.

—No tengo hambre.

—Probablemente yo también debería volver. —Taylor comprueba el reloj de su muñeca. —Nos vemos luego. —Me da un rápido abrazo, abre la puerta y cruza la calle corriendo hacia su librería.

Vuelvo a girar el cerrojo y aprieto la frente contra el cristal. Lo noto frío sobre mi piel acalorada.

—Todo irá bien—digo, tratando de convencerme de lo imposible.



## Luca

Durante los últimos días, he estado vigilando de cerca a Camilla. Está loca si cree que la voy a dejar sola. Si yo no la estoy vigilando, lo hace alguien de mi confianza.

¿Y en quién no confío?

Taylor. El... amigo de Camilla. Dirige la librería de enfrente, y aunque no aparecía nada en la comprobación de antecedentes que hice, algo no me cuadraba. No me gusta cómo me habló. Sabía demasiado, y alguien que sabe tanto ha hecho cosas cuestionables en su vida.

Son alrededor de las nueve de la noche, y estoy al otro lado de la calle, aparcado en mi coche, mirando hacia el balcón sobre su panadería. Camilla está fuera, apoyada en la barandilla, con las manos juntas, y desde aquí puedo ver cómo le tiemblan los hombros mientras llora.

Mis manos aprietan el volante hasta que se me ponen blancos los nudillos. Odio verla tan abatida, tan vencida y derrotada. Tengo tantas preguntas sin respuesta que quiero que me las conteste, pero sé que no estoy en su lista de prioridades.

Me ganaré su confianza y, con el tiempo, seré la persona a la que acuda cuando se sienta así.

Se endereza, se limpia los ojos y echa la cabeza hacia atrás para mirar el cielo nocturno. Está más guapa que el día que la conocí. Era joven, tímida y curiosa, pero ahora es una mujer fuerte. Me doy cuenta de que no le aguanta tonterías a nadie. Ha tenido que hacer demasiadas cosas sola.

Y debe ser agotador.

Camilla está acostumbrada a estar sola. Todo por lo que ha pasado en los últimos cinco años la ha vuelto cautelosa e independiente. Será más difícil acercarse a ella ahora que el mundo real le ha mostrado con dureza.

—Haré que las cosas mejoren para ti —digo en voz alta a nadie, pero deseando que ella pudiera oírme. Ahora la protegeré, le guste o no.

Y eso significa asegurarse de que Taylor es quien dice ser.

Espero a que Camilla vuelva a entrar y se apague la luz del salón. Imagino que se mete en la cama y se arropa bajo las sábanas. Apuesto a que aún tiene las mejillas húmedas por las lágrimas que ha derramado, y coge la almohada que tiene al otro lado, deseando no estar sola.

Mis labios se curvan ante ese pensamiento, detesto que tenga que quedarse sola. Salgo del coche y cierro la puerta con cuidado de no hacer demasiado ruido. Miro hacia ambos lados de la calle y veo que está vacía a estas horas de la noche. Sólo brillan las farolas, y la que está encima de mí parpadea y zumba mientras la bombilla lucha por mantenerse encendida.

Mi teléfono vibra mientras camino por la calle hacia la librería Taylor. Deslizo el punto verde de mi smartwatch.

—Bianco, —respondo.

—Tenemos un problema en el club —afirma Alvize. —El tipo al que diste una paliza ha traído unos amigos al club esta noche. Parece que quieren venganza.

Resoplo, luego se me escapa una risita oscura mientras giro a la izquierda. No puedo entrar en la librería por la puerta principal. Sería una tontería.

—Juega con ellos y luego mátalos. Averigua quién es su jefe y entrega sus cuerpos en su puerta. No puedo hacer nada esta noche.

—¿Me necesitas contigo?

—No. Estoy bien. —Miro por encima del hombro para asegurarme de que nadie me sigue. —Voy a entrar en la tienda y me marchó. Hay algo en él que no me gusta, y mis sensaciones nunca me han conducido por mal camino.

—¿Tienes todo lo que necesitas?

Sonrío, tomando otra calle a la izquierda detrás del edificio y pasando junto a los contenedores y las cajas desechadas.

—Tengo el lector de códigos de seguridad. Actúas como si nunca hubiera hecho esto antes. Me siento ofendido, creo. —Paso por encima de un charco estancado. —No sé si tengo que ofenderme. —Me paro en la puerta trasera de la librería y aún no me impresiona Taylor. —Tengo que irme. Ponme al día más tarde sobre la situación.

Es desordenado. La parte trasera de la tienda debería tener tan buen aspecto como la parte delantera.

—No has empezado con buen pie, Taylor. —Algo chirría a mi lado y veo una rata. Está mordisqueando un trozo de comida mientras me mira fijamente. —Pasas mucho tiempo aquí, y

apuesto a que, si pudieras decírmelo, dirías que hice bien en interrogar a este hombre. —La rata vuelve a chillar y se escabulle.

Los escalones están sucios por el paso del tiempo y el moho. Las suelas de mis zapatos se pegan al cemento. Incluso la puerta está oxidada y el picaporte desgastado.

Al menos a la izquierda, hay un flamante sistema de seguridad, aunque nada que pueda impedirme entrar en su tienda. Conecto el dispositivo al sistema y lo pongo en marcha. Las luces parpadean en las teclas y los números recorren la pantalla.

Mientras espero, desbloqueo el móvil y abro la aplicación de seguridad. Tal vez no debería haberlo hecho, pero mientras Camilla estaba en el trabajo instalé algunas cámaras alrededor de su apartamento. Quiero asegurarme de que ella y los niños están a salvo.

No sé qué tienen esos niños, pero siento una inmensa atracción hacia ellos, como si estuvieran destinados a ser míos y yo tuviera que protegerlos. Tal vez tenga que ver con mis sentimientos por Camilla. Si la quiero a ella, significa que tendré a esos niños, y no me molesta en absoluto.

Su puerta principal está despejada, al igual que la cocina y el salón, y entonces, veo movimiento. Contengo la respiración y deslizo los dedos por la pantalla para hacer zoom.

Alguien ha entrado en su habitación.

Estoy a punto de abortar la misión para cruzar corriendo la calle cuando me doy cuenta de que no una, sino dos personas se meten en la cama con Camilla.

Sus hijos.

Extiende los brazos para darles la bienvenida, y un niño la flanquea a cada lado. Salgo de la aplicación, me meto el teléfono en el bolsillo y me pregunto qué podría haber hecho diferente para merecer estar en casa de Camilla.

Seguro que es cálida y acogedora, no como la mía, que es minimalista y fría. Casi nunca estoy allí. Siempre estoy en el club. Desde allí dirijo la mayor parte del negocio.

El aparato que tengo en la mano emite un pitido que me recuerda la tarea que tengo entre manos, lo desenchufo y la puerta se desbloquea automáticamente.

—Alto grado de seguridad para alguien como tú, Taylor. ¿Qué escondes aquí? —No dejaré que lo que sea que esté tramando toque a Camilla.

Cuando entro en la librería, saco la pequeña linterna que llevo en el bolsillo y la enciendo. Como estoy al fondo, miro a la izquierda y no veo nada especial, salvo algunas cajas. Levanto la tapa de una y veo libros nuevos, y ya estoy decepcionado.

Dirigiendo la luz delante de mí, aparecen estanterías de libros.

Paso delante de las novelas románticas, de misterio y de suspense. Recorro cada pasillo, compruebo cada encuadernación de cada libro para ver si hay algo fuera de lugar.

El suelo cruje bajo mis pies y el aire acondicionado se pone en marcha, soplándome en la nuca.

Finalmente me pongo detrás del escritorio y miro en todos los cajones. Blocs de notas, marcapáginas, pegatinas, clips.

Nadie está tan limpio. Siempre todos escondemos algo cuestionable. Mientras me giro para comprobar los demás cajones, veo que a luz brilla bajo la caja registradora cuando algo se refleja. Colocando el extremo de la linterna en mi boca, me agacho hasta que consigo ver una pequeña carpeta metida debajo.

Bingo —susurro, levantando la caja registradora para sacarla.

Es pequeño. Tiene el tamaño de una agenda con pequeñas anillas plateadas, y cuando lo abro, se me levantan las cejas.

Todo está en clave con un número al lado.

Miles de dólares.

—¿Qué te traes entre manos? —murmuro y hago fotos de algunas páginas.

Cuando estoy satisfecho, lo meto debajo de la caja registradora y veo algo escondido en el fondo de una de las estanterías. Es un montaje interesante el que tiene aquí. El mostrador delantero es redondo, con un espacio para que él pueda pasar. En el mostrador circular hay estanterías y armarios, cosas sin importancia.

Pero mi mano envuelve algo sólido y frío al tacto.

Lo que veo hace que mi ira alcance nuevas cotas. Nunca en mi vida había deseado tanto quemar una tienda y ver cómo se convertía en cenizas. Quiero que se reconstruya. Quiero ver cómo se esfuman sus sueños y cómo lucha por averiguar qué hacer a continuación con su vida.

Es una foto de Camilla.

Y por cómo está tomada, no creo que ella sepa que esta foto existe.

Está dentro de su panadería hablando con un cliente. Lleva el pelo recogido y una gran sonrisa en la cara, pero no es real. Hasta yo me doy cuenta de lo bien que finge estar contenta. Camilla lleva una camiseta en la que pone O al Cuadrado, que se extiende sobre sus pechos.

Recuerdo cómo era experimentar su cuerpo antes de tener hijos. Ahora es aún más hermosa, y me muero de ganas de volver a vivir esa experiencia.

Pero, ¿por qué tiene él esta foto? Parece tomada desde lejos.

Sujeto el marco con ambas manos con tanta fuerza que el cristal se resquebraja.

No tendrá una foto de ella tomada sin que ella se diera cuenta.

No tendrá ninguna foto de ella.

Me meto el marco en la chaqueta y le doy la espalda a la tienda, saliendo por donde he entrado. Me hierve la sangre. No estoy seguro de lo que haría si Taylor estuviera delante de mí ahora mismo. Sé que no me fío de él, así que tendrá a uno de mis hombres siguiéndole en todo momento.

De una forma u otra, averiguaré lo que quiere y me aseguraré de que Camilla no esté cerca de él. Salgo, cierro la puerta detrás de mí, reinicio la alarma y bajo las escaleras. Paso por encima del mismo charco y me dirijo a mi coche, pero me detengo justo delante de su panadería. Saco la foto y la levanto en el aire. Los escaparates de la tienda coinciden perfectamente con los de la foto.

Justo delante de su librería, a la izquierda de la puerta principal y justo debajo de su balcón, se paró aquí y violó su intimidad. ¿Qué más ha hecho que yo no sepa?

Con paso decidido, me dirijo a mi coche y doy un portazo tras sentarme en el asiento del conductor.

Mi teléfono vuelve a sonar y, antes de contestar, arranco el motor para que se conecte el Bluetooth.

—¿Qué? —Muerdo la palabra.

Cuanto más tiempo paso frente a la panadería de Camilla, más ganas tengo de prender fuego a sus bonitos libros. Necesita una señal...no, una advertencia para que la deje en paz.

Y cada segundo que paso sentado en el asiento del conductor, me entran ganas de irrumpir en su apartamento. Quizá no consiga abrazarla, pero cada pizca de mí quiere volver a conocerla.

¿Cómo es ahora?

¿Dónde ha estado durante cinco años?

¿Quiere tener más hijos?

¿Qué le gusta hacer?

Quiero saberlo todo, hasta el más pequeño e insignificante detalle. ¿Qué prefiere? ¿Café o té? O quizá le gusta dormir en el lado derecho de la cama.

Necesito saber estas cosas sobre la mujer que se ha apoderado de cada rincón de mi mente desde aquella noche de hace cinco años.

—Querías que te pusiera al día.

Me froto las sienes y pongo el coche en marcha, con los neumáticos quemando goma contra el asfalto. El coche culea, pero mantengo el control. Tengo que alejarme de Camilla.

—¿Está solucionado? —pregunto.

Oigo un gemido de dolor de fondo. "

—No. Están en tu despacho. Me imaginé que querías desahogarte.

Una sonrisa malvada se dibuja en mi cara.

Mi amigo me conoce demasiado bien.



## Camilla

—¿Mami? ¿Me das una galleta? —pregunta Olivia, dejando caer su lápiz de color sobre la mesa. Me mira con los mismos ojos azules de su padre, y mi corazón suspira por volver a verlo.

Limpio la encimera y sacudo la cabeza.

—No, señorita. Ya te has una galleta.

—Por favor..., —Hace un mohín.

No puedo ceder. No puede arruinar su cena. No importa lo mona que sea, no puedo ceder.

—No, nena. No puedes. Cuando termines de cenar, podrás comerte otra galleta.

Se encorva en la silla y cruza los brazos sobre el pecho, haciendo pucheros.

—Por hacer pucheros tampoco te voy a dar una galleta.

Me da la espalda, me hace el vacío. Cuanto mayor se hace, más descarada se vuelve, y no tengo ni idea de quién lo ha sacado.

Suena la campanita y mi sonrisa se desvanece cuando veo a la persona que está en el umbral.

Luca.

Me sonrío y se me derriten todos los huesos del cuerpo. Es tan difícil mantener la guardia alta cuando él está cerca. Incluso cuando lo conocí en el club hace tantos años, tenía un encanto y una elegancia que me decían que siempre conseguía lo que quería.

Y aunque él nunca me ha dicho nada, el dinero de esa noche me ayudó a sobrevivir un tiempo. Diecisiete mil dólares. No podía creerlo cuando me lo enviaron, y no lo usé para bebidas.

No lo toqué durante meses. Se quedó en la aplicación de efectivo hasta que mi padre me llevó a una nueva ciudad. Supongo que mientras he estado sola, he tenido ayuda. No podría haber empezado mi nueva vida sin ese dinero de Luca y el de mi padre. Sin embargo, cuando ese dinero se acabó, el resto corrió de mi cuenta, y tener a los que cuidar sola no es fácil. Era muy

caro. Recuerdo haber comido ramen y cereales durante meses solo para poder permitirme comprar pañales.

Ahora no es así. La vida es mucho mejor que hace un mes, y aunque tengo que agradecerse a mi padre, el perdón no es fácil, ni siquiera en la muerte.

—Sr. Bianco —le saludo, y luego me apresuro a doblar la esquina hacia Olivia y Oliver.

Me pongo delante de ellos y Olivia me rodea una pierna con los brazos mientras Oliver hace lo mismo con la otra. Miran por detrás de mis muslos para ver a Luca, y ahora mismo el corazón me late tan fuerte que temo que se me salga del pecho.

No sabe que son sus hijos, y sé que, si los mirara de verdad el tiempo suficiente, sumaría dos y dos.

—Camilla. Me besa la mejilla y se me corta la respiración. —Estás preciosa.

¿Está loco? Hoy no me he cepillado el pelo. Llevo un moño desordenado desde que me levanté esta mañana. Huelo a canela porque hoy he derramado un recipiente entero sobre mi delantal, y he aprendido que la canela se esparce por todas partes.

Fue un infierno limpiarlo. Eso me pasa por intentar hacer magdalenas de azúcar y canela a las siete de la mañana sin tomarme un café.

—Y llámame Luca. El señor Bianco era mi padre, —me corrige, cogiéndome la mano entre las suyas antes de llevársela a los labios para besarla.

Siento un cosquilleo en la piel y recuerdo que debo respirar cuando me baja suavemente la mano.

—¿Qué haces aquí? digo sin aliento y temblorosa.

—Quería ver cómo estabais —dice mientras echa un vistazo a la panadería antes de fijarse en Olivia y Oliver. Se agacha y se desabrocha la americana al mismo tiempo. —Aún no nos conocemos. Soy Luca. Soy amigo de vuestra madre.

—Mamá dijo que nada de hablar con extraños —refunfuña Oliver, apretando su mejilla contra mi pierna. Es más tímido que Olivia.

—Es una mujer muy inteligente, y si os da permiso para que habléis conmigo, me gustaría mucho saber vuestros nombres.

Miro hacia abajo, odiando lo bueno que parece ser con ellos. Si sólo pensara en ello, sabría que son suyos.

—No pasa nada. Luca es un amigo. Puedes hablar con él —me atrevo a decir.

Olivia sale primero.

—Soy Olivia —se presenta. —Este es mi hermano. Oliver.

Luca no dice nada. Ladea la cabeza y entrecierra los ojos. Lo veo calculador. ¿Se estará preguntando si son suyos? ¿Qué hago si pregunta? Tengo que decirle la verdad. Debería soltársela ahora, pero antes tendría que dar muchas explicaciones a los niños.

Esto es un desastre. ¿Cómo se volvió esto un desastre tan grande?

—Encantado de conoceros a los dos —dice. —Y espero que a vuestra madre no le importe, pero os he traído algo.

Olivia se da la vuelta y me tira del delantal, inclinando la cabeza hacia atrás para mirarme fijamente.

—¡Mamá! ¡*Degalos!* ¡*Degalos!*".

Luca se ríe y me doy una palmada en la frente.

—Cariño, son regalos. Regalos. Con erre.

—Es lo que he dicho —argumenta. "*Degalos*".

Luca se ríe de nuevo, inclinando la cabeza hacia atrás para mirarme, aún en cuclillas, y ahora me bombardean Olivia y su padre mirándome directamente con los mismos ojos.

No puedo procesar nada. Se parecen tanto que duele. Pienso en lo que se han perdido los niños por no tener un padre cerca, y no puedo evitar pensar que se han perdido tantas cosas maravillosas con Luca.

—¿Puede hacernos regalos ahora? —pregunta Oliver, dando un valiente paso junto a su hermana.

—Sí, ¿puedo?" —Luca se une a ellos, dejándome sola sin forma de decir que no con todos mirándome fijamente.

Incluso en Oliver, que se parece más a mí, cuando está frente a Luca, puedo ver tanto de Luca en él. Una noche. ¿Cómo una noche me dio todo esto?

—Sí, pueden tener sus regalos.

Luca se levanta y les alborota el pelo.

—Ahora vuelvo. Esperad. —Abre la puerta de la panadería, dejando entrar aire fresco, y me cruzo de brazos para mantenerme caliente. Luca vuelve con una bolsa morada, e inmediatamente me preocupo por lo que es.

Hago todo lo que puedo para dar a Olivia y Oliver lo que necesitan, pero siendo madre soltera, el dinero escasea. Luca tiene los bolsillos llenos de interminables cantidades de dinero manchado de sangre, dinero de la droga y quién sabe qué más. Él puede conseguir cualquier cosa en sus sueños más salvajes, y sí, eso suena bien. ¿Quién no querría dárselo todo a sus hijos?

Quiero darles lo suficiente para que sean felices, pero no lo suficiente para que esperen que la vida va a ser fácil. No quiero que piensen que siempre pueden tener lo que quieren, porque la vida no funciona así. Son jóvenes, y mucha gente diría que sólo son niños, que merecen que se les mime.

Así es como se crean los adultos que se creen con derecho a todo.

Si los hábitos empiezan ahora, continuarán.

—De acuerdo. Un regalo para ti, Olivia. Y otro para ti, Oliver.

Les entrega los regalos envueltos individualmente, y yo aprieto los labios para guardar silencio.

Están demasiado excitados para ponerse a buscar una silla, así que se tiran al suelo. Yo también tomo asiento, y soy cauta. No envolvería un arma, ¿verdad?

Olivia rompe el papel de regalo con un ataque de risa, pero Oliver se calla y despega la cinta de cada esquina doblada, sin querer estropear el papel.

Son muy diferentes.

Olivia consigue abrir primero su regalo.

—¡Mami! Mira. Mira. El Sr. Luca me ha regalado una muñeca Barbie.

Mis hombros se hunden aliviados. No sé qué esperaba, pero no era eso.

—Qué maravilla. Mira qué bonita es. ¿Qué dices cuando alguien te regala algo bonito?

Olivia se pone en pie, con la muñeca apretada en la mano, y chilla, echando los brazos alrededor de Luca.

—Muchas gracias, señor Luca. Me encanta. Ahora mismo voy a jugar con ella.

Corre a la parte de atrás de la panadería, donde tengo una pequeña zona de juegos, lejos de los clientes por si no puedo llevarlos a la guardería o si Cora no puede vigilarlos. Ahora no lo hacen mal solos, pero me gusta tenerlos cerca de otros niños para que socialicen.

Oliver sigue trabajando en abrir su regalo.

—¿Necesitas ayuda? —Luca se ofrece, y Oliver pone los ojos en blanco.

Giro la cabeza y ahogo una carcajada tapándome la boca con la mano.

—No. No me gusta que me *aprerasuren* —explica Oliver, retirando suavemente otro trozo de papel de regalo.

—Es apresuren, cariño. *Apreresuren* no es una palabra —le corrijo.

—Oh. Mis disculpas, Oliver. Cada uno tiene sus propios procesos —Luca hace una reverencia, pero es extravagante y extraña. Hace la reverencia haciendo un gesto con la mano e inclinándose. Oliver sonrío, mostrando sus lindos hoyuelos.

—No pasa nada —se encoge de hombros y por fin desenvuelve el regalo. "¡Guau! —Se queda pasmado. Abre la boca en forma de O y levanta su nuevo coche teledirigido. Es negro con rayas azules y los neumáticos son enormes. —Es una pasada. Gracias, Sr. Luca. —Oliver corre también a darle un abrazo antes de salir corriendo hacia la parte trasera de la panadería.

Me levanto del asiento, con los brazos cruzados sobre el pecho, e intento no ponerme celosa. ¿Cuándo fue la última vez que pude regalarles algo que no fuera una baratija?

—Espero que no te importe —dice Luca, rozando su brazo con el mío. —Vi los juguetes y pensé que les gustarían.

Me vuelvo hacia él, preguntándome a qué juega.

—Es muy amable por tu parte, pero te pido que no lo conviertas en una costumbre. De vez en cuando está bien. Tal vez sea solo mi orgullo —murmuro de pronto, y la confesión me quita un peso de encima.

Me levanta la barbilla y sus ojos bailan sobre mi cara. Sus dedos rozan mi mejilla, me apoyo en su palma y la misma sensación de hace cinco años recorre mi cuerpo. Cada parte de mi cuerpo se despierta. Fue el último hombre en tocarme, y he hecho bien en echarlo de menos, porque incluso este simple gesto, la forma en que su mano envuelve mi mejilla, me hace sentir pequeña y a la vez protegida.

—Lo comprendo. Demasiados regalos pueden ser algo malo. Se les puede mimar, pero no demasiado, ¿verdad? —dice con voz suave y profunda, y casi siento que floto. Me ha quitado la gravedad de debajo de los pies.

¿La antigravedad contra la realidad?

No tengo ninguna posibilidad.

—¿Por qué has venido hasta aquí? —Finalmente hago la pregunta que ha estado ardiendo en el fondo de mi mente. —No has podido venir sólo por los niños.

—¿Y si así fuera? ¿Es tan malo saber que me interesa alguien que no seas tú?.

—Luca...

—Camilla —dice con una sonrisa burlona.

—¿Qué quieres? —Le pregunto.

—Nunca me diste la galleta que vine a buscar el otro día.

—¿Eso es todo?

—Eso es todo.

No le creo, pero no me dice nada más que eso, así que me dirijo detrás de un mostrador y le envuelvo dos galletas.

—Recién salidas del horno. Hechas hoy. Y no están quemadas.

—Qué suerte la mía. —Muerde una y gime.

Me devuelve a cuando ese mismo sonido llenaba mis oídos mientras me follaba.

—Se está sonrojando, Srta. Thompson. ¿Le importaría decirme en qué está pensando? Se lame un poco de glaseado del labio, y esos perversos ojos azules se clavan en mí.

—Sólo un sofoco repentino. —Una excusa poco convincente, pero tendrá que valer. Me abanico, esperando que no se dé cuenta.

—Nos vemos, Camilla. Espero el cheque del alquiler dentro de unos días. —Va a marcharse, pero lo detengo con la mano.

Mira hacia donde le estoy tocando y luego desplaza la mirada hacia mi cara.

—¿Cómo es que eres dueño de este edificio? Mi padre era el dueño. Es imposible que seas mi casero.

—Nada es imposible —afirma, sin darme una respuesta.

Resoplo, impacientándome.

—No estoy segura de sentirme cómoda contigo siendo la persona a la que tengo que responder, Luca.

Se acerca al mostrador y me envuelve con su presencia. Huelo el rico aroma de su colonia cuando se inclina y, cuando intento apartarme un paso, su mano me agarra la mía. Luca desvía la mirada hacia la izquierda para ver a los niños y, cuando ve que están ocupados, sus labios casi vuelven a rozar los míos.

Y por segunda vez hoy, soy incapaz de respirar.

—Entonces creo que es hora de que salgas de tu zona de confort, porque yo no voy a ir a ninguna parte, Camilla. —Me doy cuenta de que quiere besarme por cómo sus ojos se posan en mis labios, pero se abstiene y se aparta. —No olvides el cheque.

Trago saliva y asiento con la cabeza, observando cómo se marcha, y es entonces cuando suelto un suspiro.

Estoy mareada. Empiezo a pensar que esto puede ser malo para mi salud.

—¡Mami! ¿Dónde se ha metido tu amigo? Es tan guay... —grita Oliver desde atrás.

—Él sólo... —Intento humedecerme la boca por lo seca que la tengo y cojo un vaso de plástico. Lo lleno de agua helada y le doy un trago. —Tenía que irse.

Podrá engañar a otros, pero a mí no.

La fortuna de mi padre es el tesoro más buscado del mundo criminal, y sé que Luca lo quiere. Jugar conmigo para conseguirlo es una cosa, ¿pero con mis hijos?

Nadie usa a mis hijos como peones en su partida de ajedrez.



## Luca

La foto que le robé a Taylor está colocada con orgullo en un marco nuevo en mi escritorio, pero cuanto más la miro, más me enfado. Taylor no es de fiar, pero ahora mismo lo único que parece es que me estoy convirtiendo en un hombre inestable y obsesionado con Camilla en lugar en el hombre que intenta protegerla de alguien que tiene segundas intenciones.

Confía más en Taylor que en mí. Mi instinto nunca se equivoca, y aunque quiero a Camilla para mí, lo primero que quiero es su seguridad y protección.

Taylor interfiere en ese plan.

No sé qué trama, pero lo averiguaré.

—Hice la comprobación de antecedentes como pediste. —Alvize entra en la habitación, cerrando la puerta para darnos un poco de intimidad respecto al club.

—No me gusta lo delgada que parece esa carpeta. —Tomo un sorbo de whisky, su calor aumenta la determinación que tengo de hacer mía a Camilla.

—No hay nada sobre Taylor, Luca. siempre Arroja la carpeta sobre mi escritorio.

—¿Nada? Imposible. Todo el mundo tiene algo escondido en su armario, siempre.

Toma asiento frente a mi escritorio y suspira, sacando un cigarrillo del bolsillo.

—Oye, no se puede fumar en esta habitación—le recuerdo. —No quiero que mis cosas personales huelan a humo.

Se lo guarda.

—De acuerdo, jefe.

—No me llames así. No me gusta—. Hojeo el expediente y lo único que me dice es cuántos años tiene y cuándo nació. No me dice dónde fue a la escuela, sus antiguas novias, ni siquiera una multa por exceso de velocidad. —Está demasiado limpio —digo dándome cuenta.

—Es exactamente lo que pienso. Ha tenido un cambio de identidad reciente. Nadie está tan limpio. Ni siquiera he podido encontrar un antiguo boletín de notas suyo. Es como si hubiera aparecido de la nada —afirma Alvize con más entusiasmo del que esperaba de él.

Cierro la carpeta y la tiro a la papelería. Una alerta de mi teléfono parpadea en el ordenador, ya que los tengo conectados. Es una notificación del apartamento de Camilla. Al pulsar el botón, aparece un vídeo de la entrega de un paquete, y respiro aliviado cuando el trabajador de UPS se marcha.

Tengo curiosidad por saber qué ha pedido. Probablemente no sea nada, pero quiero saber todo lo que hace, todo lo que le gusta y todo lo que la hace feliz.

Tal vez estoy un poco obsesionado, pero ¿ella podría culparme? Me regaló la mejor noche de mi vida y desapareció durante años.

Alvize levanta una ceja, con una pregunta en la mirada, cuando salgo del vídeo.

—¿Qué?

—Estás comprometido. Tú no te comprometes con la gente. No es lo que haces.

—Lo que hago y lo que soy son dos versiones completamente distintas de mí, —respondo, reclinándome en la silla. —No me comprometo en nada que no despierte mi curiosidad.

"—Debes tener cuidado. Es la hija de tu antiguo rival. No se puede confiar en ella.

Tenso la mandíbula, apretando los dientes mientras contengo la rabia. Alvize tiene buenas intenciones. Es un amigo íntimo y leal a la mafia. También es el único que me llama Luca. Todos los demás están obligados a llamarme Sr. Bianco.

—Desapareció durante cinco años, Alvize. Cinco. Años. Nadie hace eso a menos que la persona en la que confiaba le traicione.

—Déjame investigarla por ti para darte algunas respuestas.

—No. Quiero que ella me lo diga.

—¿Por qué? Sólo fue una aventura de una noche hace unos años, Luca. No deberías involucrarte tanto.

Me pongo en pie, extendiendo las manos contra la mesa y respiro hondo para calmar mi ira. Le miro a través de las pestañas y ladeo la cabeza.

—No me digas lo que debo o no debo hacer. Amigo o no, no dejaré que la menosprecies porque fue una aventura de una noche. —Aquella noche era inocente, ingenua y fue toda mía.

Nadie la había tocado excepto yo.

Y no puedo evitar preguntarme si sigue siendo así. Seguro que no. Es demasiado hermosa para que haya pasado años sin compartir su cama con alguien.

Alvize no entiende que yo había hecho planes en lo que respecta a Camilla. Iba a llevarla a desayunar, a salir y a invitarla a una cita en condiciones, que no fuera en el Club Cuarenta y Siete.

Había hecho planes.

Y si hay algo que nunca he hecho es planificar. Soy más de improvisar, pero, aunque Camilla pudo haber sido un placer culpable en un momento único, rápidamente se convirtió en el dolor por algo de lo que hubiera querido más.

—Quiero que hagas una investigación profunda sobre Taylor. Obsérvalo. Quiero conocer cada uno de sus movimientos, cada respiración y cada libro que vende. Quiero saber cuándo ve a Camilla. Quiero la hora del día y si compró algo. Cuándo va a casa, qué hace en casa, etc. No dejes una piedra sin remover.

—Pondré a algunos hombres en ello. —Tamborilea los dedos sobre su pierna, cosa que sólo hace cuando tiene una idea.

—¿Qué? —Pregunto, abotonándome la americana.

—¿Y si uno de nosotros empezara a trabajar allí? En su librería.

—No está buscando empleado, ¿verdad?

—No, pero estoy seguro de que lo haría si uno de sus empleados no va a trabajar.

Pienso en Camilla y sé que no querría que nadie saliera herido por su causa; se enfadaría.

—O pagamos a uno de los empleados, compramos su silencio, que pueda vivir una vida mejor y todo lo maravilloso que eso conlleva. Y entonces, metemos a uno de nuestros hombres a trabajar allí.

—Matarlos sería más rápido y eficaz —argumenta. —Nos ahorraría tiempo a todos.

—Me importa una mierda. Camilla vive al otro lado de la calle, y si algo les pasara a los empleados de Taylor; la primera persona en la que pensará es en mí.

—Maldición, realmente te debe gustar esta mujer, Luca. Me parece que no soy capaz de entender tu encaprichamiento".

—No hace falta que lo hagas —digo simplemente, encogiéndome de hombros.

La alarma de mi teléfono suena como recordatorio de ir a la panadería y recoger el cheque del alquiler de Camilla. No es que necesite un recordatorio para visitarla, pero a veces el trabajo puede interrumpir algo bueno. Cuando llegué a casa hace dos noches, estaba enterrando un cadáver, pero puedo garantizar que, si el nombre de Camilla hubiera aparecido en mi teléfono, lo habría dejado todo para ir a verla.

—Voy a O al cuadrado. Si me necesitas, allí estaré. —Empiezo a alejarme, y Alvize dice algo que me hace pararme en seco.

—Los hombres que trabajan para ti van a cuestionarse si sigues estando a la altura de ser el jefe si sigues yendo detrás de esa mujer.

Abro la puerta y no me molesto en mirar por encima del hombro para responder.

—Entonces díles que pueden trabajar para otro. Un imperio no se construye con muchos hombres, Alvize. Se construye con la calidad de unos pocos. —Con eso, bajo los escalones y me dirijo a mi garaje privado.

Atravieso el club en dirección a la puerta trasera cuando algunos de los recaderos levantan la barbilla al pasar junto a ellos. Están en el bar.

Hago una pausa, preguntándome si estos son los hombres que han estado cuestionando mi capacidad de liderazgo. Para divertirme, meto la mano por debajo de la americana y saco la pistola. La amartillo para que oigan los problemas que se les avecinan.

La cabeza contra la que elijo presionar el cañón es un recadero novato, pero conozco todos los nombres de los hombres que trabajan para mí. Tiene el pelo negro y un tatuaje en un lado del cuello.

Parker.

Sus hombros se tensan cuando siente mi arma.

—Sr. Bianco.—Oigo el débil temblor en las palabras cuando me saluda. —¿He.... he hecho algo malo?

Sus amigos le miran a él, luego a mí y deciden prestarme toda su atención, cervezas en mano.

—Un pajarito me ha dicho que unos cuantos se preguntan cuáles son mis motivos, y tengo curiosidad por saber por qué coño a tantos parece importarles.

—No... no lo sé, —miento.

—Eres un mal mentiroso, Parker. Odio a los mentirosos. —Doy un paso adelante y le quito la cerveza. —Lo he dado todo por este negocio y, con el tiempo, verás que lo recibiré todo a cambio.

Pero no todo es dinero, no cuando me sobra.

Mi definición de todo ha cambiado. Ahora es una mujer con largos y deliciosos mechones de pelo castaño.

—No somos nosotros, Sr. Bianco. Se lo juro. No le cuestionamos. Nos encanta estar aquí. Le apoyamos. Es...

—No me lo dirás aquí. Protégete, joder —grité. —¿No habéis aprendido nada? Cuando vuelva esta noche, vendréis los tres a mi despacho. ¿Entendido?

—Sí, Sr. Bianco.

—Y si hacéis lo que os digo, os ascenderán".

Los tres jadean. Ascender como recadero es complicado, pero si das una buena impresión, es más fácil ascender.

—Estaremos allí, —dice Parker, con la emoción brillando en sus ojos.

Vuelvo a meter la pistola en la funda y, sin decir palabra, me voy, pero no sin oír una gran exhalación de alivio procedente de Parker.

—Mierda, pensé que iba a matarme.

—Pensé que iba a hacer que te enterrara, P.

—Lo habría hecho si él me lo hubiera dicho. Eres un amigo, pero ese es mi jefe —dice el otro, y una sonrisa socarrona se dibuja en mi cara.

Todavía tengo el control de mi reino.

No temo matar a ningún traidor para proteger mi nombre.

Yo gano las batallas. Yo gano las guerras.

¿Y quién intente decir lo contrario?

Muere.

Abro la puerta trasera, bajo los escalones del garaje subterráneo y pulso el mando a distancia para arrancar mi Mercedes. Los asientos de cuero me resultan suaves y mullidos cuando me acomodo en el asiento del conductor. El interior es rojo, las costuras negras y el salpicadero de fibra de carbono.

El motor ruge y pulso un botón del salpicadero que permite abrir la puerta del garaje. Atravieso el túnel oscuro y llego a la entrada privada de la parte trasera del edificio, y luego salgo a la carretera, en dirección a Camilla.

No podría importarme menos el cheque del alquiler. No quiero su dinero. Voy a cobrarlo, para que parezca que ella pagó, pero voy a ponerlo en otra cuenta para ella, para que un día tenga una gran suma de dinero. Puede usarlo para sus hijos, para ella misma, no me importa.

Lo único que sé es que ya ha pagado bastante a lo largo de los años, y ahora es el momento de que se ocupen de ella.

El naranja del cielo promete. Hay algo que me hace sentir diferente. Persigo el sol, poniendo menos distancia entre Camilla y yo.

Cuando llego a la ciudad, paro en la gasolinera de la esquina y decido darles a los niños un capricho de última hora. Espero que no le importe. No estoy haciendo todo lo que me gustaría, pero tengo presente el consejo de Alvize.

No quiero alejarla pensando que puedo cuidar de sus hijos mejor que ella, no es así en absoluto. Ella los ha cuidado de maravilla, y lo único que yo quiero es contribuir a ello. Me encantaría llevarlos a un parque de atracciones o alquilar un castillo hinchable. Anoche estuve buscando cosas divertidas para hacer con los niños y me perdí entre todas las actividades que encontré.

Quizá algún día Camilla confíe en mí lo suficiente como para hacer algo así. Cuando entro en la gasolinera, tengo otra cosa que tachar de la lista antes de ir a ver a Camilla. Me dirijo al pasillo de los caramelos, cojo unos cuantos bombones y me dirijo al mostrador.

Harold aún no se ha fijado en mí. Está de espaldas, reponiendo cigarrillos. Saco mi pistola y la amartillo.

El sonido le deja helado.

—Ah, bien. Te has fijado en mí —digo, arrojando un billete de cinco dólares sobre el mostrador. Me meto las chokolatinas en el bolsillo y suspiro. —No quiero hacer esto, Harold. Me caes bien. Me gusta esta gasolinera. Me gusta que haya ayudado a tu familia a recuperarse. Tu hijo por fin recibió el tratamiento que necesitaba, ¿verdad? Todo estupendo. Me encanta que sea así. De verdad."

Harold se da la vuelta, con las manos en alto, y traga saliva; la prominente nuez de Adán se le mueve mientras me mira fijamente.

—Sr. Bianco. Lo tengo. Su dinero. Lo tengo.

—¿Lo tienes? —Inclino la cabeza hacia la izquierda. —Siento que me estás mintiendo porque si lo tuvieras, me habrías llamado y me lo habrías dicho.

—He estado muy ocupado llevando y trayendo a mi hijo a los tratamientos. Ha sido frenético. Lo está haciendo muy bien, Sr. Bianco. Muy bien.

—Eso es genial. —Lo es. No quiero que le pase nada malo a Harold. Realmente me gusta el tipo.

—Eres un buen tipo, Harold. He sido paciente, ¿verdad? También he sido comprensivo.

Asiente con la cabeza.

—Así es. No tendría nada de esto sin usted.

—Y no te cuestioné cuando dijiste que necesitabas una prórroga en el pago, ¿verdad? Te di la mano y seguimos con nuestro día, pero ahora siento que te estás aprovechando de mi amabilidad. Y eso no me gusta.

—No, Sr. Bianco. No me estoy aprovechando. De verdad. Nunca le haría eso. Tengo el dinero en la caja fuerte. Puedo llevarte hasta allí.

—Llévame. —Sigo apuntándole con la pistola, y algunos clientes no miran hacia mí. Hacen como que no me ven.

Es inteligente por su parte.

Sigo a Harold a la trastienda, y sus pies se arrastran contra el suelo, casi como si huyera de mí tan rápido como puede.

Es un hombre mayor. Tiene canas y una ligera joroba en la espalda. Su hijo es discapacitado y vive con él y su mujer.

Puede que tenga el arma desenfundada y apuntándole, pero nunca la usaría con Harold. Su vida está a salvo conmigo. No dejaría a un hijo sin familia, especialmente a alguien tan bueno como Harold.

Es un secreto que tengo que guardar. Tengo una ciudad que dirigir. Debo dar ejemplo. No importa la edad del cliente, no pueden romper un acuerdo.

Nunca se lo diré a nadie, pero tengo debilidad por la gente mayor. Es un secreto que me llevaré a la tumba.

Abre su caja fuerte y me entrega una pequeña bolsa negra.

—Está todo ahí. Lo prometo —dice.

Meto la pistola en su funda y abro la cremallera de la bolsa, sorprendido de ver tantos montones de billetes de cien. —Parece que esto es más que el pago que establecimos.

—Esperaba que un extra me ayudara a saldar mi deuda con usted.

Asiento con la cabeza, contando cada pila.

—Te veré en seis meses, Harold. Lo has hecho bien.

—Gracias, Sr. Bianco. Gracias. —Me da la mano con las dos suyas, y no sé por qué, pero la forma en que sus ojos se humedecen de emoción, agradecidos de que no le haya matado, hace que se me encoja el corazón. No me gusta.

Me alejo.

—Seis meses, Harold. Volverás a verme.

—Sí, Sr. Bianco. Estaré listo.

Con una inclinación de cabeza, me doy la vuelta, salgo de su despacho y me cruzo con los mismos clientes de antes. Sin echarles un vistazo, salgo por la puerta y abro el maletero del coche para meter el dinero.

La gasolinera está a una manzana de distancia de Camilla, así que sólo tardo unos minutos en llegar a su tienda.

No sé por qué estoy tan nervioso. Para todo lo demás en este mundo, soy frío y despiadado, pero con ella, no soy ese hombre.

Y hay una pequeña parte de mí que teme que no le guste ese hombre.

Mientras camino por la acera, veo a Taylor saliendo de la panadería y cruzando la calle de vuelta a su librería, y me pican los dedos por sacar la pistola de su funda. Apuntar y disparar rápidamente. No sabrá qué le ha golpeado.

Es tentador, pero pienso en Camilla, y la salvaje llamarada de furia que quema mi pecho se apacigua. No me perdonaría que matara a su amigo, pero si pudiera demostrar que lo último que él es para ella es un amigo, quizá estaría de acuerdo en sacarlo de su vida.

Me detengo frente a la cafetería de Cora y miro el escaparate, colocándome el pelo, para que nada esté fuera de lugar.

—¿Qué haces, Luca? —Cora asoma la cabeza fuera de la tienda, y una aromática brisa de café me golpea. —Estás muy guapo, no te preocupes tanto".

Oh, está bromista.

—No estoy preocupado. —Lo estoy. Estoy muy preocupado. Camilla ahora tiene una armadura a su alrededor, y yo quiero ser capaz de desmontarla. Escudo por escudo, quiero que baje sus armas sólo para que yo pueda levantarlas por ella.

—Camilla está estresada hoy. Sea lo que sea lo que hayas planeado, ve con calma.

—¿Puedo preguntar por qué desapareció?

—Esa es su historia, Luca. No me siento cómoda contándola, pero su padre fue una parte importante de ello. Sólo... ten paciencia. Ella lo vale.

—Ella siempre ha valido la pena, —digo, odiando lo mucho que me he perdido a lo largo de los años. —El padre de Olivia y Oliver, ¿está en su vida?

Mira al suelo y tararea.

—¿Más o menos? De nuevo, es algo que tendrías que hablar con ella. Tengo que irme, tengo que preparar la cafetería para el próximo turno.

Su prisa por alejarse de mí me deja un poco inquieto, pero ya no puedo hacer nada.

Aún no he llegado a la puerta de la panadería y ya huelo el pan recién hecho. Cuando entro, hay unas cuantas personas haciendo cola, así que me pongo al fondo y espero.

—Muchas gracias. Espero que tengas un día maravilloso. —La voz de Camilla es amable y alegre; incluso desde aquí, me doy cuenta de que tiene una sonrisa en la cara. La clienta se va

con una bolsa de golosinas, y su atención ya está en la siguiente. —¿Qué desea?

"El cupcake de lava de chocolate fundido, por favor, —dice el hombre.

Maldición, eso suena bien.

—¡Sr. Luca!

Me giro y me pongo en cuclillas, sonriendo, cuando veo a dos niños veloces que corren hacia mí.

—¡Sr. Luca! Ha vuelto. Ha vuelto.

Me río entre dientes con Oliver, mirándolo fijamente cuando me doy cuenta de lo parecido que es. Tiene los ojos de su madre; tiene que ser eso.

—He vuelto. No podía mantenerme alejado. La repostería de vuestra madre es la mejor.

—Lo es. Es increíble —explica Olivia, girando hacia delante y hacia atrás para que su falda se abra en abanico a su alrededor. Hoy está monísima. Lleva el pelo recogido en trenzas y sus brillantes ojos azules me recuerdan mucho a los míos.

—Es increíble, pero ¿creéis que se enfadará, chicos, si os doy..... —Me meto la mano en el bolsillo y echo un vistazo al mostrador, donde ella sigue trabajando duro y muy ocupada. —  
¿Caramelos?

Los niños vuelven a chillar de emoción.

—¡No! No le importará. Ya hemos almorzado, así que está *perimitido* —explica Olivia.

—*Perimitido* no es una palabra —Le toco la nariz con el dedo. —Está permitido.

—Eres igual que mamá —Olivia pone los ojos en blanco y yo echo la cabeza hacia atrás, riéndome de lo poco que lo que ha dicho se parece a la realidad.

Les doy las chocolatinas y Oliver me echa los brazos al cuello para abrazarme.

—Gracias, señor Luca —murmura con su voz tierna e infantil, y mi corazón aumenta de tamaño, haciendo sitio a unos niños que ni siquiera son míos.

¿Realmente importa?

—¿Y qué tenemos aquí? —Camilla se para a mi lado, y yo me enderezo recuperando mi estatura completa.

Sus ojos me siguen, su cabeza se inclina hacia atrás cuando me levanto para que pueda verme.

Algo en eso me parece tan poderoso y erótico. Ella es tan pequeña en comparación, pero me tomó tan bien esa noche, sé a ciencia cierta que podría conmigo.

—Sólo pasaba a recoger el cheque del alquiler y les traje una golosina a los niños. Espero que no te importe.

—Depende...¿te han dado las gracias —pregunta levantando una ceja.

—Yo sí. Olivia no.

—¡Oliver! Eres un chivato.

—¡No, no lo soy!

—¡Sí, sí lo eres!

—¡No lo soy!

—Id detrás y comeos esas ricas golosinas que os ha comprado Luca, y si escucho alguna discusión más, ambos estaréis castigados, y me aseguraré de decirle a Luca que no os traiga más golosinas.

Ambos jadean.

—Gracias, señor Luca —murmura Olivia, recomponiéndose antes de correr hacia la parte de atrás como le había dicho su madre.

Suena la campana de encima de la puerta y entra un hombre mayor, bien parecido, que al ver a Camilla sonríe.

Inmediatamente, le odio.

No quiero que otros hombres la hagan sonreír. Ese trabajo me pertenece.

—¡Marco! —grita ella, echándole los brazos al cuello, y él la levanta hasta que sus pies se despegan del suelo.

Mis manos se cierran en puños, no me gusta lo cerca que está de tocar zonas de su cuerpo que sólo son para mí.

—¿Qué haces aquí? Pensé que finalmente te habías retirado de ser escolta.

—Lo hice. Lo hice. Sólo estoy aquí para verte y ver cómo estás.

—Estoy bien. Estoy muy bien. ¿Quieres algo? Invita la casa.

—Me encantaría. Me alegra verte tan bien. Estaba preocupado por ti.

Su sonrisa vacila y apenas me mira cuando se encoge de hombros.

—Estoy bien. Siempre he estado bien. —Reúne una caja llena de cupcakes, bollos, magdalenas y unas rebanadas de pan fresco. —Aprendí a valerme por mí misma, y si hay una persona con la que se puede contar en el mundo, es uno mismo, ¿verdad?.

Marco asiente, pero sus labios forman una línea firme.

—Tenías gente...

—¿Podemos no hablar de eso aquí?. —Cuando me mira, mordiéndose el labio con nerviosismo, sé que me oculta algo.

Me disgusta no saberlo todo sobre ella.

Marco se vuelve hacia mí y luego se pone delante de Camilla.

—Sr. Bianco. No quiero faltarle al respeto, pero ¿qué demonios está haciendo aquí?

—Soy el dueño de la tienda.

—¿Qué eres qué? —gruñe, manteniendo una postura firme frente a Camilla.

Nunca en mi vida le haría daño a Camilla. Doy un paso adelante y le tiendo la mano.

—No tengo mala voluntad hacia ti, Marco. Soy el dueño de este edificio. Ella me paga el alquiler. Eso es todo.

—Recuerdo todo lo que has hecho —se burla, chocando su mano con la mía y cerrando el espacio entre nosotros. —No es mi hija, pero la quiero como si fuera mía. Ni se te ocurra intentar joderla por una fortuna que nunca recibirás.

—¿Para qué necesito esa fortuna si tengo la mía propia? —Bajo el tono para que no me oiga nadie más que Marco. —Yo también le recuerdo, señor Delgado. Le recuerdo poniendo a los hombres de rodillas y disparándoles en la cabeza antes de que pudieran suplicar clemencia. No intente condenarme por mis acciones cuando las tuyas son tan similares a las mías.

—Ella es diferente dice. —Se merece más que lo que hizo su padre.

—Y estoy tratando de darle eso.

Me suelta la mano, pero está claro que no confía en mí.

Hombre listo. Los hombres como nosotros no confiamos. Sólo nos dejaría vulnerables a un enemigo.

Se da la vuelta y le dedica a Camilla una sonrisa falsa, pero pasable por real.

—Tengo que irme, Camilla. Me ha encantado verte. Por favor, no nos convirtamos en extraños.

—Sus ojos se clavan en mí. —Nada me impedirá verte.

Ah, una amenaza tácita. Mis favoritas.

—Me encantaría tener un almuerzo semanal contigo. Tal vez podamos planearlo. Toma. —Garabatea en un bloc de notas y me pongo celoso al instante, pero no lo demuestro. Tengo que mantener la calma, la serenidad y controlar mis sentimientos.

No puede saber lo mucho que la deseo, todavía no.

—Te llamaré y podemos organizar algo. —Le coge la bolsa y le besa la mejilla. —Me he alegrado de verte.

—Yo también —susurra, viéndole salir por la puerta. Se cruza de brazos y adelanta una cadera.

—¿Qué fue eso"

—No sé de qué me hablas —Me pongo donde estaba Marco frente al mostrador, sólo que me inclino de nuevo. Resulta que me gusta esta postura. Puedo invadir su espacio y hacer que se sienta ligeramente incómoda, pero le doy tranquilidad manteniendo el mostrador entre nosotros.

Es importante que se sienta segura en mi presencia.

Esta vez, apoya las manos en la encimera y se inclina también hacia delante, hasta que nuestras narices casi se tocan. Huele dulce, como si se hubiera rebozado en azúcar y estuviera esperando a que devorara el cupcake que ha estado guardando a buen recaudo para mí.

Seguro que sigue siendo tan dulce como hace tantos años, si no más.

—No te daré el cheque hasta que me digas qué pasa con Marco.

—¿Crees que me importa el alquiler? Eres tú quien tiene que pagarlo, no porque yo te obligue, sino porque te sientes obligada a demostrar que puedes cuidar de ti misma. No necesito tu dinero, niña bonita.

—Parece que me conoces bien. —Mete la mano en el delantal y desliza el cheque por el mostrador. —No hay nada malo en que cuide de mi familia. No quiero estar en deuda con nadie. Me meto el cheque en el bolsillo y me inclino más hacia ella. El fantasma de su aguda exhalación me acaricia la mejilla y puedo oler un toque de café en su aliento. Ahora que la miro, veo ojeras bajo sus ojos.

Le cojo la barbilla con la mano y le giro la cabeza de un lado a otro.

—No has estado descansando bien.

Se aparta bruscamente de mi contacto y los niños gritan mientras juegan, lo que la hace saltar por el inesperado sonido. Se lleva la mano al pecho y se recompone.

—Lo que haga o deje de hacer no es asunto tuyo, Luca. Yo estoy bien. Tengo gemelos. A veces eso significa que no duermo bien. No pasa nada. Llevo haciendo esto casi seis años. Puedo arreglármelas.

—No digo que no puedas. Sólo digo que cualquier cosa que pueda hacer para ayudarte, por favor házmelo saber. Te mereces una buena noche de sueño, Camilla.

—¿Por qué te importa? —pregunta, pero suena tan frustrada y cansada.

—No estás preparada para esa respuesta, niña bonita. No estás preparada en absoluto. —Tomo su mano y beso la parte superior de sus nudillos. —Te veré mañana.

—¿Para qué? Ya tienes el cheque del alquiler.

—Tampoco estás preparada para esa respuesta. —Le doy un último beso en la mano y la dejo suavemente sobre la encimera, pero no quito mis dedos de entre los suyos.

Aún no quiero soltarla. La conexión entre nosotros sigue ardiendo como el día de su cumpleaños. Lo que me da una mínima esperanza es que sus dedos se aprietan en torno a los míos y la suelto antes de que pueda dudar.

Me dirijo a la puerta, y cada vez que me alejo de ella y de los niños, me resulta más difícil. Es una sensación extraña, pero es como si estuviera destinado a estar aquí. No estoy destinado a

irme. Nunca estuve destinado a no estar con ella.

—¡Luca!

Miro por encima del hombro antes de abrir la puerta, y ella está corriendo detrás del mostrador con una pequeña bolsa rosa y blanca en la mano que tiene el logotipo de la tienda.

—Es mi galleta favorita. Llévate una para el camino. —Ella estira el brazo y yo hago ademán de pasarle los dedos por la parte superior de la mano antes de coger la bolsa.

Se está mordisqueando el labio inferior como la noche que nos conocimos.

—Y apuesto a que también será mi favorita, simplemente porque lo has hecho tú.

—No, necesito una crítica sincera.

—Esa es mi crítica sincera. Cualquier cosa que hagas, niña bonita, cualquier cosa que toques, es mi favorita. —Sin poder contenerme, me inclino y beso su frente, sintiendo cómo se tensa antes de relajarse por el suave contacto.

Eso es lo que necesita mi chica. Necesita un toque suave después de haber pasado unos años tan duros, y estoy deseando dárselo.

—Te veré mañana —le digo, profundizando la voz, para que entienda que no hay lugar para discusiones.

—Te veré mañana, Luca.

Una sonrisa se dibuja en mis labios mientras salgo por la puerta. Estoy progresando. Puede que sea pequeño y que apenas se vea, pero es un progreso.

Y es mucho mejor que nada.



## Camilla

—No. No. No. ¡Por favor! —Intento abrir el horno, pero está demasiado caliente. Las llamas salen a borbotones y un espeso humo gris se esparce por el aire. El humo se convierte en una nube sobre mí, recordándome un día de tormenta. Las lágrimas producidas por el calor ruedan por mi cara y corro hacia la puerta, abriéndola para que el humo pueda salir.

Oigo sirenas a lo lejos y sé que vienen hacia aquí.

Mientras el humo se disipa, corro a coger el extintor. Estoy tan agradecida de que los niños estén en la guardería y no tengan que ver esto ahora mismo. No creo que pudiera mantener la cabeza despejada si estuvieran cerca.

Sostengo la boquilla negra en la mano y presiono, la espuma golpea el fuego y lo apaga inmediatamente.

Es imposible respirar a causa del humo.

—¿Camilla? ¡Camilla! —Taylor tose mientras se apresura a entrar a través del humo. —¿Estás bien? —Me toca la cara, y algo en un contacto tan íntimo hace que me eche hacia atrás. Toso para cubrirme y él me rodea con un brazo mientras me guía hacia el exterior.

El camión de bomberos se detiene al mismo tiempo que un espléndido Mercedes. Los neumáticos chirrían y el olor a goma quemada flota en el aire.

—¿Estás bien? ¿Qué ha pasado? —pregunta Taylor, pero no me preocupa responderle.

Me centro en los bomberos que entran en mi panadería.

—¡Camilla! Camilla, por Dios, déjame mirarte. —Luca se para frente a mí y me revisa por si tengo alguna herida, alejándome de Taylor.

Las manos de Luca enmarcan cada lado de mi cuello, e inclino la cabeza hacia arriba por lo que estoy obligada a mirarle.

—Jesús, me has dado un susto de muerte.

—Estoy bien. Estoy bien. Otro golpe de tos me interrumpe.

—¡Necesito un sanitario! —grita. —¡Tráiganme un maldito médico!

—Estoy bien, Luca. No ha sido nada. No estuve mucho tiempo en la tienda.

—No me importa si inhalaste humo durante menos de un segundo; quiero que te pongan oxígeno".

—Yo..."

—Si dices que estás bien una vez más —gruñe en tono de advertencia, y esos ojos azules que tanto me gustaron al conocerle se vuelven implacables, atravesándome con una intensidad que nunca antes había sentido.

Me quedo callada porque no estoy de humor para discutir, y él me levanta en brazos, llevándome a toda prisa a la ambulancia antes de que el sanitario pueda siquiera coger su bolsa.

—Está tosiendo —dice Taylor a mi lado, pero Luca lo ignora y lo empuja para apartarlo.

Me siento como si estuviera en medio de un concurso de meadas.

—Ha inhalado algo de humo. Se ha quedado sin aliento. —Luca me coloca en el borde de la ambulancia justo cuando el sanitario abre las puertas. Su mano continúa en mi espalda y me frota entre los omóplatos. Me siento bien y me relajo mientras el sanitario me toma las constantes vitales. Me comprueba la garganta y la nariz para ver si he inhalado humo, pero luego no dice ni una palabra, lo que me preocupa.

Luca se da cuenta al instante de mi cambio de humor. No sé si es porque le miro, pero agarra del brazo al paramédico y lo empuja hacia delante.

—¿Qué diablos significa esa mirada? Te sugiero que empieces a hablar.

—Sr. Bianco —se apresura a decir el paramédico, pero ¿cómo demonios conoce todo el mundo a Luca? Sé que ahora es el Don Pez Gordo y el único cabecilla de la mafia local ahora que mi padre ha muerto, pero ¿en cuántos tarros tiene metidas las manos? —No significa nada, Sr. Bianco. Con mi trabajo, he aprendido a controlar mis expresiones. Ella está bien, Sr. Bianco. Está bien. —Su voz se quiebra y se vuelve aguda como si acabara de llegar a la pubertad, y giro la cabeza para reírme.

—¿Bien? ¿O está sana y salva? Bien no funciona para mí. Bien es neutro. No me gusta lo neutro.

—Los ojos de Luca se posan en la etiqueta con el nombre del hombre. —Jason. Dime, ¿está fenomenal? ¿Está sana? ¿Tengo que preocuparme de que deje de respirar en mitad de la noche?

Jason sacude la cabeza mientras me pone una máscara de oxígeno en la boca y la nariz.

Qué bien sienta.

Inhalo profundamente, cogiendo todo lo que puedo, y luego me relajo.

—Está sana, Sr. Bianco. Quiero que se siente aquí diez minutos con oxígeno. No tendrá que preocuparse. No estuvo inhalando humo durante mucho tiempo, así que está más que bien, Sr. Bianco.

—Bueno —gruñe Luca, tomando asiento a mi lado. Su mano se desliza por mi espalda y luego se enrosca en mi hombro izquierdo para aferrarse a él.

—¿Necesitas algo? —pregunta Taylor, en cuclillas en la acera mientras me mira. Me da unas palmaditas en la rodilla. —Puedo ayudarte en lo que sea. Si necesitas ayuda para limpiar, restaurar, lo que sea.

—Está bien. No necesitaré tu ayuda —le interrumpe Luca.

Me giro para mirarle y me quito la máscara de la cara, que él vuelve a deslizar sobre mi boca.

Le aparto la mano de un manotazo y refunfuño.

—Eso ha sido grosero, Luca. Taylor es mi amigo. Sólo intenta ayudar.

—Lo sé, y como he dicho... —Luca retira la mano de mi hombro, y de repente siento frío, aunque sigo sudando a causa del fuego. —No necesitamos su ayuda.

—No sabía que había un “nosotros” —dice Taylor, manteniendo la calma.

—No lo hay —Respiro profundamente el oxígeno mientras mi cabeza empieza a palpar por su irritación y sus constantes discusiones. —No pertenezco a nadie. No quiero lo que está pasando aquí, pero los dos sois mis amigos, eso es todo. Fin de la historia. —Un bombero sale finalmente de la tienda y camina hacia mí, salvándome de Taylor y Luca.

Y aunque la conversación ha terminado, Luca no ha terminado de reivindicarse. Su mano vuelve a tocarme el hombro, pero no me importa. Su tacto siempre me ha gustado, me ha hecho sentir bien y me ha aliviado como ninguna otra cosa.

—Su apartamento está a salvo gracias a los diferentes sistemas de ventilación. Hay daños menores por humo en el techo, pero la pared donde estaba el horno necesita ser reemplazada, así como el horno. Parece que ese modelo de horno ha sido retirado recientemente por cableado defectuoso.

Hubo un tiempo en que no sabía qué hacer porque no tenía dinero. Ahora ya no es así. Este es mi sueño, y voy a repararlo.

—Gracias. Les agradezco su ayuda.

—Me alegro de que esté bien, señora. Que tenga un buen día.

—Usted también —digo débilmente, apoyando la cabeza en el lateral de la ambulancia, donde el metal está frío y me sienta bien. Hay un latido dentro de mi cráneo que se hace más fuerte con

cada latido de mi corazón.

—Yo me ocuparé de esto, Camilla. No tendrás que preocuparte de nada.

No sé por qué, pero sus palabras me ponen furiosa. Me arranco el oxígeno de la cara, lo tiro a la ambulancia y me pongo en pie. —No necesito que nadie luche mis batallas. No necesito que vengas y salves el día. No necesito que te hagas cargo de mi vida. Puedo hacer cosas. Puedo....

—Me aprieto el pecho con la mano y se me llenan los ojos de lágrimas. —¡Puedo hacerlo! Esta es mi panadería. Esta es mi responsabilidad. Soy capaz de reparar mi propio negocio.

—Lo sé. —Las dos palabras son fáciles y suaves, sus labios se convierten en una leve, comprensiva y apretada sonrisa.

—Puedo cuidar de mí misma. Puedo cuidar de mis hijos. Esto es mío. No tuyo. Puedo hacerlo —le grito, queriendo que alguien entienda que no necesito a nadie.

Nunca he necesitado a nadie y nunca lo haré.

—Lo sé, niña bonita.

—Puedo hacerlo.—Se me escapa un sollozo. —Puedo cuidar de mí misma —repito, pero sé que no lo digo en serio.

Estoy tan cansada. Me siento tan derrotada. Estoy tan agotada. Siento que ya no puedo cuidar de mí misma nunca más. No sé si tengo energía.

—También lo estás haciendo muy bien —dice Taylor. —Tengo que irme, pero me alegro mucho de que estés bien. Volveré pronto. —Se inclina y me besa la mejilla, pero no me pierdo la diabólica mirada que le lanza Luca.

Cuando se ha ido, Luca se levanta y me acuna las mejillas con las palmas de las manos.

—Puedes cuidar de ti misma. Puedes cuidar de tus hijos. Puedes hacer cualquier cosa por ti misma.

Se me escapa una lágrima y asiento con la cabeza.

—Yo puedo.

—Pero no tienes que hacerlo, —murmura, pasándome los dedos por la nuca para sujetarme la cabeza hacia atrás mientras se eleva sobre mí. —Puedes —reitera. —Pero no tienes que hacerlo. Entiendo tu lucha, niña bonita, y no estoy aquí para arrebatártela. Tienes instinto de supervivencia. Lo respeto. Ya no tienes que luchar sola.

Sacudo la cabeza porque esto no puede pasar entre nosotros. Otra vez no.

—Luca... —empiezo a explicarle que él no puede ser la persona que me ayude. No es una buena idea.

Desliza un dedo sobre mis labios para silenciarme.

—¿Quieres callarte y dejar que te cuide?

Antes de que pueda decir nada más, vuelve a abrazarme y me lleva hasta la puerta que conduce a mi apartamento, que está justo al lado de la entrada de la panadería. Los camiones de bomberos y los médicos se marchan, y cuando Luca abre la puerta, abandono la pelea y dejo caer la cabeza contra su hombro.

Abre la puerta de mi apartamento, pero yo no le he dado la llave.

—Soy el dueño del edificio, ¿recuerdas?

—No sé cómo siéntame hace sentir que puedas entrar aquí cuando quieras.

Nunca te haría eso. Tu intimidación es tuya. —Cierra el cerrojo y sube las escaleras. —¿A qué hora hay que recoger a los niños de la guardería?

—Puedo hacerlo.

Abre la puerta que nos lleva directamente al salón.

—Ya sé que puedes. Pregunto a qué hora hay que recogerlos de la guardería.

—En unas horas —cedo. Tengo la intención de pelearme con él en todo momento.

Es una costumbre.

—De acuerdo. —Me coloca en el suelo y vuelve a besarme la frente. —Ve a ducharte. Te prepararé algo de comer.

Veo como se quita la chaqueta, la dobla y la deja sobre una silla.

—No te estás moviendo —dice arremangándose la camisa.

¿Qué tiene un gesto tan sencillo que me hace derretirme por él?

—No tienes que prepararme nada. Estoy bien. Te agradezco que me trajeras al apartamento, pero puedo seguir desde aquí.

—niña bonita —suspira, agarrando el respaldo de la silla con las manos. Los músculos de sus antebrazos se ondulan y el vello oscuro de sus brazos contrasta con su piel aceitunada. Deja caer la cabeza y luego me mira, clavando en mí esos iris azul eléctrico a través de sus pestañas de ébano. —¿Qué te he estado diciendo? Sé que puedes seguir adelante. Sé que puedes hacer todas las malditas cosas que tu corazón desea. Sé que puedes. Tú sabes que puedes. Te estoy diciendo... —Aparta la silla y se planta delante de mí en tres largas zancadas. —Ve a darte una ducha antes de que te bese, y si hay algo que sé que *puedes* hacer, es besar.

Jadeo cuando me sujeta la barbilla con los dedos. Me echa la cabeza hacia atrás y sus labios se acercan peligrosamente a los míos. El calor de su aliento me hace cosquillas en las mejillas y el humo que se adhiere a mi ropa me envuelve como si estuviéramos creando nuestro propio fuego y provocando un incendio en el apartamento.

—Puedes hacerlo, ¿verdad? —susurra, rozando mi nariz con la suya antes de deslizar sus dedos por mi cuello. —Sueño con estos labios. Tan suaves, tan... delicados. —Me roza el labio inferior con el pulgar y respiro agitadamente. —Las cosas que pienso hacerle a esta boca. —Aprieta su frente contra la mía, y suena en su garganta un profundo murmullo. —Las cosas que quería hacerle antes de que me dejaras solo. Así que, si no estás preparada para hacer esas cosas, métete en la ducha y lávate. Ahora mismo. —Se aparta de mí, pasándose los dedos por el pelo.

Parece que no puedo mover los pies. Sé que lo necesito, que quiero hacerlo, pero me atrapa el desaliño de su imagen. Respira con dificultad, sus fosas nasales se agitan, tiene el pelo revuelto y no se molesta en ocultar lo dura que está su polla. Está abultando sus pantalones, sobresale larga y ancha, tal como la recuerdo.

—¡Vete, —me ruge, y yo doy un respingo, sobresaltada por la potencia de su grito.

Finalmente me pongo en marcha y salgo corriendo por el pasillo, dejándolo atrás. Me aprieto el corazón con la mano para sentir lo rápido que late y cierro la puerta del baño tras de mí.

Si quiere entrar, lo hará.

Un rey de la mafia sabe cómo forzar una cerradura, pero tampoco sé si puedo confiar en mí misma ahora mismo. Incluso me preocupa salir desnuda de este baño y tirar por la borda todo pensamiento, toda razón, y simplemente rogarle que me tome.

Pero esta vez, no me iré.

No tengo adónde ir. Sería él quien tendría que marcharme.

Vuelvo a estremecerme cuando oigo el ruido de ollas y sartenes. Respiro hondo y despacio, intento relajarme y dejar que mi mente deje de correr y se detenga.

Me quito esta ropa que huele a humo, me doy la vuelta y me miro en el espejo.

—Dios mío —me río entre dientes cuando veo un poco de hollín en mi mejilla y bajo la nariz. Tengo el pelo hecho un desastre y el rímel me cae a ríos por la cara.

¿Y todavía me desea?

Me miró en el salón, ¿y aun así me encontró atractiva? ¿Está loco?

Abro la ducha y no me molesto en esperar a que el agua esté caliente. Me meto en el chorro frío y suspiro, dejando que cada gota empape mi pelo. Mantengo la cabeza inclinada hacia atrás y se me pone la piel de gallina por el frío.

Después de lavarme el pelo, me lavo el cuerpo, y siseo cuando mis dedos rozan mis pezones. Están duros y sensibles por la explosión que casi se produce en la otra habitación. Me muerdo el labio y me pregunto si estaría bien que me tocara.

No necesita saberlo.

Nunca lo sabrá.

Deslizo la mano por mi cuerpo, me acaricio el coño y gimo mientras me froto el clítoris.

—Oh, Dios —gimo más fuerte de lo que pretendía, y luego cierro la boca.

Hace mucho que no me toco. No recuerdo la última vez que tuve un orgasmo. Introduzco un dedo y bombeo lentamente antes de sentirme preparada para aumentar el ritmo. Cuando lo hago, me pellizco el clítoris y apoyo la espalda en el lateral de la ducha. Ni siquiera el agua fría podría detener la rugiente furia de la lava que me abrasa las venas en este momento. Pienso en Luca, en él encerrándome y apretándome contra cualquier superficie plana.

Ni siquiera necesita desnudarse del todo. Puede quitarse el cinturón, tirarlo al suelo y bajarse los pantalones lo suficiente para deslizar su polla dentro de mí.

—Sí —gimo, moviendo la mano más deprisa, persiguiendo el subidón que no he sentido desde mi vigésimo primer cumpleaños. —Luca —Su nombre se me escapa antes de que pueda pensarlo mejor, pero no me detengo. Pensar en él me hace sentir demasiado bien.

Me lo imagino dándome palmadas en el culo, agarrando con fuerza los cachetes para atraerme de nuevo hacia su polla y embestirme sin remordimientos. No es pensar en mi orgasmo lo que me pone al límite.

Es el suyo.

Recuerdo cómo se detuvo, empujando todo lo que pudo mientras se corría al tomar mi virginidad.

Solo de recordarlo gimo, y el sonido resuena en las paredes de la ducha. Me detengo antes de hacer demasiado ruido retirando una mano de mi clítoris para metérmela en la boca.

Cuando cesan las oleadas de placer, me agacho para intentar recuperar el aliento.

Eso me ha sentado bien, pero la voz en el fondo de mi cabeza dice otra cosa.

*Hacerlo de verdad se sentiría mucho mejor.*



## Luca

Estas paredes son de papel.

Lo oigo todo.

Cada respiración. Cada gruñido. Cada gemido.

Y entonces, dice mi nombre, y me vuelvo loco. Corro hacia la puerta del baño y aprieto la oreja contra ella, me bajo la cremallera de los pantalones y me acaricio con cada gemido que oigo resonar en las cuatro paredes de ese cuarto de baño.

Miro hacia abajo y veo cómo mi polla bombea en mi puño. El calor crece, la fiebre recorre mi piel, y es por Camilla. Una gota de semen se acumula en la hendidura y la uso como lubricante, deslizándola la polla y deseando que la humedad que siento fuera su coño envolviéndome hasta el último centímetro.

—Camilla, —susurro su nombre, apoyando la cabeza contra la puerta mientras ella sube más alto, su voz transmite su placer, una canción que quiero escuchar para siempre en un bucle, y yo la absorbo.

Aprieto el puño contra la puerta y, cuando la lujuria aumenta, mis labios se entreabren y mi respiración se vuelve errática. Me aprieto la polla con más fuerza, imaginando su apretado coño, y cuando oigo su último grito, que indica que ha llegado al orgasmo, caigo en un abismo de felicidad.

Ahueco la mano sobre la punta y giro la cabeza para morderme el brazo mientras me corro. No puedo contener el gemido y el jodido sollozo que me sale mientras sueño con llenar sus profundidades con cada gota. Recojo todas las pruebas para que no tenga ni idea de que, mientras ella se daba placer a sí misma, yo estaba aquí mismo deseando que pudiéramos hacerlo juntos.

La ducha se cierra y me alejo de la puerta, corriendo por el pasillo hasta la cocina para lavarme las manos.

—Maldita sea —maldigo mientras me coloco los pantalones.

No le preparé nada para picar.

Me despisté.

La puerta se abre y contengo la respiración, encendiendo el fregadero para que suene como si estuviera haciendo algo productivo en lugar de recuperar el aliento.

—¿Va todo bien, Luca?

Joder, todavía puedo oír lo jadeante que está por su orgasmo.

Trago saliva, mi polla vuelve a hincharse en mis pantalones.

—Solo te estoy preparando algo de picar, como te dije. No pasa nada. Vístete y ven al salón.

—Vale —dice ella, insegura.

Está tan cerca, a sólo unos pasos, vistiéndose. Es pura tentación, un recuerdo vivo creado para atormentarme.

Estoy completamente atormentado por nuestro pasado y perdido en la ensoñación de nuestro futuro.

Abro la nevera y recojo fruta, verdura, queso, un bote de aceitunas y pepinillos. Se me ocurre una idea, estudio sus salsas y me fijo en las mermeladas especiales para gourmets. Coloco todo sobre su encimera de linóleo, que ya arreglaré, sólo el mejor granito para mi niña bonita, y busco la tabla de cortar.

Tardo unos minutos en cortar y rebanar; luego, cada trozo queda perfectamente colocado en la tabla de madera. Veo una baguette cerca del microondas, la corto también y la tuesto en el horno tostador situado a la izquierda de los fogones.

—Perfecto. —Cojo dos latas de agua con gas de la nevera y me dirijo al salón, preparando la mesa de café para su festín.

Mullo un cojín la almohada y cojo una manta para ella, luego me siento y el sofá cede bajo mi peso.

Mi pierna rebota mientras la espero. ¿Por qué tarda tanto? No recuerdo la última vez que me senté con alguien que me interesaba de verdad y simplemente... me senté.

Estoy muy acostumbrado a una vida acelerada. Siempre hay que hacer algo; siempre hay que dar ejemplo a alguien, y hay que pagar a la gente que trabaja para mí.

Todo eso lleva su tiempo.

Un imperio no funciona solo, pero en cuanto vi que se incendiaba su panadería, lo dejé todo. Nada hubiera podido hacer que me fuera.

Oigo pasos suaves que golpean el suelo y, cuando entra en el salón, lleva el pelo mojado sobre la cabeza, la cara limpia de hollín y maquillaje y está en pijama. Pantalones de chándal morados y una camiseta que es tres veces su talla real. Le cae hasta las rodillas.

Está perfecta.

—Lo sé —suspira, tirando del dobladillo de su camiseta. —Pero las camisetas grandes son mis favoritas.

—Está bien saberlo. —Ella puede quedarse todas mis camisetas. Nunca tendrá que volver a comprarse una.

Se sienta a mi lado y su pierna roza la mía. Transcurre un momento incómodo entre nosotros antes de que nos riamos, y otra vez el rubor tiñe sus mejillas.

—Eres preciosa —le digo, rozando con el pulgar la curva que une su hombro y su cuello.

No dice nada. En cambio, Camilla cambia de tema y señala la comida.

—¿Qué es todo esto?

Esto es lo que he podido montar a última hora porque me estaba masturbando, oyéndote gemir mi nombre al otro lado de la puerta del baño.

—He preparado una tabla de embutidos. Espero que no te importe. Tengo a Alvize recogiendo a los gemelos de la guardería.

—No sé...

—Le confiaría mi vida. Los recogería yo mismo, pero no me siento cómodo dejándote sola. —Tomo su mano en mi mente y la miro fijamente a los ojos. —Alvize es alguien en quien puedes confiar. Le conozco de toda la vida. Es mi mejor amigo, un hermano, mi mano derecha.

—¿Es tu mano derecha?

Ah, por supuesto, ella conoce más sobre el significado de eso que cualquier otra cosa.

—Él es el tipo que se hace cargo si algo me pasa a mí. Si no puedes confiar en mí, confía en su posición.

—Mis hijos nunca han estado con nadie que yo no conozca, Luca. —Se frota las palmas de las manos en los muslos. —Sólo hemos estado ellos y yo. No están acostumbrados a nadie más. No sé si se subirían al coche con él. No, no es una buena idea. No puedo.

Su respiración se vuelve demasiado agitada e inestable. Se agacha, mete la cabeza entre las piernas y yo la subo a mi regazo.

—Mírame —le digo, sujetándola por la nuca para obligarla a mirarme a los ojos. —No voy a dejar que les pase nada a Oliver y Oliva. Mataré a Alvize si un solo mechón de pelo está fuera de su sitio cuando vuelvan a casa. Y si te hace sentir mejor, le haré una videollamada y así podrás hablar con los niños. No me siento cómodo dejándote conducir, y sé que puedes, pero te ruego que me dejes hacer esto.

—No eres de los que suplican. —Su aliento me roza el cuello y deslizo los dedos por su espalda. Todo su cuerpo se relaja, se funde conmigo, y le beso la mejilla.

Aprovecho esta rara oportunidad para abrazarla antes de que se baje de mi regazo y cambie de opinión.

—No soy de los que suplican, pero lo haré cuando se trate de ti, Camilla.

Se echa hacia atrás y se pasa la lengua por el labio inferior mientras sus ojos se posan en mi boca.

—No podemos, —susurra. —No podemos.

—Podemos. —Me inclino hacia delante, deseando que se acaben las bromas. —Definitivamente podemos, niña bonita. Podemos hacer lo que queramos. —La distancia entre nosotros se hace cada vez menor a medida que avanzamos.

—Esto... esto no puede pasar— —lucha ella. —Eres mi casero.

— Soy el casero de todo el mundo en esta ciudad. Todos responden ante mí. —A la mierda. Estoy harto de esto. Necesito probarla. Acabo por fin con la distancia que nos separa y aprieto nuestros labios en un beso firme y caliente.

Me sujeta la camisa con las manos y jadea en mi boca. Aprovecho ese momento para deslizar la lengua entre sus labios y gimo. Percibo su inquietud, su miedo y, sobre todo, su deseo. Controlo el beso sujetándola por la nuca. Se suelta el pelo del moño desordenado y le cae por los hombros. Gruño cuando mueve las caderas y frota su coño contra mi dura polla.

La pongo boca arriba y la aprieto contra el sofá, rodeándola con un brazo para que esté pegada a mí. Nuestras lenguas bailan entre sí, pero no hay lucha.

Sabe que soy el que manda.

—Joder. Sabes mejor de lo que recordaba —Nos tomamos un momento para recuperar el aliento, pero dura poco cuando volvemos a juntar los labios.

Con gusto lucharé por respirar si eso significa que el único aire que inhalo es el suyo.

Me desabrocha la camisa y me roza la espalda con las manos. Se me escapa un gemido entrecortado al sentir su tacto por segunda vez en cinco años.

Sin pensarlo, giro las caderas, presionando mi polla contra su centro, y ella gime. La fricción es demasiado buena. No creo que pueda parar.

—¿Sabes cuánto deseo arrancarte estos pantalones del cuerpo y deslizarme dentro de tu coño? ¿Lo sabes? No creo que lo sepas. El deseo que siento por ti me ha torturado durante cinco años.

—Y entonces te saciarás y acabarás conmigo—dice, con su labio inferior atrapado en mi boca. Coloco una mano en su garganta y mantengo la otra en su cadera, presionando su coño contra la dura cresta, deseando deslizarme dentro de ella.

—¿Te parece que alguna vez acabaré contigo? ¿Crees que alguna vez tendré suficiente? —Le doy un mordisco en la barbilla y continúo con mi desesperada embestida contra ella.

—Luca —Sus dedos se clavan en los músculos de la parte baja de mi espalda y sus piernas me rodean la cintura.

—Estás loca si crees por un segundo que alguna vez terminaré contigo. Ya no puedes huir de mí. Eres toda mía, Camilla. Nada puede cambiar eso, ni siquiera tus intentos de alejarme —Meto la mano en la cintura de su pijama y paso el dedo por su húmeda hendidura. —Porque parece que tú tampoco quieres acabar conmigo. —Me meto los dedos en la boca, su néctar estalla en mis papilas gustativas.

Yo tenía razón.

Ella es más dulce que la última vez.

Nuestros labios vuelven a soldarse, el rastro de su coño aún persiste en mi lengua, y sé que ella puede saborearlo. Cada vez que le acaricio el clítoris a través de la ropa, ella jadea y yo gruño en respuesta, persiguiendo un orgasmo dos veces en una hora.

No me había excitado así desde que tenía quince años, y cada roce se sentía como fuego.

Así es exactamente con Camilla. Cada toque, cada respiración, se amplifica. La necesidad desesperada es como la lujuria que alguien siente cuando siente atracción por primera vez. Si no lo consigues, si no eres capaz de sentir el cuerpo de esa persona bajo tus manos, saborear su beso o escuchar su placer, entonces podrías morir.

Es dramático. El amor siempre lo es cuando eres joven, pero no cuando tienes mi edad.

Ahora mismo no me siento de mi edad.

Soy ese crío en la parte de atrás del coche de mi padre que robé para pasar la noche, aguantando la respiración y contando hasta el número más alto que puedo para no correrme demasiado rápido. Soy ese adolescente otra vez, manoseando torpemente un condón y esperando no correrme antes de tener la oportunidad de estar dentro de ella.

Ahí es donde estoy.

Sólo que esta vez, no habrá condón entre nosotros.

Otra vez.

No habrá forma de que pare después del orgasmo. Seguiré follándomela a través de cada chorro que se me escape, haciendo un completo desastre con su coño.

Me agarro a sus hombros y la penetro con más fuerza, deseando que no haya nada entre nosotros. —Luca. Oh, Dios —gime, igual que cuando le quité la virginidad.

Desearía ser el único hombre que poseyera su cuerpo. Desearía, de alguna manera, que cada centímetro de ella sólo fuera tocado por mí, y eso no es realista cuando se considera de lo despampanante que es.

Me doy cuenta de que está cerca. Recuerdo cómo su cuerpo se tensa y sus gemidos se convierten en quejidos. Sus ojos se cierran y sus mejillas se vuelven de un rojo intenso por la fiebre de su orgasmo.

—Eso es, niña bonita. Ven para mí. Te he echado de menos. Ven para mí. —Aplico más presión a cada embestida, y a la tercera, ella se rompe, gritando para que todos la oigan, pero sólo estamos nosotros dos. Nadie más puede oírla gritar mi nombre, solo yo.

Sus uñas me arañan la espalda y eso basta para llevarme al límite. Me corro, gimiendo en su boca mientras vuelvo a ahogarme en un beso.

Cuando terminamos, ralentizo el beso, nuestros fuertes jadeos muestran cómo intentamos recuperar el aliento.

Me impulso hacia arriba, mirándola fijamente, y sus ojos están vidriosos, pero aun así, veo que están llenos de preguntas.

Por suerte, antes de que pueda decir nada, suena mi teléfono, lo que le impide decir nada negativo sobre lo que acaba de ocurrir.

Cojo el teléfono y lo pongo en altavoz.

—Bianco —contesto.

Voy a buscar a los niños —informa Alvize.

—Cuando estés allí, llámanos por vídeo para que ella pueda hablar con ellos. No se subirán a un coche con un extraño.

—Niños listos. Por supuesto. Están seguros conmigo.

—Más te vale. —Una oscura advertencia distorsiona mi tono. —Espero no tener que recordarte lo que ocurrirá si les pasa algo.

—Soy consciente —dice sin preocupación. —Estaremos allí en media hora, y te llamaré en veinte minutos.

Cuelgo sin decir nada más, me bajo la cremallera y libero la polla para limpiarme el semen seco.

—¡Luca!

Cojo una servilleta de la mesita; la miro mientras me limpio. Sonrío.

—¿Qué pasa, niña bonita? No es como si no lo hubieras visto antes.

Se vuelve para mirarme de nuevo, y sus ojos vacilan antes de ceder y descender hacia mi polla. No me pierdo cómo casi se cae hacia delante ni cómo su boca forma una O.

—¿Ves? —Me burlo. —Justo como lo recordabas.

—Sólo que mejor —añade, sorprendiéndose a sí misma por haber dejado escapar una confesión como ésa.

Me coloco la ropa de nuevo y me subo la cremallera, luego me dirijo a la cocina para tirar la toalla de papel sucia. Cuando vuelvo a entrar en el salón, ella está bajo una manta y comiendo la comida que le he preparado. Unta una mermelada de albaricoque sobre el pan, añade queso y un jalapeño.

—Esto está muy bien. Gracias por hacerlo. Nunca preparo nada para mí. No recuerdo la última vez que comí verduras y fruta. Esto es fantástico. —Apenas traga antes de tomar un trago de agua con gas.

No me gusta que no se haya cuidado. Se merece lo mejor, igual que sus hijos. Cuando tomo asiento, la envuelvo con mi brazo sobre el respaldo del sofá y ella se acurruca a mi lado, pero me deja la tabla de embutidos en el regazo.

Habrán ciertos aspectos de su vida que cambiarán. Primero, tendré que asegurarme de que tiene lo que necesita para cuidar de sí misma. Si estuviéramos juntos, no se perdería ni una comida. Cocinaría para ella, le llevaría el desayuno a la cama y luego la llevaría a comer a un restaurante increíble mientras los niños estuvieran en la guardería.

Camilla tiene la capacidad única de hacerme querer planear mi vida, pero sólo si forma parte de ella.

—¿Puede decirme cómo es que eres el dueño del edificio?

Me meto una aceituna en la boca, esperando que esto no la haga huir. No le diré que en el acuerdo ella está comprometida conmigo y sólo conmigo. Es independiente y tiene unas agallas que no temerá usar conmigo.

Pero créeme, si Taylor intenta quitármela, me aseguraré de que sepa que está ligada a mí.

—Tu padre me convocó a una reunión. Me sorprendió, pero como siempre teníamos una tregua, no me planteé si reunirme con él o no. No esperaba, al llegar, encontrarlo tan enfermo. Me pidió que te mantuviera a salvo".

—Pero erais rivales... —dice, confusa.

—Teníamos un acuerdo —la corrijo, acercándola más a mí. —Por ese acuerdo; él quería que te protegiera. Nunca faltamos a nuestra palabra. No empezamos guerras ni enviamos mensajes mortales. Confiaba en mí por eso. Dijo que no te había protegido como debía, así que me dio todos sus contactos. No los necesitaba, pero mientras estuve con él, me aseguré de comprar el edificio en el que estabas tú.

¿Por qué?

Te vi antes de reunirme con tu padre. Sabía que necesitaba una forma de estar cerca de ti. Tu padre estuvo de acuerdo. Era una buena forma de vigilarte, pero todas las razones que quería eran egoístas. Sólo quería volver a estar en tu vida. —Me meto otra aceituna en la boca y espero a que responda.

Se enrosca el pelo en el dedo y se queda mirando a lo lejos. Está callada. Tan silenciosa que oigo el silbido de las burbujas del agua con gas al estallar.

—Entiendo que estés enfadada conmigo, pero de verdad quiero superarlo. No creo que entiendas cuánto me has marcado, Camilla. Te busqué. Hice todo lo que pude para encontrarte y no conseguí nada. Durante cinco años, Camilla. Cinco años. Así que cuando te vi, supe que tenía que hacer todo lo que estuviera en mi mano para estar cerca de ti. —Me vuelvo hacia ella, tomando su mano entre las mías. —Entiendo si estás enfadada o necesitas tiempo lejos de...

Me impide decir nada más besándome. Su mano se apoya en mi mejilla, y el beso es largo, pero no acalorado, pero está lleno de la esperanza que anhelaba para nosotros.

—No estoy enfadada. No estoy enfadada en absoluto. Estoy sorprendida, pero me siento... segura. Siento que, aunque mi padre me traicionó, al final, intentó hacer lo que pudo por mí, y te llamó. Debía de confiar mucho en ti. —Parpadea hacia el techo mientras se le humedecen los ojos. —Lo siento. —Camilla se seca las lágrimas. —Nuestra relación era tan dura. Quería más con él, y no pude tener más. Es demasiado tarde.

—¿Puedo preguntar qué pasó entre vosotros que hizo que desaparecieras? ¿Qué hizo?

Está a punto de contestar cuando mi teléfono vuelve a sonar, interrumpiendo una conversación muy importante. Gruño molesto, lo que provoca la risa de Camilla.

—Te parece gracioso?

—Eres mono cuando estás gruñón.

—No soy mono. Soy mortal. Soy un jefe de la mafia. Dirijo la ciudad.

Frunce los labios y me toca la nariz.

—Y eres mono.

Refunfuño en desacuerdo. No estoy seguro de cómo me hace sentir eso. A otros los mataría si me dijeran eso, pero con ella me alegro de que piense que soy mono.

Soy una contradicción andante.

Pulso el botón verde para iniciar la videollamada y la cara de Alvize ocupa la pantalla. Inclino la cabeza cuando el teléfono se le cae de la mano, pero entonces la cara de Oliver ocupa toda la pantalla.

—¿Mami?

—Hola, cariño. ¿Qué tal la guardería?, —pregunta y tiene que acercarse a mí para que su cara entre en la pantalla.

—Estuvo bien. Nos *contoraron* una historia".

—Contaron —decimos Camilla y yo al unísono.

"*Contoraron* no es una palabra, cariño —le corrige Camilla, y él pone los ojos en blanco.

—¿Está Alvize ahí? —Pregunto, preocupado de que los niños lo estén usando como parque infantil.

—Sip. Me río entre dientes.

—¿Puedes ponerle al teléfono?

—Puedo intentarlo. Está ayudando a Olivia a cruzar las barras. Está ocupado. —Corre, y el movimiento del teléfono difumina su cara, lo que nos hace reír a Camilla y a mí.

Estos niños son increíbles. ¿Qué necesito hacer para tener esta familia que ella ha formado y hacerla mía?

—¡El Sr. Luca quiere hablar contigo! —grita Oliver.

—Dile al Sr. Luca que no puedo hablar ahora. Creo que me he reventado la espalda. —oigo decir a Alvize de fondo mientras alguien se ríe.

Supongo que era Olivia.

—Levántese, Sr. Al —murmura Oliver. —Tiene que llevarnos a casa.

—¿Hay bolsas de hielo en casa? —pregunta Alvize con un gemido.

Camilla se tapa la boca con una mano y se ríe tan fuerte que le tiemblan los hombros.

—Espera. Espera. ¡Arriba! Lánzame al aire —suplica Olivia.

Camilla me arrebató el teléfono.

—No te atrevas. Olivia Jane. Lo sabes muy bien".

—No me importa—. Alvize les quita por fin el teléfono a los niños. —Son muy divertidos.

—¿Eso es...? ¿Estás sangrando? —pregunta Camilla.

Frunzo el ceño, miro la pantalla, y sí, Alvize tiene un corte en la mejilla.

—¿Cómo ha pasado eso?

—No lo sé. No sé lo que pasó, de verdad. Son muy rápidos. En un momento están delante de ti, y parpadeas, y ya se han ido. Creo que he tenido tres infartos en quince minutos. No sé cómo lo hacen los padres.

Camilla suelta una risita.

—Te acostumbras. No está tan mal cuando tienes un poco de práctica.

La rodeo con el brazo y la atraigo hacia mí, odiando que haya tenido que ser madre soltera. Un niño es duro, ¿pero dos? Parece imposible.

—¿Por qué respiras tan fuerte, Sr. Al? —pregunta Oliver. —¿Estás fuera de forma como mamá? Mami dice que ella no está en forma.

—¡Oliver! —Camilla cae contra mí, riendo a carcajadas.

Los niños son tan sinceros.

—Resulta que creo que estás jodidamente perfecta—, digo, olvidando por un momento con quién estamos hablando por teléfono.

—¿Vas a ser mi nuevo papá?

—Eeeh, volveré a casa pronto. Adiós. —Alvize termina la llamada, y me quedo pensando si Oliver querría que yo fuera su padre.

—No pienses demasiado en lo que dijo Oliver. Los niños dicen locuras. Yo... —tose. —Ahora vuelvo. Voy a por unas toallas para que los niños puedan ducharse cuando lleguen a casa. —Desaparece por el pasillo y yo me quedo en el sofá, con las palabras de Oliver flotando en mi cabeza.

No hace mucho que conozco a esos niños, pero me atraen como un maldito imán. Quiero estar cerca de ellos. Quiero protegerlos y mantenerlos.

Podemos ser felices juntos. Sé que podemos. Puedo ofrecerle el mundo, pero ella tiene que confiar en mí lo suficiente para hacerlo.

Me pongo en pie, necesito dar una vuelta y estirar las piernas, y luego me dirijo a la ventana. Tengo una vista perfecta de la librería de Taylor. Si ella puede verle, entonces él puede verla a ella, y eso me hace querer hackear todos los ordenadores que posee.

Si al final no quiere estar conmigo, lo único que nunca permitiré es que esté con él.

No dejaré que arruine mi oportunidad de ser padre de dos hijos increíbles.

Cierro las cortinas y miro con desprecio la ventana antes de volver a sentarme en el sofá.

Este es mi hogar.

Nadie se mete con lo que es mío.



## Camilla

Estoy de pie en mi panadería y no tengo ni idea de por dónde empezar. Todavía huele a humo y me siento derrotada. Hay muchas cosas que hacer, y cuando hay una larga lista de tareas que hay que terminar, el peso abrumador de todo lo que hay que conseguir hace que parezca que no hay por qué molestarse en hacerlo todo.

Y no me hagas hablar de Luca.

Anoche discutió conmigo para intentar convencernos a los niños y a mí de que nos fuéramos a casa con él, donde podríamos estar seguros.

Me negué.

Puede que hayamos reavivado una vieja chispa, lo que fue absolutamente increíble y posiblemente una mala idea. Es en lo único que he estado pensando toda la mañana. Pienso en sus labios sobre los míos, en el peso de su cuerpo, en cómo se siente contra mí. Si pienso en ello lo suficiente, puedo sentir sus labios sobre los míos, el calor de su aliento, y todo mi cuerpo despierta a partir del recuerdo.

¿Cómo puede un hombre tener tanto poder sobre mí?

—Toc. Toc."

Me doy la vuelta y veo a Taylor de pie en la puerta. Tiene las manos en los bolsillos y lleva un gorro.

—Hola. Me alegro de ver una cara amiga. —Le doy un abrazo, y él me aprieta fuerte antes de soltarme. —¿Qué estás haciendo aquí?

—Sólo quería saber cómo estabas. Ayer fue un día estresante. No puedo imaginar lo duro que está siendo para ti".

—Gracias. —Le aprieto la mano. —Y lo siento por cómo te trató ayer Luca.

—Está bien —dice, pero no me convence demasiado porque su mandíbula se flexiona. —No sé por qué andas con ese hombre. No es un buen tipo.

—Taylor, por favor, ¿podemos no hacer esto ahora? No quiero entrar en eso. Tengo mucho que hacer. Necesito poner la panadería en marcha, para no perder demasiado dinero.

—¿Qué tal si hablamos de soluciones mientras nos tomamos un café en Cora's?

—La verdad es que eso suena como algo que me hace falta. Necesito empezar el día con energía

—Cojo mi abrigo y mi bolso y sigo a Taylor a la puerta.

Es un día sombrío. El cielo está lleno de nubes grises y el viento refresca. No hay mucha gente que haya salido, evitando el mal tiempo, y se nota en cuanto entramos en la cafetería de Cora.

Está detrás de la barra hablando por teléfono y, cuando oye el tintineo de la campanita que le avisa de que tiene clientes, nos dedica una gran sonrisa.

—¿Lo de siempre? —nos pregunta.

—Sí, por favor —digo, tomando asiento en el reservado de la esquina.

—Nadie hace un café con leche sin grasa y caramelo como tú, Cora —le dice Taylor y emite un sonido de disgusto.

—"Por favor, que la mía sea con grasa. Tanta como puedas.

—Ya lo tienes —se ríe. —¿Cómo están los niños? Me siento como si no los hubiera visto —hace un mohín mientras prepara el espresso.

—Les encanta la guardería. Siempre quieren ir y estar con sus amigos, así que ¿por qué no? El año que viene ya irán al colegio, así que mejor me acostumbro a que estén fuera de casa.

—¿Y cómo te sientes al respecto? — pregunta Taylor, deslizándose en la cabina después de quitarse la chaqueta.

—No lo sé. Va a ser duro. Hay una parte de mí que no está preparada para dejarles marchar, pero hay otra parte a la que no le importará tomarse un respiro. ¿Eso me convierte en una mala madre?

Resopla con incredulidad. "

—No, eso te hace humana. Cualquiera sentiría que necesita un descanso, Camilla. Lo estás haciendo muy bien. No dejes que nadie te diga lo contrario.

—Gracias. Ha sido muy duro estar fuera tanto tiempo. Aunque la muerte de mi padre fue una circunstancia desafortunada, estoy feliz de estar en casa con amigos. No me había dado cuenta de lo sola que estaba hasta hace poco. —Le agarro la mano, apretándola para demostrarle lo mucho que le aprecio, pero cuando voy a separarme, Taylor me sujeta y su pulgar me roza los nudillos.

—No tienes que volver a preocuparte por estar sola, Camilla.

Cora nos interrumpe y salva el día.

—Aquí tienes. Si necesitáis algo, házmelo saber. Parece que ha llegado el ajetreo matinal con retraso. —Cora se aleja dando saltitos, con su coleta balanceándose a cada paso.

Consigo apartar la mano y rodear la taza con las palmas, así que parece que tendría que hacer algo con ella, pero en realidad estoy gritando por dentro porque la maldita taza está muy caliente. Se echa hacia atrás y también bebe un sorbo.

—Entonces, ¿pasa algo entre Luca y tú?

¿Lo hay?

Según lo que pasó ayer entre nosotros, sí.

Me acomodo un mechón suelto detrás de la oreja y soplo el vapor de mi café.

—No sé. Siempre ha habido algo ahí. Estamos trabajando en ello.

—¿Siempre? Cuánto hace que le conoces.

—Cinco años —murmuro alrededor del borde de mi taza.

—Es mucho tiempo, pero nunca es tarde para sacar a alguien de tu vida.

—Es más fácil decirlo que hacerlo.

—La verdad es que no. No tienes nada que te ate a él excepto el alquiler.

De improviso, sin pensar, digo: —Y mis hijos—. Me doy cuenta de mi error y contengo la respiración, mirando el líquido marrón de mi café. Estoy demasiado nerviosa para mirar a Taylor. La única persona que sabe la verdad es Cora.

—¿El padre de tus hijos es Luca Bianco —sisea frotándose la cara con una mano.

—Shhh... —Me inclino hacia delante y miro a mi alrededor para asegurarme de que no llamamos la atención de nadie. —¿Quieres bajar la voz?

—¿Bajar la voz? —Se queda con la boca abierta. —¿No lo sabe? —Taylor de alguna manera se las arregla para hablar aún más fuerte.

—¡Cállate! — Le tapo la boca con una mano y sonrío de mala gana a alguien que nos mira mal.

—Por favor, cállate, Taylor. Por favor —le ruego, con un ligero temblor en las palabras. —Por favor, Taylor.

Asiente, rodea suavemente mi muñeca con la mano y tira de ella hacia abajo.

—Vale —susurra. —Es solo que estoy muy sorprendido. Quiero decir, ¿cómo es que no lo sabe? Ahora que lo pienso, se parecen mucho a él. ¿Cómo sucedió esto? ¿Cuándo sucedió?

—Hace unos cinco años.

—Cinco años. —La cara de Taylor se suaviza mientras me mira fijamente. —Estuviste fuera cinco años.

—Eso es. —Se me rompe el corazón al recordarlo. Cuando pienso en toda esa situación, casi no parece real.

—¿Tu padre?

Asiento con la cabeza, dando un cómodo sorbo a mi café, intentando que mi alma se sienta mejor.

—No estaba contento y no sabía quién era el padre. Estaba muy decepcionado conmigo. En aquel momento no sabía quién era Luca. Estaba en su club. Una cosa llevó a la otra, pero ninguno de los dos tenía ni idea de quién era el otro. No le he dicho la verdad porque he pasado tantos años ocultándolo que ahora no sé cómo decirlo. Me lo he imaginado. —Se me escapa una risita triste y me doy un golpecito en un lado de la cabeza con el dedo. —He reproducido la conversación un millón de veces en mi cabeza. He reproducido sus reacciones, desde la tristeza hasta el enfado, pasando por la alegría. He imaginado sus expresiones faciales. He hecho todo lo que se me ha ocurrido. Ahora tengo la oportunidad de hacerlo, y estoy siendo una cobarde. Supongo que no quiero que me dejen de lado otra vez. Apenas hice las paces con mi padre antes de que muriera. No puedo imaginar tener que pasar el resto de mi vida peleando con Luca. No decir nada, aunque suene mal, es más fácil.

—Más fácil no significa mejor. Merece saberlo, pero ¿sabes lo que nunca deberías decirle?

—¿Qué?

—La ubicación de la fortuna de tu padre."

—Taylor...

—No, escucha. Puedes contarle la verdad sobre los gemelos, pero te vinculará de forma más íntima. Pensará que tiene derecho a más información.

—Como... —No entiendo lo que me quiere decir.

—Como la fortuna de tu padre. Podría usar a tus hijos contra ti para averiguar dónde está todo ese dinero. Sólo digo que nunca se es demasiado cuidadoso.

Nunca había pensado en ello, pero aun así, mientras estoy aquí sentada y proceso lo que Taylor acaba de decir, ms instinto me dicen que no tengo nada de qué preocuparme. Luca no ha sido más que un caballero conmigo todo este tiempo. Ha tratado a los niños de forma increíble y, aunque es intenso la mayor parte del tiempo, ni una sola vez he tenido una sensación de malestar en el estómago.

No como me pasa con Taylor. No es a menudo, y lo achaco a haber estado sola durante cinco años, sin amigos. Desconfío de todas las personas que conozco, pero Taylor tampoco ha hecho

nada. También me ha apoyado. Me ha ayudado con la panadería e incluso me ayudó a hornear un lote de galletas de última hora. Ha sido muy amable.

Pero he aprendido que lo agradable puede ser una máscara para engañar a todo el mundo y hacerle hablar con el diablo.

—Es algo a tener en cuenta. Gracias por hacérmelo saber.

Se inclina hacia delante y apoya los codos en el mostrador.

—¿Has visto esa fortuna? ¿Y si alguien más tropieza con ella?.

—No. Sinceramente, no me importa si alguien la encuentra. No creo que lo hagan. Está en un lugar donde yo ni siquiera hubiera pensado que podría esconderla, pero si alguien lo hace, entonces la necesita más que yo. Yo no necesito dinero. Estoy preparada si de verdad quiero estarlo. Puedo echar mano de los fondos que me dejó mi padre sin tocar esa fortuna. No quiero, pero probablemente los use para arreglar la panadería.

—¿Ni siquiera te interesa? Es como un tesoro enterrado y una divertida búsqueda del tesoro si la gente se implica lo suficiente.

—Estoy segura de que se han implicado. Yo no. Ese dinero... — Exhalo, intentando encontrar las palabras adecuadas. —Si lo cojo para mí, es como decir que esos últimos cinco años nunca sucedieron.

—No, es el pago por la mierda que te hizo pasar. Es el pago por el aislamiento que te causó. Es justo para ti, Camilla. Era como si estuvieras en una isla criando a dos niños sola. No puedo imaginarme lo duro que fue, así que sí, te mereces ese dine... —le corta un ruido de taladro que viene de la puerta de al lado.

Me pongo de pie, escuchando para asegurarme de que viene de donde creo que viene.

—¡Viene de la panadería! —Dejo mi café donde está y salgo corriendo por la puerta, casi chocando con otra persona que entra en la cafetería. —Lo siento. Lo siento mucho. —Corro a mi tienda y veo un camión de obras y cinco hombres con cascos que entran y salen de mi panadería.

—¿Qué demonios? Disculpen. —Intento hablar con uno de los hombres, pero me ignora. — Tiene que ser una broma digo irritada.

Irrumpo en el interior de O al cuadrado, y cuando mis ojos se posan en un hombre con una carpeta portapapeles, me acerco pisando muy fuerte y le arrebató la carpeta de las manos.

—Perdone, ¿quién es usted? ¿Y por qué está aquí? —Pregunto, un poco más bruscamente de lo que pretendía, pero no me gusta que entre en mi tienda gente a la que no espero cuando no está abierta. —Y ¿cómo ha entrado aquí?.

—Le debía un favor al Sr. Bianco. Dijo que usted necesitaba una pared nueva y tal. Estoy aquí para hacerla. —Es difícil entenderle con su marcado acento neoyorquino. —Será rápido. Unos días máximo. Puede preguntarle a Bianco. Soy bueno en esto.

Le entrego su portapapeles y me froto las sienes.

—"Le envía el Sr. Bianco.

—Sí —mastica un chicle con la boca abierta, y hace un sonido horrible. —Dije... Eh, déjame encontrarlo. —Hojea el papeleo y clava el dedo en el papel antes de soplar una burbuja. —Dijo: "Necesito un favor. Arregla la tienda de mi chica. Tiene daños horribles por humo debido a un incendio". Bueno, lo de horrible lo digo yo. Él dijo algo más elegante porque, ya sabes, es Bianco. Le debo lo que quiera. Mi Tracy recibió tratamiento de quimioterapia gracias a él, y ahora está en remisión, así que lo que Bianco quiera de mí, se lo daré.—Eso es genial. Es genial. Me encanta que tu Tracy esté viva y bien.

Sonríe, sacando su cartera.

—¿Quieres ver una foto? Estoy muy orgulloso de ella. Finalmente ha podido volver a la escuela. Estoy a punto de detenerle, pero Tracy me devuelve la mirada en una pequeña foto cuadrada. Lleva una camisa azul con corazones rosas y le ha crecido el pelo, pero es más bien un corte pixie.

—¿No está estupenda?

Mi enfado desaparece cuando miro fijamente la foto. "

—Tracy está increíble. Me alegro mucho por ti.

—Gracias. Es mi pequeña luchadora. No sé qué haría sin esa niña. —Se mete la cartera en el bolsillo trasero y coge un bolígrafo que lleva sobre la oreja, chasqueándolo. —Entonces, ¿en qué puedo ayudarte?. —Pregunta, justo cuando empieza a taladrar de nuevo.

—¡Yo no he pagado por esto! —Grito por encima del ruido.

—¿Qué? —grita a su vez.

—Yo no... —el fuerte ruido se detiene. —Yo no he pagado por esto.

—Ya está arreglado. El Sr. Bianco se encargó.

—¿Ah, sí? —Me pongo la mano en la cadera y deseo que ese hombre estuviera delante de mí ahora mismo. —¿Cuánto tiempo van a tardar en esto?

—Pocos días, máximo me vuelve a asegurar.

—¿Tiene el número del móvil del Sr. Bianco?

—No —se ríe, sacudiendo la cabeza como si estuviera loca. —Nadie tiene su número.

—Perfecto. Simplemente. Perfecto. Gracias. —Algo se hace añicos, corro hacia el mostrador y me doy cuenta de que han roto los estantes de cristal donde coloco la bollería.

—Lo arreglaremos. Probablemente necesite ser destripado de todos modos.

—Genial. Perfecto. Lo estás haciendo genial. —Intento mantener la calma y respiro hondo. Ese hombre... no puedo creer que haga esto sin hablar conmigo primero. Él sabría que yo no iba a estar de acuerdo. Esta es mi tienda. No puede venir y salvar el día porque cree que puede. Esta es mi responsabilidad.

Me cruzo de brazos y salgo de la tienda. Taylor me está esperando.

—¿Estás bien? —Me guía hasta su librería y me abre la puerta. El olor a libros me tranquiliza nada más entrar, y su empleado Sam está allí detrás del mostrador.

Me saluda con la mano mientras se sube las gafas por el puente de la nariz.

—Hola, Camilla. ¿Cómo estás?

—Estoy bien, Sam. ¿Cómo estás tú?

—Genial. Fantástico, en realidad. Acabamos de recibir unas ediciones especiales de un libro que quería, así que estoy emocionado.

Me río entre dientes, porque me encanta lo mono que es cuando se trata de libros. No suelo verle a menudo porque es estudiante a tiempo completo y sólo trabaja aquí unos días a la semana. Ahora que lo pienso, hacía tiempo que no lo veía.

—Estás loca, —me susurra Taylor al oído.

—Podría decirse que sí, —murmuro.

—¿Por qué? ¿No es estupendo que te arregle la tienda?. —Nos guía hasta una mesa rodeada de pufs y yo me dejo caer, suspirando.

—Debería comprarme uno de estos.

—Son mis sillas favoritas del mundo, pero no cambies de tema. ¿Qué pasa?

Me encojo de hombros.

—Nada. Estoy siendo orgullosa y testaruda. Estoy acostumbrada a hacer las cosas sola y a cuidar de mí misma.

—Pero ya no es así; además, tendrás que acostumbrarte. Sobre todo, cuando le hables de los niños.

—Sí, lo sé, pero podría haberlo hablado conmigo.

—En eso no te equivocas, pero tienes que recordar de quién estás hablando. Se trata de Luca Bianco. No es un hombre que pregunte primero. Lo suyo es la acción. Hacer. En su mundo, así es como se hacen las cosas. Así es como se consiguen las cosas en su mundo. No es un hombre

normal, Camilla. Si quieres alguien que hable, Luca no es el tipo con el que necesitas estar. Es una persona de acción. Hará antes de decir, y tienes que estar preparada para eso.

Una familia numerosa entra en la librería y Taylor me da unas palmaditas en la rodilla.

—Tengo que ir a ayudarles, pero quédate todo el tiempo que quieras, ¿vale?

—Gracias. Creo que me voy a mi apartamento a echar una siesta. Gracias por todo. Eres muy buen amigo.

Algo pasa por sus ojos, y esa sensación me retuerce de nuevo las entrañas, gritándome que algo va mal, pero de nuevo, no sé qué puede ser.

—No hay problema. ¿Necesitas que recoja a los niños de la guardería?

Mi corazón golpea contra mi pecho al pensar en ellos con otra persona otra vez. Alvize y Luca han sido suficientes. Los niños se encariñaron con ellos tan fácilmente, y no quiero arriesgarme a que estén con alguien que no conocen. No estoy preparada para ello. Sí, han visto a Taylor, pero no han estado con él como con Luca.

—No, está bien. Les dije que hoy los recogería e iríamos a cenar. —Miento. ¿Por qué miento para librarme de que Taylor sea amable? —Gracias por todo. Ya nos veremos".

—Hasta luego, Camilla.

Abro la puerta y dejo que el aire frío me golpee en la cara, sin molestarme en volver a mirar a Taylor porque siento sus ojos clavados en mí.

Creo que estoy siendo paranoica.

—Estás acostumbrada a estar sola. Solo está siendo amable. Cálmate, —me digo, respirando hondo varias veces para tranquilizarme. Paso junto al equipo de construcción, sacando placas de yeso y dejando espacio para las encimeras.

Y mientras los observo, siento alivio.

Alivio de que no caiga todo sobre mí. Alivio de no tener que buscar fondos para salvar la panadería. Luca me lo ha quitado de las manos, así que no he tenido que preocuparme. Si me quejara con él ahora mismo, sé lo que diría.

*"Niña bonita, sé que puedes encargarte de esto tú sola, pero te estoy mostrando que no tienes que hacerlo".*

Nadie debería ser tan perfecto.

Por eso voy a decirle la verdad. Solo ha sido que bueno conmigo, y le he mantenido a distancia, dudando de él, enfadada con él por meterse en mi vida e intentar hacerse cargo, pero todo lo que ha hecho es ayudar.

Abro la puerta de mi apartamento y un escalofrío que no tiene nada que ver con el tiempo que hace se desliza por mi columna vertebral como una serpiente reptando. Miro por encima del hombro hacia la librería, pero Taylor está charlando con los clientes; puedo verlo a través del escaparate.

Pasan unos cuantos coches, pero la carretera aún no está transitada, y observo los vehículos que pasan a mi lado, esperando a ver si noto que alguien me observa, pero no lo hago.

La inquietud sigue estando ahí. Se me pone la piel de gallina. Cuando alguien te mira, lo sabes. Es intuición.

Como no quiero perder más tiempo, entro y una mano en el hombro me detiene.

Grito, apartando de un manotazo el brazo de la persona.

—Eh, hola. —Es el trabajador de la construcción con el que hablé en la panadería. —¿Estás bien? Parece que has visto un fantasma, pero te prometo que sólo soy yo.

—Dios, me has asustado. —Me llevo una mano al pecho y trago saliva.

—Lo siento, no era mi intención. Volveremos mañana. Hemos quitado el horno, pero después de mañana, la mayoría de los daños habrán desaparecido. La semana que viene a estas horas, tendrás una tienda nueva.

—Genial. —Estoy triste. Realmente me gustaba la tienda como estaba, pero está bien.

—¿Y Luca dijo que habían retirado el horno del mercado?, —pregunta, deteniéndose al darse la vuelta.

—Así es —digo. —Eso es lo que dijo el bombero.

—De acuerdo. —Se quita su desgastada gorra de béisbol azul, rascándose el pelo empapado de sudor. Intenta marcharse de nuevo, pero le agarro del brazo para impedirle.

—¿Por qué?

—Probablemente no sea nada. Probablemente se deba a lo de la retirada.

—¿Qué pasa?

—Bueno, me ha parecido que lo habían manipulado. Había un corte en uno de los cables. Era un corte limpio y nítido, y por lo general, eso significa que alguien lo cortó, pero con eso de la retirada, tal vez sea sólo un cable defectuoso. Yo no me preocuparía demasiado.

Claro, porque eso hará que me preocupe menos.

Chasquea los dedos como si no acabara de consolidar el hecho de que no voy a dormir esta noche.

—Y ahí dentro está todo hecho un desastre, pero no te molestes en limpiarlo. Lo dejaremos hecho un desastre mañana otra vez .

—Bien. De acuerdo. Gracias por vuestro duro trabajo.

—Cualquier cosa por Bianco. —Me saluda con la mano y sube a su vieja y destartalada camioneta blanca. El tubo de escape chisporrotea y echa humo negro.

Bueno, eso no puede ser bueno.

Decido echar un vistazo a mi panadería y cierro. Y menos mal. El obrero se ha dejado la llave que le dio Luca. Me la guardo en el bolsillo, limpio el polvo de una silla cercana y me siento.

La destrucción parece mayor de lo que pensaba. Hay un agujero gigante en la pared donde estaba el horno, pero el fuego se llevó más pared de los lados. Hay trozos de cristal en el suelo, y sé que me dijo que no lo limpiara, pero pienso en mis hijos. ¿Y si bajan aquí cuando estoy de espaldas y se cortan?

Cojo la escoba y el recogedor de la parte de atrás y empiezo a barrer.

Barrer mi nueva vida es tan irritante. Siempre estoy empezando de nuevo. Siempre pasa algo, y sé que así es la vida, pero Dios, a veces estoy tan harta.

Se me humedecen los ojos mientras barro, mirando los trozos de cristal que se deslizan por el recogedor. Siento que representan cada pedazo de mí que se ha roto a lo largo de los años.

Un trozo por el agotamiento.

Un trozo por la soledad.

Un trozo por la traición.

Siguen sumándose, y si los pusiera juntos, apuesto a que parecerían una estatua fracturada apenas capaz de mantener su forma.

Me limpio las mejillas en la camisa frotándolas contra el hombro. Vierto los fragmentos de cristal en la basura antes de dejar caer el recogedor al suelo y barrer de nuevo.

No sé cuánto tiempo paso aquí. Me pierdo, limpio como no debería porque mañana volverá a ser un desastre, pero necesito distraerme de todo. Podría cerrar la panadería definitivamente. Podría vivir del dinero de mi padre y no volver a preocuparme nunca más.

Incluso la idea de no volver a hornear me entristece. Además de mis hijos, la repostería es lo único que me hace feliz. Me ayudó a superar momentos horribles cuando era madre primeriza y estaba a punto de perder la cordura porque tenía dos recién nacidos que lloraban al mismo tiempo.

Ellos dormían y yo no podía, así que horneaba y eso me calmaba mental y emocionalmente. Por fin tenía algo para mí, algo que no tenía que ver con mis hijos.

Sí, lo sé. Suena terrible, pero en ese momento, hubo un breve momento en que los odié. Estaba deprimida. Sollozaba en mi almohada cada noche. Nunca quería salir de la cama cuando lloraban

llamándome.

Si ellos lloraban, yo lloraba. No sabía cómo ser madre. Quería rendirme. Odiaba sentir que mis hijos me quitaban algo.

Incluso cuando pensaba que los odiaba, también los amaba. Era una emoción enfermiza y retorcida de sentir, pero decidí hacer algo que no se centrara en los gemelos.

Y así fue como encontré la repostería. Encontré algo que hacer *por* mí misma. Me curó, y con el tiempo, mis bebés también me curaron. Mi estado mental mejoró. Era más feliz. Fue entonces cuando decidí que nunca necesitaría a nadie más que a mí misma y a los gemelos.

Mi teléfono vibra, sacándome de mis deprimentes pensamientos. Es la alarma para ir a recoger a Oliver y Olivia a la guardería. ¿Llevo tanto tiempo limpiando? ¿Adónde se ha ido el tiempo?

Giro la cabeza sobre los hombros, estiro el cuello y apoyo la escoba contra la pared. Mi teléfono vuelve a vibrar, y esta vez es de un número que no reconozco.

—¿Diga? —Respondo, saliendo de la panadería con las llaves en la mano.

—Quería que supieras que voy de camino a recoger a Olivia y Oliver, niña bonita.

—¿Cómo sabías que había que recogerlos ahora mismo? —pregunto.

—Miré tu agenda en tu teléfono y me envié una copia.

Eso es una gran invasión de la privacidad, Luca. Podría haber tenido fotos o algo que no quisiera que vieras.

Refunfuña al otro lado de la línea y yo sonrío.

—¿Tienes fotos que no quieres que vea?

No, pero él no necesita saberlo.

—Puede que sí, puede que no. Quizá tenía fotos de alguien más que tampoco quería que vieras.

Esta vez, un gruñido de disgusto hace que se genere estática en la conexión.

—Las únicas putas fotos que verás son las mías.

—No lo sé. Tal vez estoy en aplicaciones de citas. Tal vez estoy teniendo cibersexo caliente. No lo sabes.

Silencio.

Aparto el teléfono para mirar la pantalla.

—¿Luca?

—Te veré en media hora" —Cuelga el teléfono y yo trago saliva, preguntándome qué monstruo habré creado.

Me pregunto qué me espera cuando lo vea. Con una sonrisa pícaro, guardo el teléfono en el bolsillo y cierro la puerta de la panadería. No es que nadie vaya a entrar a robar ahora mismo, ya

que tiene un aspecto horrible y no hay dinero en la caja registradora desde que lo saqué antes. Busco en el bolsillo de la chaqueta las llaves de mi piso, que tienen demasiados llaveros.

Tengo un llavero de Las Vegas y nunca he estado. Quiero ir, pero ¿cuándo tendré tiempo? Luego está el pesado bote de spray de pimienta que llevo pegado, que pesa más que todo lo demás.

Una mano me rodea la boca y me empuja contra un cuerpo duro.

—¿Crees que te dejaría en paz, zorra?. —La voz está distorsionada, y me arrastra lejos de la entrada de mi apartamento. Pataleo e intento gritar, pero me agarra con demasiada fuerza. Gimoteando y arañándole los antebrazos, da la vuelta a la esquina del edificio. Mis botas se clavan en la hierba y la tierra, dejando un rastro con la esperanza de que alguien me encuentre.

Pienso en Oliver y Olivia. ¿A quién tendrán? Nadie sabe que Luca es el padre. No lo puse en sus certificados de nacimiento porque nunca pensé que lo volvería a ver. Si sobrevivo a esto, es lo primero que haré.

El atracador, o quienquiera que sea, me suelta cuando llegamos al bosque, e intento salir corriendo, pero me agarra por la nuca y me empuja contra un árbol. La corteza me araña la mejilla y el suelo resbaladizo me hace perder tracción.

—¿Dónde coño está la fortuna? —pregunta. —Sé que lo sabes. Si me lo dices, no te haré daño. No haré daño a tus hijos, pero si no lo haces... me aseguraré de que veas morir a todos tus seres queridos —me susurra al oído como un maníaco. —Dímelo. —Me tumba boca arriba y me doy cuenta de que va vestido de negro de pies a cabeza. Tiene la cara cubierta por una máscara negra que cubre los ojos con una pantalla digital.

Imita el parpadeo de sus ojos, y es inquietante.

No puedo decir quién es esta persona.

Mi llavero tintinea, y recuerdo el spray de pimienta.

Me da una bofetada en la cara.

—¡He dicho que me lo digas, joder!

—¡Jódete! —Grito, levantando la pierna y dándole un rodillazo en la entrepierna.

Se dobla y cae de rodillas. Le tiro de la capucha hacia atrás y consigue agarrarme el tobillo. Me levanta la pierna y caigo de espaldas.

Las hojas y ramas que tenemos debajo crujen y se rompen. El aire se hace más difícil de respirar. El frío me hace daño en la garganta cuando intento aspirarlo.

Me empuja la cabeza contra el suelo, privándome de la capacidad de respirar, y yo pataleo. Sigo pataleando hasta que doy con algo sólido. Él aúlla de dolor y yo me alejo corriendo, cogiendo de nuevo mi spray de pimienta.

Tiene el antifaz torcido y no miro lo suficiente para ver de quién se trata porque quiero salir de aquí. Pulso el botón para soltar el spray y, cuando le alcanza, grita y se sujeta la cara con las manos mientras el spray de pimienta hace su efecto. Rueda por el suelo, llorando de lo mucho que quema.

Y corro. Lo dejo atrás tan rápido como me permiten mis piernas.

Vuelvo a resbalar con las hojas y tropiezo con la acera.

No hay nadie aquí.

Nadie me oyó gritar.

Me tiemblan las manos y corro hacia el apartamento, cerrando la puerta sin perder un segundo.

Subo las escaleras, me agarro a las barandillas y tropiezo al intentar llegar a la puerta lo más rápido posible. Dejo escapar un sollozo cuando entro en mi apartamento, cierro la puerta de golpe y la atranco también. No me parece suficiente. Necesito poner una estantería delante.

Me giro para asegurarme de que las cortinas están cerradas y, cuando lo están, me quedo de pie en medio del salón, intentando averiguar qué ha pasado. Cada centímetro de mi cuerpo tiembla. Cuando saco el teléfono, me tiemblan las manos como si hubiera estado demasiado tiempo pasando frío.

Mi teléfono se enciende y pulso el último número que me ha llamado.

Suena.

Y suena.

Entonces, su voz suave entra en la línea, y me rompe.

—Niña bonita —canturrea.

—¡Luca! Luca —sollozo, incapaz de hablar. —Yo... Tenías razón. ha intentado secuestrarme. Querían saber dónde... dónde... —Intento respirar hondo.

—¿De qué demonios estás hablando? ¿Dónde estás? No te muevas. ¿Entiendes? ¿Estás herida? Por favor, dime que no estás herida."

—Yo... —Me lamo los labios y me aprieto la mejilla con la mano. —No. Tengo miedo. Quería saber dónde estaba la fortuna. Amenazó a todo el mundo. Luca, tengo miedo, por favor. Iré contigo. Iremos a tu casa. No puedo estar aquí. Por favor..., —le suplico.

Un coche petardea fuera, lo que me hace saltar y gritar al mismo tiempo.

—Ve a tu habitación. Cierra la puerta. Alvize puede vigilar a los niños. Voy a buscarte, ¿vale? Y no te atrevas a abrirme la puerta hasta que oigas mi voz. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —susurro, corriendo a mi habitación. —Gracias.

—Cualquier cosa por ti. Cualquier cosa.

Y le creo. Ahora no tengo ninguna duda.



## Luca

Tengo que mantener la calma.

Tengo que serenarme

Los niños no pueden ver cómo estoy a punto de quemar esta ciudad hasta los cimientos y a todos con ella si le pasa algo a su madre.

Cuando me detengo delante de la panadería, saco la pistola y Alvize me agarra del brazo para detenerme.

—Puedo entrar yo, Luca. Tú quédate aquí con los niños.

—No. Si le ha pasado algo, quiero ser yo quien encuentre a Camilla —susurro para que los niños no me oigan. —Quiero que los lleves a comprar helado. Te espero de vuelta en veinte minutos, ni un segundo más. ¿Entendido?

—Sí, no hay problema. —Mira por el retrovisor y sonrío. —¿Quién quiere helado?

—¡Yo quiero! Yo quiero.

—¡Yo también!

Gritan de felicidad, y ni siquiera su alegría es suficiente para reducir mi preocupación.

Salgo del coche y de los asientos traseros me llegan gritos de protesta.

—Sr. Luca, ¿no viene?

—Ojalá pudiera, Oliver, pero voy a ayudar a tu madre con las maletas. Todos vais a venir a quedaros conmigo una temporada. ¿Qué te parece?

—¡Sí! ¡Una fiesta de pijamas! —aplaude Olivia.

—Así es. Así que vais a ir con Alvize a traer helado, y yo voy a ayudar a tu madre a prepararse.

—De acuerdo. Adiós, Sr. Luca.

—Hasta pronto —Cierro la puerta, y en dos pasos, estoy frente a la entrada que lleva a su apartamento.

Doy dos pasos cada vez y aporreo su puerta.

—¡Camilla! Soy yo. Soy Luca. —Sigo golpeando, pero no hay respuesta. Pruebo el picaporte y lo agito, pero está cerrado. —Buena chica —murmuro. —¿Camilla?

—¿Luca? — su voz me llega llorosa desde el otro lado.

—Sí, niña bonita. Soy yo. Abre.

Abre la puerta de un tirón e inmediatamente, en cuanto veo su cara, veo que está roja. Hay una huella roja en un lado de su cara. Alguien la golpeó tan fuerte que dejó su huella.

Cierro la puerta de una patada y le acaricio la cara, recorriendo su cuerpo con la mirada.

—¿Quién te ha hecho esto? ¿Lo sabes? ¿A quién tengo que matar?

—No lo sé. Vestía todo de negro y este extraño ... —ella hace círculos su mano sobre su cara. — Llevaba una máscara de ojos digital, ya sabes, de esas que parpadean. Me recordaba a un reloj digital. Y quería saber dónde estaba la fortuna. No se lo dije. Me enfrenté a él. Le di una patada en la cara y golpeé su máscara, lo que hizo que se torciera. Le rocié con spray de pimienta y le di una patada en los huevos, —divaga tan rápido entre lágrimas que casi no capto esa última parte. —Estaba muy asustada. No dejaba de pensar en Oliver y Olivia. Ojalá no supiera dónde está la fortuna. No me importa. No la necesito.

La acojo entre mis brazos y la abrazo suavemente, aunque me ayuda a ocultar la furia de mi rostro. Esta noche voy a tener a todos mis recaderos merodeando por las calles. Alguien a quien han rociado con gas pimienta no puede ocultarlo muy bien.

Voy a matarlo. Lentamente. Voy a torturarlo por poner sus manos sobre ella.

—¿Has hecho las maletas?

Ella asiente.

—Casi he terminado con las de los niños".

—Compraremos cualquier otra cosa que necesites, y haré que lo entreguen en la finca. No te quedarás aquí ni un momento más.

—Luca —Me pone la mano en el pecho e inclina la cabeza hacia atrás, mirándome fijamente con esos grandes ojos marrones de los que me he enamorado. —Gracias por estar aquí.

Le aparto el pelo de la cara y le beso la frente.

—No estaría en ningún otro sitio. Venga, vamos a hacer las maletas.. —Tomo su mano y me dirijo al dormitorio de la izquierda.

Hay dos literas contra la pared y juguetes por todas partes. Sin pensarlo, empiezo a echar un poco de todo en cada bolsa y agarro unos cuantos peluches, para que estén reconfortados por la noche en un lugar que no conocen.

Camilla sale de la habitación y, cuando está en el umbral de la puerta, se queda de pie con su propia bolsa en la mano y el bolso colgado del hombro.

—¿Dónde ocurrió el ataque? —Pregunto, saliendo de la habitación de Oliver y Olivia.

—A la vuelta de la esquina. Llegó por detrás y me puso la mano alrededor de la boca y, luego me arrastró alrededor del edificio hacia el bosque.

—¿Ha pasado aquí? —Levanto un poco la voz, preguntándome cómo no han saltado mis alarmas y señalado que algo iba mal. Tengo cámaras por todo el edificio. Deberían haberme alertado. Alguien las manipuló.

—Haré que venga un detective...

—¡No! —Se apresura a decir. "No. Dejémoslo. No quiero que lo sepa un detective. Es una persona más interrogándome sobre esa estúpida fortuna.

Asiento con la cabeza y la atraigo hacia mí introduciendo un dedo en la trabilla de su cinturón.

—Averiguaré quién ha hecho esto. Tengo hombres por todas partes, hombres que no harán preguntas, y ellos harán el trabajo sucio. ¿De acuerdo?

—Vale —susurra, apoyando la mejilla en mi pecho.

—Vamos. Vamos a llevarte a casa y a lavarte. Yo cuidaré de ti ahora, Camilla. —Abro la puerta y la dejo pasar delante. Su hombro roza mi pecho, y murmuro por lo bajo: —La pregunta es, ¿me vas a dejar?

Sus grandes ojos marrones me miran fijamente mientras está de pie en las escaleras debajo de mí.  
"

—Voy a intentarlo —responde.

—Bien. —Cierro la puerta detrás de mí y bajamos los escalones.

Alvize está apoyado en el coche cuando salimos y se acerca a la parte trasera para abrir el maletero. Yo meto las bolsas y cierro el maletero. Se me eriza el vello de la nuca y miro a mi alrededor, preguntándome quién me está mirando.

La librería está ahí, parece abandonada, pero el cartel de abierto está encendido. No me engaño. Sé que es Taylor, pero no sé cómo probarlo. Quienquiera que sea, o para quienquiera que trabaje, son buenos.

—¡Mamá! — grita Olivia en cuanto Camilla abre la puerta trasera.

—¿Cómo están mis dos personas favoritas en todo el mundo? —pregunta, acomodándose en el asiento entre ellos.

—Estoy bien. Un poco sediento. ¿Y tú, Luca? —bromea Alvize y los niños le hacen pedorretas.

—No *habalaba* contigo —le regaña Olivia, agitando el dedo frente a él.

—No hablaba —la corregimos simultáneamente, y los ojos de Camilla captan los míos en el espejo retrovisor.

—Maaaami —gimen molestos Oliver y Oliva al mismo tiempo.

—¿Qué? Alguien tiene que enseñaros a hablar correctamente —Camilla coge una de sus manos en cada mano mientras vamos de vuelta a casa.

El viaje es silencioso, pero no incómodo. Alargo la mano hacia atrás y se la pongo en la pierna para que deje de botar, y ella suelta un largo suspiro para relajarse.

Cuando llegamos a las puertas de hierro de mi finca, Alvize pulsa un botón en el volante y se abren. Supongo que mi gusto es más bien gótico victoriano, en cierto sentido, para describir mi casa. La mansión parece un pequeño castillo de piedra, pero el interior es muy moderno y actual.

—¡Dios mío, voy a ser una princesa! —Olivia patatea con sus piernecitas mientras mira por la ventana. —¡Mami, mami! Mira—. Olivia señala la torre.

Se parece mucho a los de las películas de Disney.

—Ya eres una princesa —dice Camilla.

Apoyo el codo en la consola central mientras Alvize se acerca a la parte delantera.

—Quiero más seguridad. Quiero que alguien revise también el sistema de seguridad de su edificio. Quiero respuestas.

"Eso está hecho —dice Alvize cuando salimos del coche al mismo tiempo.

Abro la puerta trasera y ayudo a Olivia a salir primero, luego cojo la mano de Camilla mientras ella sale.

—Guau, Luca. Esto es precioso. —Se queda mirando la finca con kilómetros de bosque a nuestras espaldas. Cada pedazo de tierra que poseo está vallado con una verja de hierro de tres metros. Si alguien pasa eso, bueno, mis hombres tendrán una divertida cacería en sus manos.

Los depredadores no sólo caminan sobre cuatro patas.

Mis hombres hacen turnos, peinando cada parte del bosque para asegurarse de que nadie tenga ideas ingeniosas.

—Aquí estás a salvo —la tranquilizo. —Mucho más segura que en el apartamento. Nadie puede atravesar estas puertas.

—Lo sé. Ya me siento mejor estando aquí.

—Me alegro. —Le rodeo la cintura con el brazo y siento que algo entre nosotros cambia, algo vital.

Me está dejando entrar.

Me está dando el control para cuidarla, y hay algo tan hermoso y sereno en ello que me deja sin aliento.

Los gritos de los niños arruinan el momento.

—¡Alvize! ¡Alvize! ¿Quieres construirmos un parque infantil? — pregunta Oliver.

—Ah, y un puesto de helados. Necesitamos helados en el patio, Oli —le dice Olivia a su gemela.

—Claro, lo que tú quieras— acepta Alvize, y Camilla se asombra de su decisión de decir que sí.

—¿Qué? —pregunta mientras los gemelos suben corriendo las escaleras hasta la gigantesca puerta de madera.

—Ahora tienes que hacerlo. No puedes decir que sí a algo para que dejen de hablar. Van a volver a pedirlo.

—No, lo olvidarán.

Camilla sacude la cabeza.

Buena suerte, Alvize.

—¡Esta puerta pesa mucho! —Olivia tira de la puerta, pero no consigue abrirla.

—Está cerrada, tontorrón. —Presiono el pulgar contra el escáner de huellas dactilares, y las cerraduras se deslizan y suenan, la puerta se abre automáticamente como si estuviéramos a punto de entrar en una cámara acorazada.

Eso es exactamente lo que es este castillo, una cámara acorazada.

—Ooooh.—Los niños se asombran al ver su nuevo hogar. Nunca más volverán a ese apartamento. —Es tan grande. —Inclinan la cabeza hacia atrás para contemplar los altos techos. Hay vigas de pino cerezo que se extienden a ambos lados de la pared. Los suelos son planchas de madera originales del siglo XIX, y hay una chimenea de leña en el centro del salón.

Vale, puede que no todo sea moderno por dentro. Me encanta una chimenea de leña clásica, y una chimenea de leña es acogedora.

—¿Queréis una visita? — pregunto, y mientras los niños gritan, Camilla, en cambio, no parece querer.

—Creo que es hora de irse a la cama para estas dos preciosidades —les dice.

—Mami —gimen, y luego hacen pucheros.

—Podemos dar una vuelta por la mañana. ¿Vale? Tenéis que ir os a la cama".

—Estoy de acuerdo. Venid. Os enseñaré vuestras habitaciones.

—¿Tenemos nuestras propias habitaciones? —grita Oliver, y su voz resuena por toda la casa. — Nunca hemos tenido nuestras propias habitaciones.

—Espera, ¿estaremos lejos el uno del otro? —A Olivia se le humedecen los ojos, pero las lágrimas no caen.

—No, lo realmente asombroso es que las habitaciones que tenéis están una al lado de la otra y tienen una puerta que las une, que significa que puedes mantenerla cerrada, de modo que tienes tu propio espacio, o puedes dejarla abierta, y es como tener una gran habitación.

Ambos jadean.

—¡Genial! —Y suben corriendo las escaleras, emocionados por ver su nuevo espacio.

—Eres muy bueno con ellos —dice Camilla, deslizando la mano por la barandilla para seguirlos.

—Es fácil portarse bien con ellos. Has hecho un trabajo increíble. —Camino a su lado, con las manos en los bolsillos para no tocarla demasiado.

Está callada hasta que llegamos al final de la escalera y, por lo que parece, los niños ya han encontrado sus habitaciones.

—Luca...

La sujeto por los brazos y la hago girar hacia mí.

—Camilla, no te preocupes. Estoy muy contento de tenerte aquí, donde estás a salvo. Los niños son más que bienvenidos. No quiero que te preocupes por eso.

—No es que...

—Y den lo que respecta a su padre, está bien. Haré todo lo posible para no intentar ocupar su lugar, pero ese será mi objetivo. Te considero mía, Camilla. Lo he hecho desde tu cumpleaños en el club. Esos niños son míos, si tú permites que lo sean.

—Luca, de eso quiero hablarte...

—¡Mami! Ven a ver nuestra habitación. Es muy grande. —Olivia asoma la cabeza por la puerta de su nueva habitación.

—Hablares más tarde.

Olivia se impacienta y, dando pisotones por el pasillo, agarra a Camilla de la mano y la arrastra hasta su habitación.

—Vamos. Estás tardando mucho —gime Olivia con los ojos en blanco.

Cuando Camilla llega a la puerta, jadea.

—Oh, vaya. ¿Cómo... cómo lo has hecho? —se vuelve hacia mí confusa.

—Mandé redecorar las habitaciones. Quería que se sintieran como en casa.

La habitación está pintada de rosa claro y la cama tiene un dosel rosa. Hay una casa de muñecas en un rincón y su armario ya está lleno de ropa.

—¡Tienes que ver el mío!

Camilla entra por la puerta de comunicación y se tapa la boca con una mano. La habitación de Oliver es de temática espacial. Hay pegatinas que brillan en la oscuridad en el techo y una pared está pintada con un mural de una galaxia. Su cama es un cohete, y hay un botón cerca de su cabeza que, si lo pulsa, anunciará una cuenta atrás.

Para la hora de dormir, por supuesto.

—No puedo creer que hayas hecho esto. Esto es mucho, demasiado, pero no puedo enfadarme porque les has hecho muy felices.

—También puedo hacerte feliz a ti —digo rodeando su cintura con los brazos y apoyando la barbilla en su hombro.

Su mano se desliza contra la mía y nos quedamos juntos mirando cómo los niños corren de un lado a otro, sonriendo y riendo, y es el mayor ruido que se ha oído en esta casa.

Es un hogar.

Ellos son mi hogar.



## Camilla

Los niños por fin se han dormido y cerramos las puertas despacio, pero dejamos abierta la que comunica las habitaciones para que sigan sintiendo que están juntos. Siempre han compartido habitación. No creo que sea tan fácil como ellos esperan. Echarán de menos las literas, lo sé.

—Entonces, ¿dónde está mi habitación? —Le pregunto a Luca, sabiendo cuál será la respuesta, pero quiero volverlo un poco loco. Quiero decírselo esta noche. Quiero decirle la verdad, que Olivia y Oliver son suyos.

También quiero saber cómo no se ha dado cuenta. Se parecen muchísimo a él. Pensé que sería obvio teniendo en cuenta el marco temporal, y no olvidemos los ojos azules.

Ahora que lo pienso, me dan ganas de darle un golpecito en la nuca y hacerle entrar en razón. Ahora que lo pienso, es gracioso.

Su risa es sarcástica y cae hacia delante, aprisionándome contra la pared más cercana. Su brazo cae junto a mi cabeza y se inclina, rozando mi nariz con la suya mientras su mano libre se apoya en mi cadera.

—Eres adorable si crees que no te quedarás en mi habitación —baja la voz, lo bastante oscura como para despertar el calor en mi cuerpo, pero lo bastante ligera como para no despertar a los niños.

—No sé si es buena idea —susurro, concentrándome en sus labios.

Quiero sentir su barba rascándome la piel sensible de los muslos mientras me besa entre las piernas.

—¿Por qué? ¿Temes que hagamos algo que ya hemos hecho?

—Luca —su nombre es un suspiro de lujuria que me abandona.

—Te he echado de menos, niña bonita. He soñado con tenerte en mi cama. —Se separa de la pared y desliza sus dedos entre los míos, tirando de mí hacia las puertas francesas al final del pasillo.

—Oh, odiaría ser la responsable de que tus sueños no se hagan realidad —coqueteo, intentando

—Ya lo sé. Vas a ser una niña buena, ¿verdad? —Abre la puerta de golpe y me mete en la habitación, cerrando la puerta detrás de nosotros para que no nos interrumpen.

Se abalanza sobre mí en cuanto tenemos paz, besándome con desesperación como si fuera a desvanecerme de nuevo. Luca me quita la camiseta y la tira en algún lugar de la habitación. Gime en cuanto me toca los pechos, amasándolos antes de estirarse hacia mi espalda para desabrocharme el sujetador.

—Ahora son más grandes —tararea apreciativamente. —Tan jodidamente bonitos. —Las yemas de sus pulgares rozan cada uno de los picos tensos y gimo por él.

—Luca... —Intento apartarlo para que podamos hablar antes de que esto ocurra. Antes de que nos metamos en la cama, tiene que saber la verdad porque puede cambiarlo todo.

—¿Estás bien? ¿Te he hecho daño? —Me mira de arriba abajo.

Sacudo la cabeza y aprieto mi pecho contra el suyo.

—Necesito decirte algo, y quiero decírtelo antes de que hagamos esto.

Frota el dorso de sus nudillos contra mi mejilla.

—Te escucho, niña bonita.

—Puede que estés enfadado conmigo, pero no sabía cómo decírtelo, y primero tú eras un extraño y luego... mi casero. Necesitaba tiempo. Necesitaba saber que estabas aquí por mí y no por la fortuna.

Se echa hacia atrás como si le hubiera pegado.

—¿De verdad crees que estaría contigo por dinero? Camilla, mira a tu alrededor; el dinero es lo último que necesito. ¿Eso es lo que crees ?

—No, ya no. No puedes culparme por estar paranoica. Recuerda que me he tenido que cuidar yo sola. Ha pasado mucho tiempo desde que pude confiar en alguien.

—¿Confías en mí? —pregunta con una leve sonrisa en la cara. Se inclina hacia arriba y a la derecha.

—Sí— susurro, enroscando los dedos contra su pecho. —Los niños, Luca.

—Son maravillosos.

Puedo ver la verdad brillando en sus ojos.

—Son tuyos —digo por fin, sobreponiéndome a los nervios y la ansiedad. —Los niños. Son tuyos. Por sangre. Tu hijo y tu hija.

Se aleja de mí y se queda... mirándome.

Luca apenas parpadea, y no creo que esté respirando.

—¿Luca? Por favor, hálame. Por favor.

Está pensando, y puedo ver el momento en el que se da cuenta de que lo que digo es cierto.

—¿Todo este tiempo?, me dice roncamente. —Me perdí cinco años. Cinco años, Camilla. ¿Por qué no me encontraste? ¿Por qué no me encontraste? ¿Por qué...?

Se me llenan los ojos de lágrimas y cruzo los brazos sobre el pecho para cubrirme.

—Mi padre. Me envió lejos. Me hizo jurar que no volvería. Estaba decepcionado y se avergonzaba de mí. En aquel momento no sabía quién eras y pensé que solo había sido una noche. Iba a decírtelo, pero él me echó y me dijo que no quería volver a ver mi cara en esta ciudad. No tuve elección. No me dio opción.

Sus cejas se fruncen y sus dedos estallan al cerrarlos en un puño.

—Estabas sola. Estabas totalmente sola. Con mis bebés. Míos.

—Estaba bien.

—No lo sabía. Yo no... yo habría... —Se frota la cara con la mano y se tambalea, apoyando su peso en la puerta. —Habría estado allí. Habría cuidado de vosotros. Os habría querido a ti y a los niños. Erais míos. Todos vosotros. ¡Y él te apartó de mí!, ruge, golpeándose el pecho con el puño, y su rostro enrojece de rabia. —Os apartó de mí. Si no estuviera muerto, lo mataría. Me quitó lo que era mío, —su voz se quiebra de rabia, tristeza y amargura.

Una lágrima rueda por su mejilla. Sólo una. No es un hombre al que le guste perder el control.

—Estabas sola, —repite, con la angustia retorciéndole la voz. —¡Estabas sola! —grita, golpeando la pared con el puño.

Se abalanza sobre mí, me rodea la cintura con un brazo e invade mi espacio hasta que lo único que puedo ver son sus labios.

—Ya no estás sola. Eres mía. Ellos son míos. Ninguno de vosotros volverá a estar solo. —Luca pega su boca a la mía y puedo saborear la sal de su lágrima. —Lo siento mucho, niña bonita. Siento mucho no haber estado allí. —Me besa de nuevo, su mano contra mi cuello mientras guía mi cabeza mientras sus labios se funden con los míos.

Se quita la chaqueta, la corbata y la camisa. Muestra ante mí kilómetros de hermosa piel olivácea, y su cuerpo es más esbelto y musculoso que hace cinco años. Se desabrocha el cinturón de un tirón, se quita los zapatos y se baja los pantalones.

En cuanto está desnudo, se echa sobre mí, enganchando sus dedos en la cintura de mis pantalones antes de arrancármelos de un tirón, y estoy desnuda delante de él por primera vez en cinco años.

—Joder, eres perfecta. —Me levanta, enganchando mis piernas alrededor de su cintura.

Nos dejamos caer en la cama y nos perdemos en nuestros besos. No sé cuánto tiempo estamos ahí tumbados, tocándonos, acariciándonos, deslizando las lenguas una contra otra, pero sé que no quiero que pare nunca.

—No volveré a echarte de menos —susurra, besándome por el pecho hasta que se mete un pezón en la boca.

—¿Echarme de menos? —De alguna manera me las arreglé para cuestionar lo que me había dicho.

Me besa el vientre y presiona sus labios contra la cicatriz de la cesárea. Me agarra la cintura con las manos y vuelve a subir por encima de mí. Me separa las piernas con la rodilla y se pone cómodo.

—No me perderé otro embarazo. Quiero estar contigo cada segundo. Quiero vivirlo todo contigo. Como deberíamos haberlo hecho hace cinco años. Tengo tanto tiempo que recuperar. Y no puedo esperar más... —se agacha y guía su polla hasta mi entrada. —Estás ya tan jodidamente mojada para mí. ¿Has guardado este coño para mí? ¿Es todo mío?

Asiento con la cabeza, haciéndome rodar los pezones entre los dedos.

—Sólo tú. No tenía tiempo con ya sabes... criar a tus hijos.

Con una mano en mi garganta, me empuja, robándome el aliento con su tamaño. —Oh, joder", gime, su frente cae sobre mi hombro. Me aprieta la garganta con la mano. Nunca olvidé lo bien que me siento en este coño. Me alegro de que no tuvieras tiempo. Me alegro de que estuvieras demasiado ocupada criando a nuestros hijos. Nadie toca este cuerpo excepto yo. Nadie, ¿entiendes?" Se desliza fuera, dejándome vacía y dolorida. —¿Entiendes?

—¡Sí! —Grito cuando entra de golpe, tocando partes de mí que nadie ha tocado excepto él.

—Voy a volver a llenar este precioso coño. —Me tira del pelo hacia atrás y siseo por el escozor.

—Y otra vez. Y otra vez —gruñe, moviendo las caderas. —Voy a llenarte con cada gota cada vez que esté dentro de ti hasta que vuelvas a estar embarazada.

—Luca... —jadeo, mojándome cada vez más al pensar en él a mi lado durante el embarazo.

Gime cuando siente y oye lo resbaladiza que estoy.

—Te gusta esa idea, ¿verdad? Te encanta la idea de estar llena de mí.

—Sí —gimo. —Sí, me gusta. He deseado esto durante demasiado tiempo.

Me chupa el labio inferior antes de soltarlo con un suave chasquido.

—No tendrás que volver a irte sin mí. —Se mueve contra mí, su polla me llena hasta que no puedo aguantar ni un centímetro más, y se mueve más rápido con cada embestida. —Nunca empezarás el día sin mí dentro de ti, y nunca te dormirás hasta que me sacie.

Mis dedos suben por su espalda y clavo mis uñas en los gruesos cordones de músculo.

—Dios, no sabes cuánto he deseado estar dentro de ti. —Me levanta sobre sus rodillas y recoge mis piernas, colocándolas sobre sus hombros. Cambia la forma en que su polla golpea dentro de mí. —Estás tan apretada". Pone los ojos en blanco y me besa la rodilla, apoyando la mejilla en mi pierna mientras me folla.

—¡Luca! —Grito su nombre y él me tapa la boca con la mano, amortiguando mis gritos mientras arquea las caderas en el momento perfecto.

Se inclina y vuelve a besarme. Es desordenado y en absoluto programado guiado. Es caliente. Nuestros dientes chocan entre sí. Nuestras lenguas se buscan, pero lo único que podemos hacer para acercarnos de verdad es respirar el aliento del otro.

—Tienes que estar callada. —Acerca sus labios a mi oído y se ríe. —No queremos despertar a los niños. ¿No es así, cariño?

Asiento con la cabeza y vuelvo a gemir. Su cuerpo se siente demasiado bien contra el mío. Cada flexión de sus duros músculos y cada fuerte impulso de su polla me acercan al orgasmo.

—¿Puedes estar callada?, —pregunta, lamiendo un camino por mi cuello antes de soplar aire frío sobre él. —¿Puedes estar callada mientras me follo este coño por primera vez en cinco años?.

Sacudo la cabeza, apretando las manos contra las suyas para mantenerlo sobre mi boca. Vuelvo a gemir y él encuentra fuerzas para follarme con más fuerza. Mis tetas rebotan en respuesta, y sus ojos se posan en mi pecho, observándolos con las pupilas dilatadas.

Le corre el sudor por las sienes y se muerde el labio inferior antes de cambiar de postura. Él está boca arriba y yo encima de él.

—Estás tan guapa ahí arriba, Camilla. Me he imaginado esto demasiadas veces para contarlas.

Mis manos encuentran su pecho, y mi pelo cae alrededor de mi cara, cayendo en cascada por mis hombros como una cortina.

—Nunca he... —No sé cómo admitir el resto. ¿Cómo he vuelto a este momento? Es como si el tiempo se rebobinara y volviera a ser virgen.

—Y no tienes ni idea de cómo me pones. Estás preciosa sentada en mi polla. Me encanta tu cuerpo. Ojalá pudieras verte como yo te veo. —Sus manos recorren mi cuerpo, rozando mis pechos antes de volver a deslizarse hacia abajo y amasarlos. —Has cambiado, pero para mejor en

todos los sentidos. —Su mano vuelve a posarse en la cicatriz de la cesárea y yo meneo las caderas, sus elogios me dan confianza para moverme. Luca cierra los ojos y gruñe, con las fosas nasales dilatadas cuando acelero. —Eso es. Tienes un talento natural para cabalgar mi polla.

—Te siento tan bien. Me estiras tanto —Me agarro a sus pectorales, rodando mis caderas tan rápido como puedo, y la cama se golpea contra la pared. —Luca, estoy cerca.

—Eso es. Joder, eso es; ven conmigo". —Sus dedos se sumergen entre mis piernas y juegan con mi clítoris, haciéndolo rodar suavemente, y mis muslos tiemblan al igual que los dedos de mis pies.

Echo la cabeza hacia atrás y grito, olvidándome por completo de los niños, y dejo que el placer encienda mi cuerpo.

Luca me tumba boca arriba y me hace caer en picado a través de mi orgasmo antes de entrar dentro de mí lo más lejos y profundo que puede.

—¡Joder! Sí, —dice con una mueca, lamiéndose el sudor del labio superior antes de plantarme un beso. —Camilla —susurra, ralentizando sus embestidas, empujando hasta correrse. —Qué bueno, nena. Tan bueno —canturrea, apartándome el pelo de la cara antes de besarme la punta de la nariz.

No se retira. En lugar de eso, nos coloca hasta que yo soy una cucharita y él está envuelto a mi alrededor. Me besa el hombro y nos tapa con la manta.

—Gracias por darme todo lo que he querido en la vida —susurra. —Y si no estás seguro, todo lo que he querido ha sido contigo.

Sonrío, tomo su mano entre las mías y dejo que los latidos de su corazón me arrullen hasta dormirme.

Por fin estoy en casa.



## Luca

Me despierto con una boca caliente alrededor de mi polla. Parpadeo para librarme del sueño, necesito ver a mi preciosa chica entre mis piernas, con mi polla abriéndole los labios. Arranco la manta de nuestros cuerpos para descubrirla, y ella desliza sus ojos por mi cuerpo, con un brillo confiado en los iris bañados en miel. Mi polla brilla con su saliva cuando aparta sus labios de mí, y yo siseo.

—Me preguntaba cuándo te ibas a despertar —bromea, besando la punta.

—Espero que no lleves mucho tiempo ahí abajo, o voy a tener que abofetearme.

Se ríe y me da un buen apretón en la base de la polla.

—Sólo un minuto más o menos. Ya la tenías dura para mí, así que tenía que aprovechar.

—Soñaba con que me hicieras esto mismo. Debe ser mi día de suerte. —Le paso el pulgar por el labio inferior. Tiene los labios hinchados y rojos de chupármela.

—No sé... —Hace girar el dedo alrededor de la corona, y yo gimo. —Creo que podría ser el mío.

—Se inclina y me rodea con la lengua como si fuera su caramelo favorito.

Le paso los dedos por el pelo antes de acariciarle la nuca, hipnotizada por cómo se balancea y tararea.

—Eso es. Me haces sentir tan bien —la elogio. —No sabes lo buena que estás con mi polla en la boca. Tomas cada centímetro tan bien. ¿Crees que puedes aguantar más?

Me mira con los ojos acuosos mientras intenta tragar otro centímetro. Se atraganta y sus esfuerzos me hacen gritar.

—Oh, joder, eso es, Camilla. Puedes hacerlo. Relájate. Puedes tomar más de mí. Estás hecha para tomar mi polla.

Ella redobla sus esfuerzos y retira las manos, palmeando suavemente mi saco. Tira lo suficiente como para impedirme respirar.

—Maldita sea, ya estoy cerca. No quiero correrme todavía. Esta maldita boca se siente demasiado bien. —Enredo su pelo alrededor de mi puño y tiro de ella hacia mí. Le gotea saliva de la barbilla, tiene las mejillas sonrojadas y los ojos vidriosos. Parece tan sucia ahora mismo, pero aun así, es mi niña bonita. —He dicho que dejes de chuparme la polla. —La pongo boca abajo y le doy una ligera palmada en el culo. —¿Tienes problemas para escuchar? —Beso su columna, apreciando cada hoyuelo de su culo. Los recorro con el dedo mientras me siento, me encanta cómo se ven desde aquí. —¿Sabes cuánto me gustan? Me vuelven loco. No puedo creer que sean todos míos. —Le acaricio los costados, rozándolos con los dedos. —Por fin todo mío. —Luca, por favor —suplica.

—Por favor, ¿qué? ¿Qué es lo que necesitas?

—A ti. Te necesito. Te he necesitado. No me hagas esperar más. No lo soporto. No puedo soportarlo. —Aprieta su culo contra mi polla, colocándola en el pliegue de sus nalgas, y empieza a mecerse.

La detengo agarrándola por el culo y bajándola hasta mi polla.

—Tan mojada. ¿Te excita chuparme la polla?

—Sí —sisea ella. —Tanto.

Aprieto con la mano entre sus hombros y la empujo contra la cama, metiéndola y sacándola como le prometí anoche. Nunca pasará un día sin que esté dentro de ella.

Con cada embestida, su culo se estremece y sus gemidos se hacen más fuertes. Oigo el alboroto abajo y ya sé que los niños se han despertado.

—Si no quieres que se estropee este momento, te sugiero que no hagas ruido —le digo, no quiero que nada me impida correrme dentro de ella.

Me escucha sin decir nada. Muerde la almohada y gime cuando doy un puñetazo hacia delante y deslizo la polla hasta el fondo. La pongo a cuatro patas, la agarro por las caderas y comienzo un ritmo rápido y duro. Ojalá pudiera gritar. Quiero oír sus gritos de éxtasis llenando la habitación. Quiero que las paredes se empapen de sus sonidos, para que, si alguna vez estoy solo en esta habitación, si pienso en ella, pueda oírlos.

Nuestras pieles chocan, y no puedo contenerme; miro hacia abajo, observando cómo caigo en picado en su apretado coño. Dentro y fuera, mi polla tiene un brillo constante de su néctar natural. La levanto, poniéndola de rodillas, sujetándole las tetas mientras la penetro. Hundo los

dientes en su hombro, mordiendo suavemente, y su brazo me rodea el cuello para que estemos lo más cerca posible.

Su espalda se arquea y nuestras respiraciones se entrecortan, nuestros orgasmos están demasiado cerca para negarlos. Deslizo la mano por su vientre y la ahueco sobre su coño, rozando con los dedos el punto en el que estamos conectados antes de rozar su clítoris con los dedos.

Eso es todo lo que hace falta para que se rompa conmigo en su interior. Sus músculos se tensan a mi alrededor, succionándose más profundamente, tirando de mí, y me vuelvo loco. Con cada chorro de semen que sale de mí, la empujo hacia delante, casi trepando por su cuerpo para alcanzar su vientre.

Cuando termino, ya está goteando mi esencia porque está muy llena.

—Buenos días —murmura, sonando agotada. —Quiero despertarme así todos los días.

—Te prometí que lo haríamos, ¿no?. —Beso su hombro justo cuando un golpe en la puerta nos interrumpe. No quiero soltarla todavía. Quizá si ignoramos a quienquiera que esté al otro lado de la puerta, se vaya.

—¿Mami? ¿Sr. Luca? ¿Por qué está cerrada la puerta?

—Oh, no. —Camilla se escabulle de debajo de mí, haciendo que mi polla se suelte, y yo gruño en señal de protesta. —Esto no puede estar pasando.

El pomo de la puerta se sacude y contengo la respiración, esperando que la puerta no se abra.

—Saldremos en un segundo, ¿de acuerdo? —dice Camilla para apaciguarlos.

—¿Por qué habéis *tardado* tanto? —pregunta Oliver.

—Tardado —Camila y yo le corregimos a la vez.

—Y tuve que ayudar a tu mami a llegar a un lugar al que no ha llegado en mucho tiempo. Saldremos pronto.

Camilla me lanza una almohada, ocultando una sonrisa tras sus labios perfectos.

Me río entre dientes.

—¿Me equivoco? —susurro en un tono que dice que aún no he terminado con ella.

—Oh, has sido muy amable —murmura Olivia. —Yo también quiero ser amable cuando *crezca*".

—Crezca —volvemos a decirlo juntos.

No puedo evitar reírme y rodeo a mi chica con los brazos.

—Somos buenos en eso", digo mirándola fijamente con todo el amor que puedo reunir dentro de mí.

—¡Os esperaremos abajo! Hemos preparado el desayuno. —Sus piecitos se apresuran a bajar los escalones, y Camilla y yo nos hundimos contra el otro, dejando escapar un suspiro de alivio.

—Estuvo cerca —murmura contra mi pecho.

—Habrá muchos como este —afirmo, inclinando su barbilla para que me mire. —¿Lo decías en serio?

Ladea la cabeza y frunce las cejas, confundida.

—¿Qué quieres decir?

—Que son míos. Siento que lo que dijiste fue un sueño, y si lo es, de verdad, no quiero despertar. Quiero que sea real. Quiero que sean míos.

Su rostro se suaviza con nada más que adoración.

—Son tuyos. Si quieres hacer una prueba de paternidad, lo entiendo.

—No, créeme. Se parecen demasiado a mí ahora que lo pienso. No sé cómo no lo vi.

Se ríe y asiente mientras se separa de mí para ir al baño.

—Pensé que me lo preguntarías, pero nunca lo hiciste. Quería que lo descubrieras solo porque no sabía cómo decírtelo. Siento habértelo soltado así. No se me ocurrió otra manera.

—Fue perfecto. Siento mucho que estuvieras sola. Me cabrea tanto, Camilla. Yo habría cuidado de ti. —La sigo al baño, donde ella está hipnotizada por la extravagancia del mismo.

Suelos de mármol negro, una gran bañera con grifería dorada y una ducha con un largo banco en el que voy a tumbarla. Hay dos tocadores, y uno es para ella con un puesto separado para que se arregle.

Nada de esto ha sido usado por otra mujer. Sólo he querido esta vida con ella.

—No fue culpa tuya. Creo que necesitaba aprender a cuidar de mí misma, y cuando descubrí cómo hacerlo, que alguien interviniera y me ayudara me enseñó que no necesito a nadie, pero elijo su ayuda. Puedo hacerlo sola, pero contigo sé que no tengo que hacerlo.

Nos metemos en la ducha para limpiarnos, pero no tengo tiempo de usar el banco como quiero, no con los niños que ya quieren que bajemos.

—Odio haberme perdido tu embarazo. —Trazo la cicatriz de su cesárea. —¿Fue difícil?

Ella asiente mientras frota la esponja de lufa entre sus manos para que creciera la espuma.

—Así fue. Se retorció el cordón umbilical y me llevaron de prisa a quirófano.

—Y tú estabas sola —afirmo, con la amargura apestando en mi aliento.

—Sí, pero estaba bien. Mi vecina me ayudó mucho. Louisa. Es increíble. Si no fuera por ella, el primer mes habría sido una pesadilla.

—Tendré que darle las gracias a Louisa yo mismo un día de estos. Por cuidar de ti cuando yo no podía. —La giro hacia mí, el deslizamiento de su cuerpo contra el mío.

Sonríe y no puedo evitarlo: me inclino y cojo lo que es mío. La empujo contra el cristal de la cabina y ella suelta una risita y me aparta.

—Tenemos que desayunar, Luca.

—Joder, es verdad. —Giro el agua a fría para ayudar a amortiguar mi lujuria, y ella grita, saliendo de la ducha.

—¡Está helada!

—Bueno, tengo que calmarme. Me estás poniendo nervioso otra vez. La culpa es tuya, por hacer que te desee constantemente —me burlo de ella, lavándome la cara bajo el agua.

—Ya lo sé —se burla ella, saliendo del baño para vestirse.

No tardo mucho. Me lavo rápidamente, salgo, cojo una toalla y me seco. Cuando acabo, me envuelvo la cintura con la toalla y me dirijo al vestidor que tenemos cada uno.

Mi armario está a la derecha, el suyo a la izquierda. La veo mirándolo todo, con la boca abierta cuando ve toda la ropa que le he comprado.

Tiene todo lo que pueda necesitar. Camisas, blusas, zapatos, joyas, pantalones, vestidos, pijamas y bolsos. Si necesita algo más, espero que acuda a mí.

—Esto es demasiado. —Sus manos rozan la ropa de las perchas, apreciando los nombres de las marcas de todos los artículos que le he comprado.—Son muy caros, Luca. No puedo aceptarlo.

—Te mereces todas y cada una de las cosas que este mundo puede ofrecer, y siempre me aseguraré de que las tengas. Te mereces esto. Has cumplido tu condena. Te has sacrificado lo suficiente. Voy a darte todo lo que siempre has querido, todo lo que siempre has soñado, y voy a asegurarme de que no te falte de nada. —Me quito la toalla y cojo un pantalón de chándal, algo que hace tiempo que no me pongo, pero creo que hoy quiero pasar un día perezoso con mi familia.

Mi. Familia.

Mis hijos.

Quiero conocerlos. Lo último que quiero hacer hoy es trabajar. Tengo hombres para que lo hagan por mí.

—Gracias —susurra, mirando un precioso vestido esmeralda que tiene esmeraldas auténticas cosidas en el escote. —Vaya. ¿Para qué es esto?

—En mi área de trabajo, siempre hay algún tipo de obra benéfica, baile o gala a la que asistir. Es una buena manera de saber quién es quién en el mundo del crimen. Estoy deseando verte con ese vestido. —Me pongo una camiseta azul lisa. —Y no puedo esperar para follarte con él puesto.

—Entonces será mejor que me pongas pronto ese vestido —dice, dejando caer la toalla de su cuerpo y ofreciéndome la vista con la que sueñan los hombres.

Se pone unos leggings, el material se ciñe a las curvas de su cuerpo, y yo me sujeto con las manos a la moldura que hay sobre la puerta, inclinándome mientras la observo vestirse.

A continuación, un sujetador cómodo y, después, una camiseta de tirantes gris.

Ahora tiene todo el cuerpo cubierto, y aún la deseo más que a mi próximo aliento.

—Venga, vamos a ver qué quieren los niños. —Empieza a salir del armario y la agarro por la cintura.

Le beso la mejilla.

—Lo digo en serio. Estoy tan feliz de que esos niños sean míos, Camilla. Me han traído tanta felicidad...

—Me alegro de que hayamos acabado reencontrándonos —Me coge de la mano y me empuja hacia la puerta del dormitorio. —Ahora, vamos a ver qué quieren nuestros hijos.

Sonrío, con más ganas que nunca.

—No puedo esperar.

—Ahora dices eso, pero no te sorprendas si tu cocina está destrozada. Es lo que pasa cuando los niños se despiertan antes que tú. Nunca sabes lo que te vas a encontrar.

—Me parece bien. Te he echado demasiado de menos. Ahora lo quiero todo. Quiero el desorden

—admito, bajando la escalera a toda prisa. Es posible que haya dejado atrás a la madre de mis hijos. Reduzco la velocidad y miro por encima del hombro. —Vamos.

—Ve. Estaré detrás de ti.

Básicamente corro delante de ella como si fuera la mañana de Navidad y me paro en seco cuando llego a la cocina.

Alvize está allí, y está cubierto de harina. El suelo está hecho un desastre. Hay algunos huevos rotos y, de alguna manera, hay un pegote de masa en el techo que gotea sobre la isla.

Pero entonces oigo las risitas de mis hijos y ni siquiera me importa lo desordenada que esté la casa.

—¡Sr. Luca! ¡Ya está aquí! —Mi hija chilla cuando me ve, golpeando su pequeño cuerpo contra mis piernas. Me llena de harina, pero no me importa.

¿Cómo consigo que me llamen papá? No sé cómo tener esa conversación con ellos. ¿Se lo digo de sopetón?

—Tengo una tiara para que te la pongas mientras tomamos el té —me informa Olivia, cogiéndome de la mano y arrastrándome hasta el comedor.

Es como si hubiera habido una explosión de purpurina y peluches.

Sentados alrededor de la mesa hay un pingüino, un perro, un pez y un oso polar. Todos llevan diademas y collares de plástico.

Hay una taza de té delante de cada uno de los invitados y Olivia me acerca una silla.

—Siéntese, Sr. Luca. —Le da unas palmaditas en el cojín del asiento.

—Encantado. —Tomo asiento y me acerco a la mesa, notando que las pequeñas tazas de té no tienen nada dentro. —Sabes, podemos tomar té de verdad aquí. Podemos prepararlo.

—, Sr. Luca, no sea tonto. Estamos jugando a fingir. Es té de mentira. —Me pone la tiara en la cabeza y oigo una risita que viene de la derecha. Levanto la vista y veo a Camilla mirándome.

—Estás precioso —me dice.

Levanto el meñique mientras cojo mi taza de té.

—Vaya, gracias, señora. —Doy un sorbo a mi té de mentira. —Mmm, qué bueno está. Está un poco caliente. Creo que necesito esperar un minuto.

—¡Te hemos hecho el desayuno! —Oliver entra corriendo en el comedor, con un plato de tortitas en la mano, y me lo pone delante.

—Oh. —Miro fijamente el desastre. Es dudoso que sean tortitas. Todavía están líquidas, y creo ver flotar una cáscara de huevo.

*Sí, es una cáscara de huevo.*

—Oh, vaya —intento sonar encantado de probarlo, y Camilla resopla y tiene que darse la vuelta para que los niños no la vean reír. —Esto parece tan... —Intento encontrar la palabra adecuada, pero la masa de las tortitas gotea sobre la mesa.

—No me echas la culpa a mí. Ellos querían cocinar, así que les dejé —dice Alvize, limpiándose las manos en un delantal negro. Está hecho un desastre de pies a cabeza.

La otra mitad de la cáscara está pegada a su mejilla. Estoy seguro.

—¿No va a probarlo, Sr. Luca? —pregunta Oliver, sacando el labio inferior.

—Por supuesto que sí.

—Voy a empezar con el café —dice Camilla, utilizando la excusa perfecta para salir de esta situación.

Voy a tener que comérmelo. Tengo que hacerlo. No puedo tener esos ojos de cachorro frunciendo el ceño de mi hijo.

—El café ya está hecho. Te puedo prometer que es bueno.

Alvize ganador.

—¿Me das una taza grande? —pregunto, cogiendo el tenedor y tratando de encontrar la mejor parte de la tortita. Dirigiéndole a mi hijo una sonrisa tranquilizadora, corto la parte que no tiene la cáscara de huevo y contengo la respiración cuando la masa gotea de la tortita a medio hacer.

Me lo meto en la boca y contengo una tos de asco, tragándomelo entero, para no tener que masticarlo. No sirve de nada. El espesor de la masa se me pega a la lengua, y en cuanto Camilla me da mi taza de café, le doy un gran trago, sin importarme lo caliente que esté.

—Qué bueno está, Oliver. Vas a ser chef, ¿verdad? —Toso en mi mano y trato de encontrar una salida a esto.

—Puede ser. No lo sé —se encoge de hombros.

—¿Qué tal si vamos a la ciudad, vemos la panadería, y tal vez luego ,niños, os llevo al sitio ese de los trampolines? —He olvidado cómo se llama, pero he oído que a los niños les gusta.

—¡Sí! —chillan y empiezan a correr hacia su habitación cuando Camilla les coge a los dos por la camisa.

—Ah, ah, ah. Vais a ayudar a limpiar el desastre que habéis hecho. ¿Cuál es mi regla? —les pregunta, agachándose para estar a su altura.

—Si la lías, la limpias —murmuran descontentos.

Vuelvo a dar un sorbo a mi té de mentira y una sonrisa se apodera de la cara de Olivia.

Con tortitas malas y todo, todo en mi vida es perfecto.



## Camilla

No creía que la vida pudiera ser mejor de lo que ha sido en las últimas seis semanas. Luca se ha acercado mucho a los niños, creando un vínculo que sólo los niños y su padre pueden tener. Me hace muy feliz. No les hemos dicho a Olivia y Oliver la verdad sobre el hecho de que Luca es su padre. No sé a qué estoy esperando. Creo que estoy esperando a que pase algo malo. Tengo miedo de que, si se lo digo, se pongan muy contentos y luego algo vaya mal.

Tal vez Luca cambie de opinión, y entonces me quedaré sola otra vez. No está bien vivir así. No es justo para Luca. Debería ser mejor persona con él. Se merece que los niños sepan la verdad, pero ¿cómo puedo superar este miedo a quedarme sola otra vez?

Los niños no serían los únicos desolados si Luca decidiera no tener nada que ver con nosotros. No sé si mi instinto me dice que huya o que me arriesgue. Todo es cuestionable porque hice lo único que me dije que no haría.

Me he enamorado de él.

Amo a Luca.

Y eso es lo que hace esto mucho más difícil. ¿Cómo sé que se quedará a largo plazo? ¿Y si la novedad de la dinámica familiar le resulta aburrida?

—¿Estás lista para ver tu nueva panadería? —La voz de Luca me saca de mis profundos pensamientos de "que pasaría sí" y de temor .

Giro la cabeza hacia él y enarco las cejas.

—¿Qué?

—¿Estás bien? — Entra en mi espacio. —Has estado en tu mundo toda la mañana—.

—Solo me estaba preguntando si deberíamos decirles a los niños que eres su padre. Deberíamos hacerlo.

La sonrisa que se llena su rostro es tan amplia que le llega hasta los ojos. Me rodea con los brazos y me aprieta hasta que no puedo respirar.

—No puedo... —Jadeo. —Respirar."

—Lo siento. Lo siento. Estoy emocionado. Estoy feliz. Yo también quiero decírselo. Puede que haya habido algunos momentos en los que casi caigo, pero no lo hice. Quería hablarte de ello, pero no quería parecer presuntuoso.

—¿Presuntuoso? Luca, son tus hijos. Se te permite serlo.

—Bueno, ahora mismo son más tuyos que míos.

Abro la boca para discutir, pero me pone un dedo sobre los labios.

—Quiero decir, sólo habéis estado los tres durante cinco años. Tu relación con ellos es sólida. Soy nuevo, estoy construyendo una relación con ellos, y no quiero que parezca que merezco el título de 'Papá' desde el principio. No me lo he ganado.

—Sí que te lo has ganado. —Me horroriza que piense eso. —Has sido mejor con nosotros que nadie en mucho tiempo. Eres un padre, Luca. Has sido un padre. Has sido increíble. Quiero que lo sepan. ¿De acuerdo?

—De acuerdo. —Se inclina y presiona su frente contra la mía.

Tengo las palabras en la punta de la lengua, pero no consigo pronunciarlas. Decido no apresurarme. Ya llegará el momento. No tiene por qué ser ahora.

—Vamos a ver tu nueva panadería. —Abre la puerta principal y en la entrada hay un Range Rover nuevo con un gran lazo rojo.

—Luca... —Digo su nombre con cautela. —¿Qué es eso? ¿Qué es eso? — Grito emocionada mientras corro hacia el reluciente Range Rover negro.

El coche de mis sueños.

—Es el comienzo de una nueva vida —dice, lanzándome las llaves. —¿Quieres conducir?

Casi me atraganto y apoyo la palma de la mano contra el capó.

—¿Estás de broma? —Abro la puerta del conductor rápidamente y me subo. —Dios mío, Luca. Es precioso. —Los asientos de cuero son rojos, y hay una B cosida en medio del asiento y una placa B dorada en medio del volante.

—¿Y esta B?

—De Bianco —dice mientras se abrocha el cinturón. —Porque lo serás un día, muy pronto.

Hay algo en esas palabras que hace brotar la esperanza.

—Este coche es tuyo, Camilla. Todo tuyo —me informa. Pulsa el botón para arrancarlo y luego da unos golpecitos en la pantalla del centro del salpicadero. —Vamos a tu panadería.

—El lazo —Señalo.

—Maldita sea.

Me río a carcajadas cuando se baja y quita la cinta, tirándola a la calzada.

—Alguien lo limpiará —murmura, volviendo al coche.

Cuando se abrocha el cinturón, aprieto el acelerador y me acerco para cogerle la mano. No puedo creer que haya hecho esto por mí.

—Gracias. Me encanta lo suave que se conduce. No puedo agradeceréte lo suficiente.

—Considéralo un pago atrasado por la manutención —se burla, y le doy una palmada en el brazo.

—Eso no tiene gracia.

—Lo sé. No pretendía que sonara tan cruel —suelta una carcajada y me besa la parte superior de la mano.

Cuando cruzamos la verja, giro a la izquierda y conduzco hasta la panadería en mi flamante coche. Mientras conduzco, pulso un montón de botones al azar y enciendo los asientos calefactados.

—Oh, calentadores de culo. Me encantan.

—Tengo dos calentadores de culo totalmente perfectos aquí mismo —Levanta las manos y yo me río.

—No acabas de decir eso —Luca es tan diferente cuando no está en modo de negocios todo el tiempo. Sé que puede ser intenso y aterrador, pero en estas últimas seis semanas, ha sido más tierno y amable.

Está adaptado, pero eso no significa que no haga su trabajo.

La otra noche llegó a casa con los nudillos ensangrentados, pero no me dijo qué había pasado y no le pregunté. ¿Por qué molestarse? Ya he pasado por esto antes con mi padre. Cualquier cosa que haga que requiera que se manche las manos de sangre significa que lo que hizo fue peligroso e ilegal. Cuanto menos sepa, mejor.

Me ocupé de sus heridas y seguí con nuestra noche como si no hubiera pasado nada.

Y luego me folló como si al mismo tiempo que me amara deseara odiarme, y fue la noche que mejor he dormido en mi vida.

Cuando aparco, veo a Cora en el exterior, hablando con un policía mientras un sanitario le venda el brazo.

—Dios mío —Salgo corriendo del coche, sin molestarme en cerrar la puerta. —¡Cora! — Me abro paso entre la gente, pisando cristales rotos. Miro hacia su cafetería y veo que está

destrozada. Las ventanas están destrozadas, las mesas y las sillas rotas, y los cojines de los asientos rasgados.

Por fin consigo moverme y me doy cuenta de que las ventanas de mi panadería también están destrozadas, pero el interior parece estar bien.

No me importa nada de eso. Sólo quiero llegar a Cora.

Un sanitario le sujeta una gasa contra la cara, y su color blanco se está volviendo rojo.

—Definitivamente tiene una posible conmoción cerebral. Tenemos que llevarla al hospital, señora.

—Cora, ¿qué ha pasado? ¿Estás bien? —Le cojo la mano y jadeo horrorizada cuando le quita la gasa de la cabeza. Tiene un corte enorme. Es rojo y ocupa la mayor parte del lado izquierdo de la cara. Su ojo izquierdo está morado y tiene un vendaje reciente en el brazo.

—Sí, no sé qué ha pasado —murmura, agotada, y sus palabras se arrastran ligeramente. — Solo...estaba...trabajando —habla despacio, apoyando su peso en el lateral de la ambulancia. — Entonces se rompieron las ventanas y uno de los ladrillos que lanzaron para romper el cristal alcanzó mi cara.

No me gusta cómo tiene que hacer pausas cuando habla.

—Tenemos que llevarla al hospital. Ahí es donde estará si necesita verla".

—De acuerdo. Cora, voy a estar ahí, ¿de acuerdo? Iré justo por detrás de ti.

—De acuerdo —Me aprieta la mano antes de que la aten a la camilla para prepararla para el transporte. —Estoy tan cansada.

—Tienes que mantener los ojos abiertos, ¿vale? No los cierras. Pase lo que pase —le digo justo antes de que se cierren las puertas.

—Se pondrá bien. Conozco al mejor médico del hospital. Le llamaré y me aseguraré de que sea él quien la trate —Luca me estrecha contra su costado y me besa la sien.

—Gracias —Ya me siento mejor sabiendo que Luca se asegurará de que reciba el mejor tratamiento posible.

—¡Camilla!

Me doy la vuelta y veo a Taylor cruzando la calle corriendo. Hace una eternidad que no le veo, pero he pasado todo el tiempo con Luca y los niños.

—Taylor, hola —le saludo con un abrazo ladeado, pero Luca no me suelta la mano. —¿Has visto lo que ha pasado?

—No, abrí la tienda tarde porque he tenido que ir a ver a mi madre esta mañana. ¿Qué demonios...? ¿Está bien Cora? ¿Quién habrá hecho esto? —pregunta, contemplando la escena de

destrucción.

—No lo sé, pero pienso averiguarlo. —Los fríos ojos azules de Luca se dirigieron a Taylor. — Quienquiera que haya sido, mejor que se asegure de que no lo encuentre porque nadie jode a mi familia.

—¿Cora y tú sois parientes? —pregunta Taylor, pateando un trozo de cristal de debajo de su zapato.

—No, pero somos familia porque ella es la mejor amiga de Camilla, y quien joda a alguien que le importe a Camilla se las verá conmigo.

—No me gustaría estar en el lado opuesto a ti. Se rumorea que nunca encuentran los cadáveres, —se ríe Taylor, pero Luca sigue siendo una estatua.

—No son rumores.

—Está bien —Taylor me agarra del brazo y me dirige hacia la esquina de la panadería, lejos de Luca.

Luca no me quita los ojos de encima. Me observa como un halcón.

—¿No te molesta? ¿Lo mucho que te vigila?

Sacudo la cabeza.

—No. En realidad, me hace sentir segura, y hacía tiempo que no me sentía así. —Entrecierro los ojos y reajusto los pies, y más cristales crujen bajo mis botas.

A este paso, mi panadería nunca volverá a funcionar. Ya echo de menos hornear.

—De todos modos, ¿qué pasa? Si tardas mucho, Luca vendrá pronto a preguntar.

Taylor se acerca un paso y yo retrocedo uno, girando la cabeza para mirar a Luca, que ha acortado la distancia entre nosotros.

—¿Crees que esto tiene algo que ver con la fortuna?

—¿Por qué preguntas? Eso es bastante específico, Taylor.

—Te lo pregunto porque estoy preocupado por ti y Cora, por tus hijos. Mi tienda. Creo que alguien entró en mi tienda también. Se llevaron algo que era muy importante para mí. Y creo que es quien quiere tu fortuna, así que ¿por qué no se la das? Si no la quieres...

—¿Perdón?

—Tú no la quieres, Camilla. Hay otros que sí. Déjalo ya.

Entrecierro los ojos y descruzo los brazos, preguntándome por qué se muestra tan insistente con el dinero.

—No es que no lo quiera. Es complicado. Con tantas preguntas, empiezo a pensar que lo quieres para ti.

Se echa hacia atrás como si le hubiera abofeteado.

—¿Qué? ¿Cómo puedes pensar eso? No. No me importa el dinero, Camilla. Me preocupa el caos que traerá a la calle. A tu tienda. Cora. —Extendió el brazo señalando por dónde iba la ambulancia. —Cora está herida a causa de esto. Quiero decir, ¿cómo de egoísta puedes ser realmente para seguir dejando que ocurran estas cosas?

No sé qué me pasa, pero le doy una bofetada.

—¿Cómo te atreves?, —le siseo, apuntándole con un dedo al pecho. Su mejilla se enrojece y su cabeza sigue girada, está sorprendido de que le haya abofeteado. —No puedes llamarme egoísta. He dado todo de mí a la gente que me necesita. No puedes llamarme egoísta. —Le volví a pinchar en el pecho. —Ese dinero es lo último que recibí mi padre, y puede que siga enfadada con él, pero es lo que me dejó. A mí. Así que, por esta vez, en este momento, se me permite ser egoísta. Esa fortuna no pertenece a nadie más que a mí. A nadie más, así que, si alguien quiere iniciar una lucha por ella, que se prepare para luchar."—¿Y estás dispuesta a poner a tus amigos en peligro?

—No soy responsable de las acciones de otra persona. —Empiezo a alejarme y Taylor me agarra.

—Lo siento. ¿Vale? Lo siento mucho. He estado preocupado y estresado. El negocio va lento, y he estado haciendo números. Ha sido duro, ¿vale? No quise desquitarme contigo. Lo siento.

—Necesito algo de tiempo, Taylor. Ya me siento bastante culpable, y no necesito que alguien que creía que era mi amigo lo empeore. —Luca me rodea el hombro con sus brazos y me guía hasta el Range Rover.

—Déjame ver las llaves. —Me tiende la mano y no le discuto. Le dejo las llaves en la mano y me abre el lado del acompañante para que suba.

Me abrocho el cinturón y miro fijamente el color rojo que va apareciendo en la palma de mi mano. No puedo creer lo que he hecho. Nunca he pegado a nadie en toda mi vida, pero Taylor estaba tocando todas las teclas equivocadas. Fue demasiado insistente, demasiado inflexible con lo de la fortuna, y quizá me enfadé tanto porque creía que tenía razón. Tal vez soy egoísta. No puedo poner en peligro a Cora.

—Sabes que está equivocado, ¿verdad? Eres la persona menos egoísta que conozco. —La palma de la mano de Luca envuelve la mía y se la lleva a los labios para besar la carne ardiente.

—No sé si está equivocado —suspiro, apoyando la cabeza en el asiento. —No puedo creer que le haya pegado.

—Fue sexy. Llevo queriendo pegar a ese imbécil desde que lo conocí.

—Luca... —le advierto.

—¿Qué? Yo hago esto para ganarme la vida, niña bonita. Hay algo en ese tipo que no me cuadra.

—Luca pone el coche en marcha y luego se palmea los bolsillos, maldiciendo.

—¿Qué pasa? —

—Me dejé la cartera en casa. ¿Qué tal si te dejo en el hospital? Iré justo después que tú.

—No. No quiero estar sola. Sólo serán unos minutos. Seguro que los médicos no nos dejan verla ahora.

—Vale. Sólo quiero que sepas que está equivocado. Y siento lo de la panadería. Lo arreglaremos".

—Quizá no deberíamos. —Aprieto la frente contra la ventanilla y contemplo la destrucción de la cafetería y la panadería mientras giramos en U para volver a casa.

—¿Por qué dices eso? Te encanta hacer repostería.

—No si significa que la gente sale herida. Incluso a Taylor le está afectando.

—¿Cómo demonios es...? —Luca se pellizca el puente de la nariz. —¿Cómo le está afectando?

—Dijo que le robaron algo importante de su tienda, y está muy molesto por ello.

La mano de Luca se tensa sobre el volante.

—No le hagas caso. Se equivoca. Y su tienda no ha sido objeto de vandalismo. Es la tuya el objetivo, y alguien sabe que Cora también es amiga tuya.

Hay algo que no me está diciendo.

—¿Sabes quién es?

—No, pero de verdad, no me gusta Taylor, y no me sorprendería que él tuviera algo que ver. Por mí, ¿podrías mantenerte alejada de él hasta que lo averigüe?

Tomamos el camino de entrada de la finca, y las puertas se abren para nosotros.

—No creo que eso sea un problema, teniendo en cuenta cómo lo abofeteé.

—Bien. Mejor que el cañón de mi pistola.

—¡Luca!

—Sólo comentaba.

Salimos del coche y nos dirigimos a la puerta principal. Luca pasa el dedo y la puerta se abre para nosotros.

—No recuerdo dónde la dejé. ¿Puedes mirar aquí abajo, y yo miraré arriba?

—No hay problema. —Le doy una palmada en el culo y me dirijo a su despacho mientras él sube a comprobar el dormitorio.

Su despacho está limpio y organizado; nada está fuera de su sitio. El MacBook plateado está abierto, pero la pantalla es negra, y hay una agenda con notas escritas a mano.

Qué raro. Supongo que le gusta mantener las cosas de la vieja escuela. La mayoría de la gente usa el calendario de sus teléfonos. Me pongo de rodillas y compruebo el suelo por si se le ha caído.

Nada.

—Maldita sea —murmuro, poniéndome en pie de nuevo, y empiezo a rebuscar en los cajones, lo que me resulta realmente invasivo.

Pero entonces me encuentro con un expediente con mi nombre y dirijo la mirada hacia la puerta para asegurarme de que no está allí. Se me revuelve el estómago por un momento, como me ha pasado durante la última semana, pero luego se me pasa. Lo atribuyo al estrés o a que algo no me tranquiliza, pero sé que no es eso. Siempre me siento así cuando estoy embarazada. No estoy segura sin hacerme una prueba.

Viendo este archivo, me pregunto si es bueno que no les haya hablado de él a los niños.

Lo cojo, respiro hondo para no vomitar sobre su mesa y lo abro.

Sólo son unos papeles grapados. Suelto una risita aliviada cuando veo que son los papeles del edificio que le compró a mi padre.

—¿Algo?, —grita desde arriba.

—No, lo siento. Aquí abajo no hay nada. —Leo el acuerdo y paso la página, luego contengo la respiración cuando veo una cláusula en el acuerdo.

*A Luca Bianco se le promete la mano de Camilla Thompson en matrimonio tras la muerte de su padre...*

El corazón me golpea el pecho y todo a mi alrededor se tambalea. Tropiezo con mis propios pies y me siento en el sillón de cuero.

Él no puede saber que lo he visto, pero tal vez Luca también está conmigo por todas las razones equivocadas. ¿Por qué haría esto sin que yo lo supiera a menos que no quisiera la fortuna?

Cierro la carpeta y la meto donde la encontré.

—¿Lisa para irnos? —está de pie en el umbral de la puerta, levantando su cartera en el aire. — Estaba en el suelo, en el armario.

—Tienes que controlar mejor esa cosa. Pesa mucho —le guiño un ojo, pensando en las tarjetas que tiene con una cantidad ilimitada de dinero.

—¿Estás bien? Estás pálida. —Me toma la temperatura poniéndome la mano en la frente, y ahora no sé si le importa o no. Se me humedecen los ojos de pensarlo porque me he enamorado de él.

—Estoy bien. Creo que sólo estoy muy preocupada por Cora.

—Bueno, vamos a verla para que te quedes tranquila.

Eso es lo último que pasará. Quedarme tranquila es algo que no se me da bien. La tranquilidad es algo que no me surge de forma natural.

Realmente pensé que por fin lo había encontrado con Luca, pero ¿a quién quiero engañar?

El pasado no puede renacer. La historia es historia por una razón.

No, la historia se repite, y eso no puede ocurrir.

No lo permitiré.



## Luca

Después de dejar a Camilla en el hospital y quedarme unos minutos para ver cómo estaba Cora, tuve que marcharme para ir al Club Cuarenta y Siete. En las últimas semanas he estado muy centrado en mi familia, y Alvize me ha ayudado mucho, pero tengo cosas que hacer. Hay que marcar puntos, y tengo que averiguar si alguno de mis hombres ha descubierto algo sobre lo que pasó en la panadería y en la cafetería.

—Parker —Expulso una espesa nube de humo de puro. —Toma asiento.

Parker asiente, limpiándose las palmas de las manos en los vaqueros como si estuviera nervioso. Toma asiento y casi derriba un jarrón de veinte mil dólares al chocar con él.

—Lo... lo siento —tartamudea, enderezando el costoso objeto antes de que caiga. —No quería hacerlo.

—¿Estás nervioso, Parker? —pregunto, sirviéndome un vaso de agua con gas. —¿Quieres un poco?

—Por favor —dice rápidamente.

Complaciente, le sirvo un vaso a él también y se lo doy, que se bebe la mitad de golpe y luego eructa.

—Lo siento mucho, Sr. Luca. Discúlpeme.

Me echo hacia atrás y me desabrocho la chaqueta para ponerme más cómodo.

—No te preocupes. Supongo que no has bebido agua con gas antes.

—No, señor.

—Bueno, ahora ya sabes que no debes beberla de golpe —le aconsejo, y él asiente, tragando tan fuerte que veo cómo se le mueve toda la garganta.

Nos sentamos en un rincón sombrío de mi suite privada desde el que se ve la pista de baile. Suena música suave para mantener el ambiente tranquilo hasta que el club abra dentro de unas horas. Un camarero aparece en lo alto de la escalera con una bandeja con dos fuentes de plata.

—Es hora de cenar. Pensé que podríamos comer mientras hablamos de negocios, Parker.

—¿Esto es como una última comida o algo así? Sr. Bianco, no he hecho nada. Lo juro, no le traicionaría. Me encanta estar aquí.

Levanto la mano para silenciarle.

Todo está bien. Esta no es tu última comida —Me río entre dientes. —¿Tan malo soy?.

—Es usted aterrador, y luego quieres hablar conmigo aquí arriba, a solas, sin contexto, dándome de comer... es un poco desconcertante —dice con sinceridad.

Eso me gusta.

Froto la punta del puro en el cenicero y pulso un botón de la mesita que eleva el tablero a modo de mesa improvisada para que podamos comer.

El camarero nos deja la comida y levanta la tapa de plata.

—Espero que no te importe, es solo un filete y una patata asada. Necesitaba algo contundente.

—No. Es mi comida favorita. Gracias.

Comemos y el momento transcurre en un silencio incómodo. Parker sigue levantando la mirada hacia mí.

Suspiro y dejo caer el tenedor y el cuchillo sobre el plato. Tomo un trago de agua y cruzo las manos sobre el regazo.

—Has estado haciendo un gran trabajo para mí, Parker. Creo que no sabes lo importante que es.

—Sí, señor. Lo sé, señor. Su familia es importante y quiere mantenerla a salvo.

—¿Has llegado a alguna parte? ¿Tienes alguna novedad?

Parker asiente.

—Un poco. No hay mucho con lo que seguir. Quienquiera que esté destrozando las tiendas sabe cómo apagar y encender las cámaras de seguridad, pero seguí a Taylor, el tipo del que me habló usted, el que es dueño de esa librería.

Me inclino, apoyando los codos en las rodillas.

—¿Y?

—No visitó a su madre. Su madre murió hace unos cinco años.

—Podría haber ido a su tumba —añado, queriendo dar opciones.

Menea la cabeza en señal de desacuerdo.

—No lo hizo. Le seguí hasta una casa en ruinas —Abre la cremallera de su bolsa, saca una carpeta y me da un montón de fotos.

—Estas están tomadas desde un punto muy alto.

—Trepé a algunos árboles para mantenerme fuera de su vista.

—Me gusta tu dedicación.

—Gracias, señor. —Señala una foto en la que Taylor da la mano a otro hombre. —Todavía no estoy seguro de quién es porque no se ve bien el perfil lateral, pero tiene un tatuaje en la mano. Una 'B' tachada. Creo que Taylor trabaja para este hombre, y creo que sea cual sea la fortuna que conoce Camilla, ellos la quieren.

Se me hieló la sangre al mirar el tatuaje.

—Es imposible —susurro. —Tiene que ser otra persona. No puede ser él.

—¿Le conoces? —pregunta Parker.

—Le conocía. Ha pasado mucho tiempo. —Cuanto más miro la foto, más me doy cuenta del peligro que corre Camilla. —Este es mi hermanastro. —La B tachada en su mano es del día en que mi padre se divorció de su madre. Fue hace tanto tiempo. Creo que tenía 18 años cuando mi padre conoció a una mujer más joven. No estuvieron casados mucho tiempo. Tal vez tres meses. No le di importancia cuando se divorciaron. No era más que otra mujer que entraba y salía de mi vida. No conocía muy bien a su hijo, pero no le caíamos muy bien ni mi padre ni yo, lo sé.

Nunca olvidaré cuando llegó a casa con la B tatuada porque le hacía ilusión ser Bianco. No importaba que fuera sólo un niño. Siempre hay alguien en alguna parte que hará cualquier cosa por dinero y tatuar a quien sea forma parte de ello.

Pero luego nuestros padres se separaron, y él se tatuó una X sobre la B.

Después, no volví a verle.

Fue como si hubiera desaparecido de nuestras vidas para siempre. No he vuelto a pensar en él desde que salió por la puerta. Veo que tiene una venganza.

—No sabía que tuvieras hermanos —dice Parker sorprendido.

—No tengo —aclaró.

Dejo las fotos sobre la mesita y me froto la boca.

—Así que Taylor trabaja para él. Eso explica por qué apareció de la nada.

—Sí, sobre eso. No tengo mucha información sobre él, pero sí sobre la librería. La librería era propiedad de otra persona, que desapareció hace tres meses. El pobre probablemente esté muerto.

—Y así fue como pudieron conseguir la librería. Si estaba calculado, pero ¿cómo sabían que la panadería estaría enfrente?

—Creo que fue suerte. Cora estaba antes al otro lado de la calle.

—Su padre enfermó y todos oyeron que no tardaría en morir. Corrió el rumor de que su hija vendría al pueblo, y creo que se prepararon para ello, no son estúpidos.

—No, Xavier nunca lo fue —pronuncio su nombre por primera vez desde que era adolescente.

—Xavier quiere esa fortuna. La fortuna que nunca recibió de mi familia. Me pregunto si siempre ha sabido lo de Camilla. No puedo evitar preguntarme si hay algo que no sé.

—Lo averiguaré por usted, Sr. Bianco. —Termina su filete y bebe un sorbo de agua.

—Hiciste un buen trabajo, Parker —Le lanzo un fajo de billetes de cien dólares. —Por tu trabajo y discreción.

—Mis labios siempre están sellados, señor —afirma.

—Lo harás bien aquí, Parker. Espero con impaciencia tu próxima actualización.

—Gracias, Sr. Bianco. Intentaré tener algo nuevo para usted dentro de cuarenta y ocho horas.

—Gracias. —Vuelvo a sentarme, observando cómo Parker desaparece por la escalera y la carpeta con la foto de mi hermanastro se burla de mí.

Debería haberle matado hace mucho tiempo. Los familiares que creen que no reciben lo que merecen son siempre los más codiciosos. Dejar cabos sueltos fue una estupidez por parte de mi padre, pero él no quería que les pasara nada malo.

Y ahora mi familia sale perjudicada por esa decisión. Si mi padre aún viviera, tendría miedo de pensar en lo que haría. Xavier siempre tuvo un alma oscura, amenazante y engañosa. Quería más, y pensó que lo conseguiría con mi padre.

Cuando su madre intentó robarle a mi padre, él se dio cuenta de que nunca le había querido y que le quería por su dinero, así que puso fin a las cosas.

¿Por qué ha esperado hasta ahora? ¿Cuál es su plan? Hay muchas preguntas y muy poco tiempo para responderlas, porque si de algo me voy a asegurar es de que Xavier y Taylor no vuelvan a acercarse a Camilla.

Cojo el teléfono y llamo a Alvize, que está abajo haciendo inventario.

—Alvize, volveré en un par de horas. Tengo que ir a ver a Camilla.

—No hay problema. Puedo mantener el fuerte hasta que vuelvas.

—Gracias —Cuelgo y me pongo en pie, pasándome los dedos por el pelo mientras pienso en lo que voy a decirle a Camilla para hacerle ver que Taylor es el enemigo.

¿Fue Xavier quien intentó secuestrarla el otro día? No puedo permitir que se aleje de mi lado. Camilla debe estar conmigo todo el tiempo. Los niños también. Si algo les pasara por haberles dado la espalda, nunca me lo perdonaría.

Bajo la escalera y me pierdo en mis pensamientos mientras entro en el garaje subterráneo. Intento llamar a Camilla, pero no contesta, y acelero el paso, casi corriendo hacia el coche. Vuelvo a llamarla.

Y otra vez.

Aun así, no hay respuesta.

—Joder, Camilla. ¿Dónde estás? —No me abrocho el cinturón cuando entro en el coche. Arranco el motor y salgo del garaje, quemando goma al salir.

Un coche me toca el claxon por cortarle el paso y mi vehículo culea sobre la línea de la carretera. Enderezo el volante y aprieto el acelerador mientras corro hacia casa. Tiene que estar allí. Seguro que todo va bien y estoy exagerando.

La duración del trayecto es la mitad de la normal cuando entro en el camino de acceso. Salgo del coche con el motor en marcha y veo que la puerta principal está abierta.

—Camilla —susurro horrorizado. Se me revuelve el estómago y el miedo me hace mover las piernas más deprisa. Doy tres pasos cada vez y, cuando llego al final de la escalera, abro la puerta de golpe.

Cuando entro, no oigo risas. No oigo el dulce sonido de las risas de mis hijos, ni gritos, ni a Camilla intentando poner paz entre los dos.

Hay un silencio inquietante, y ahora no puedo creer que antes viviera así.

El silencio es una pesadilla después de vivir en un sueño ruidoso.

—¡Camilla! —Subo corriendo las escaleras, resbalando en el mármol pulido, y me golpeo la barbilla contra el borde de un escalón. —Joder —maldigo, frotándome el punto que me duele. — ¡Camilla! Niña bonita, vamos. Esto no tiene gracia. —Compruebo el dormitorio y el baño.

Luego la habitación de Olivia y Oliver y todo está como estaba.

No lo entiendo. Todo era perfecto. Había estado un poco callada el último día, y supuse que era por lo que había pasado con Cora, pero quizá no fuera así.

—¿Camilla? —Vuelvo a ahogarme con su nombre mientras bajo a toda prisa las escaleras para ir a mi despacho.

Nada está fuera de lugar, solo una cosa.

Hay una carpeta en mi mesa y hay una nota adhesiva sobre ella.

*"Supongo que realmente buscabas la fortuna. Me llevo a los niños. Necesito algo de espacio durante unos días. -C."*

Paso la página y veo que la cláusula en la que su padre me la promete en matrimonio está resaltada, y tiro el papel a un lado. Agarro el escritorio y cruje bajo mi jadeo; entonces rujo, el

sonido es fuerte y brutal. La angustia me quiebra la voz. El aliento que me queda llega a su fin y dejo caer la cabeza, con los hombros subiendo y bajando.

Esto no puede estar pasando.

Me seco el sudor del labio superior y pienso en a qué lugar podría ir. No creo que abandone la zona, sobre todo con Cora en el estado en que se encuentra.

—Piensa, piensa, piensa —me exijo a mí mismo.

No iría a la panadería. Es demasiado peligroso porque está en obras. Podría ir a casa de Cora, ya que Cora no está en el hospital. Voy a probar allí primero.

Cuando entro en el coche, pulso un botón del volante.

—Llévame a casa de Cora —digo.

—Calculando direcciones —responde el coche. —Está a ocho minutos de su destino.

Lo primero que hice fue guardar todas las direcciones asociadas a Camilla en el sistema de navegación, para saber adónde iba.

—Llama a Cora —digo por el altavoz Bluetooth.

—Llamando a Flora.

—No. ¡No! —Me pellizco el puente de la nariz y respiro hondo, esquivando un coche que va demasiado despacio. —Cora. Llama a Cora.

—Llamando a Tora.

—Joder. —Dejo de intentarlo y, en cambio, saco mi teléfono, y marco el número de Cora.

Suena y suena.

—Vamos. Vamos. —Golpeo el volante con impaciencia. —Por favor, contesta.

—¿Hola? —refunfuña Cora, sonando como si la hubiera despertado. —¿Luca?

—Sí, hola. Siento molestarte. ¿Puedes por favor darle el teléfono a Camilla? Necesito hablar con ella. Entiendo si está molesta, pero quiero hablarlo con ella. Quiero resolver esto entre nosotros.

—¿Camilla? No está conmigo, Luca.

Freno de golpe y me detengo en el arcén.

—¿Qué demonios quieres decir con que no está contigo?

—Ella no está conmigo, Luca. No está en mi apartamento. ¿No sabes dónde está?

—No —Me froto los ojos mientras el pánico se apodera de mí. —Nos peleamos y se ha llevado a los niños. Sé que son míos, Cora.

Ella inhala un fuerte suspiro.

—Bueno, eso es bueno. Le he estado rogando que te lo dijera.

Echo la cabeza hacia atrás y suelto una risita, pero el sonido es triste y lastimero.

—Gracias.

—¿Has comprobado su casa?

—¿Su apartamento? Ella no iría allí ahora mismo; es demasiado peligroso.

—No. Su casa. Su casa de la infancia. La casa de su padre. En la que creció. Ella y su padre no siempre estuvieron distanciados. Tuvo una infancia increíble, así que probablemente ahí es donde está.

—¿Por qué iría allí? ¿No está abandonado?

—No en el sentido que estás pensando. Es suyo. Su padre se le dejó todo. Así que, en su mente, ella acaba de ir a casa. Probablemente está sucio, pero apuesto a que está limpiando para mantenerse ocupada. Lo hace cuando está disgustada.

—Pero está sola. Es demasiado peligroso que esté sola.— Golpeé el volante con la mano y eché un vistazo por el retrovisor antes de girar en U e ir en dirección contraria al lugar donde conocí a su padre por primera vez. —Taylor es quien está detrás de todo esto, Cora. No preguntes cómo lo sé. No tengo tiempo para eso ahora.

—Sabía que no tramaba nada bueno —refunfuña. —A Camilla le gusta ver siempre lo bueno de cada uno.

—Sí. Lo sé. Te llamaré para ponerte al día. Me tengo que ir. Cuelgo, mientras conduzco a ciento cuarenta kilómetros por hora en una zona de sesenta kilómetros por hora.

No voy a perder ni un segundo más lejos de ella cuando no una, sino dos amenazas están ahí fuera.

Voy a hacer lo que debería haber hecho a los dieciocho. Voy a matar a Xavier, y luego voy a matar a Taylor sólo porque me da la puta gana.

—Llama a Alvize digo.

—Llamando a Alvize.

—Ah, eso sí lo has entendido...— murmuro con impaciencia.

—Sí, Luca.

—Encuétrate conmigo en la finca Thompson. Camilla está allí, y Taylor está trabajando con Xavier. Él es quien está detrás del vandalismo en las tiendas y del intento de secuestro de Camilla.

—¿Xavier? ¿Es El tipo que fue tu hermanastro durante un mes o algo así?.

—Sí, y al parecer, tiene un asunto que resolver conmigo.

—Llevaré refuerzos. —Alvize cuelga justo cuando entro en la finca Thompson. Las puertas están abiertas, y el coche de Camilla está aquí.

Las hojas han caído, haciendo que el suelo sea una inundación de marrones y tostados. La fuente está sucia y no hay agua en su interior. Toda la casa parece sombría.

Mientras aparco, saco mi pistola y la amartillo.

Quiero estar listo para apretar el gatillo sin hacer preguntas.

Y vacilaciones que me detengan.



## Camilla

Es duro estar en una casa llena de buenos recuerdos, pero manchada por uno malo que los arruinó todos. Es curioso que haya vuelto donde empecé. Estoy con mis hijos, a quienes mi padre culpó de arruinar mi vida y desterrarme. Y como esta mañana me he hecho un test de embarazo, mis sospechas eran ciertas.

Estoy embarazada de Luca.

Otra vez.

—¿Aquí es donde creciste, mamá? —pregunta Olivia, corriendo por el salón.

—Eso es. —Todo está cubierto de sábanas, y quito las del sofá sólo para ser recibida por una nube de polvo. Toso y me abanico la cara.

—Es grande. —Oliver echa la cabeza hacia atrás y mira al techo con ojos redondos.

—¿Viviremos aquí ahora? — pregunta Olivia, apretando la cara contra una ventana.

—Creo que sí. Lo limpiaré y quedará como nuevo. Vuestro abuelo dejó todo esto para nosotros.

—¿Viene Luca? —Oliver se deja caer en el sofá.

—No lo sé. —Necesito espacio lejos de él. No podía fingir que todo estaba bien sabiendo que había estado intrigando sobre mí. Si quiere hablar, está bien, pero no puedo hacerlo ahora.

—¿Podemos ir a buscar nuestras habitaciones?

—¡Oh, sí! ¿Podemos, podemos? —suplica Oliver, de pie en el sofá y saltando.

—No saltes en el sofá. Sí que podéis. Tened cuidado, ¿vale? Quedaos en este piso. No subáis las escaleras. ¿Entendido?

—¡Sí!

—Si descubro que habéis subido las escaleras, nada de ver a la tía Cora durante dos semanas.

Jadean y asienten al unísono antes de alejarse corriendo y riendo mientras exploran su nuevo hogar.

Cuando se han ido, me tomo un momento para descansar, escondiendo la cara en la sábana mientras sollozo. El dolor es enorme. Echo de menos a Luca. Estaba cansada de estar sola, pero supongo que la única persona en la que realmente puedo confiar soy yo misma. No puedo creer que pidiera mi mano y, lo que es peor, que mi padre estuviera de acuerdo. Me vendió como un caballo al mejor postor, a su rival, nada menos.

Es difícil saber cómo comprender eso, y es imposible saber cómo perdonarlo.

Algo tintinea detrás de mí y me doy la vuelta; lo único que oigo es mi respiración. No hay nada. Es solo la entrada a la cocina.

Doblo la sábana y la coloco sobre la mesa de centro, luego quito otra mueble de la televisión, dejando al descubierto un enorme televisor de pantalla plana.

Suena un crujido y contengo la respiración antes de mirar por encima del hombro hacia el lugar de donde procede el ruido.

—Es sólo una casa vieja que tiene huesos viejos. Va a hacer ruidos —me digo mientras doblo la siguiente hoja.

Una mano me rodea la boca y una risita oscura y cargada de humo suena malvada en mi oído.

—Yo no estaría tan segura de eso, cariño.

Grito en la mano y golpeo sus brazos repetidamente, pero una fría hoja me aprieta la garganta.

—Si no quieres que Taylor vaya a la caza de tus mocosos, te sugiero que obedezcas.

¿Taylor?

Taylor está aquí, y está con este... ¿monstruo?

Aprieto los ojos mientras las lágrimas y la traición los llenan. Luca siempre ha tenido razón sobre Taylor. Debería haberle escuchado.

—¿Vas a escuchar?

Asiento con la cabeza, temblando por la adrenalina que corre por mis venas.

—¿No vas a gritar?

Sacudo la cabeza. Lo sé perfectamente, pero tengo que pensar con qué voy a luchar contra ellos cuando tenga la oportunidad.

—Bien. —Su nariz roza mi mejilla. —Ya veo por qué le gustas tanto a mi hermano. Eres jodidamente preciosa. —Me aprieta el culo y gruñe, olisqueándome el pelo. —Siempre se ha llevado lo mejor de todo. Estoy aquí para quitárselo. Lo que era suyo siempre tuvo que ser mío.

—Me quita la mano de la boca y me gira para que le mire.

No se parece en nada a Luca. Tiene los ojos marrones y una cicatriz que le atraviesa una ceja. Tiene la mano sucia y negra, cubierta por su grasa natural, y puedo oler el humo en su aliento. Miro por encima de su hombro y veo a Taylor allí de pie, y me dedica una sonrisa con un suave movimiento de dedos.

—Hola, mejor amiga- —se burla, y luego me dedica una sonrisa malvada. —Realmente eres muy crédula. No pensé que sería tan fácil acercarme a ti, pero eres ese tipo de chica, ¿no? Dos niños pequeños corriendo por ahí, apuesto a que eres fácil. Y me muero por comprobarlo.

—¡Vete a la mierda; no te acercarás a mí! —Voy a cargar contra él, pero el hermanastro de Luca me detiene.

Ni siquiera sabía que tenía un hermano. ¿Qué más cosas no sé?

—Ya, ya, pórtate bien. —Me frota la mejilla con el lado romo de la cuchilla y deslizo los ojos hacia un lado, observando lo cerca que estoy de sentir dolor. —Todo irá bien. Todos seguirán felices y sanos. Todo lo que tienes que hacer es..." —Chasquea la lengua mientras mira fijamente mi camisa, con el cuchillo listo para cortar por la mitad del material. —Es decirme dónde está la fortuna. Eso es todo, cariño.

Trago saliva, esperando que mis hijos permanezcan callados y sin ser vistos. "

—No lo sé —gimoteo. —No me lo dijo.

—¡Mentirosa! —ruge Taylor. —Me dijiste que él te lo había dicho. Dinos dónde está y nos iremos. No quiero estar aquí más tiempo del necesario.

—¡No lo sé! Mentí. Mentí.

La punta de la hoja se clava en mi barbilla cuando el hermano de Luca me levanta la cabeza. Me mira fijamente a los ojos y entrecierra los suyos mientras calcula si le estoy diciendo la verdad.

—Estás mintiendo —me grita, dándome una bofetada en la cara.

Me caigo, golpeándome el costado contra la mesita.

—¿Para qué lo necesitas? Si eres pariente de Luca, deberías tener todo el dinero. ¿Cómo sabes siquiera de la fortuna?

Tira de mi pelo hacia atrás y me expone la garganta, con el cuchillo contra la yugular.

—Decir que somos hermanastros es demasiado bonito. Yo solía ser de la familia. ¿Quieres saber qué pasa cuando los Bianco se cansan de su familia? Los echan y los dejan sin nada, pero a mí no me van a dejar sin nada. Volví para reclamar lo que es mío, y simplemente cayó en mis manos, de verdad. Tu padre estaba enfermo... —se burla, presionando la hoja con más fuerza contra mi piel. —Y entonces descubro que Luca está interesado en ti. —Se inclina, y su horrible aliento me calienta la mejilla. —Entonces, Taylor me dijo que tus hijos también son suyos, y

pensé, vaya, el universo por fin es para mí. Puedo quitarle a Luca todo lo que ama. Todo. Igual que nos hizo a mi madre y a mí. ¿Sabes que acabó suicidándose después de que el padre de Luca nos dejara? Yo fui saltando de hogar adoptivo en hogar adoptivo. Los Bianco arruinaron mi vida, y es justo que yo haga lo mismo. Taylor es mi hermano adoptivo. El único que nunca me ha fallado".

—Dale tiempo —afirmo, mirando a Taylor. —No me sorprendería que te apuñalara por la espalda.

—Vigila. Tu. Lengua. —Me mete te sus dedos sudorosos en la boca y la saca, colocando la cuchilla contra ella. —O te la cortaré, joder.

Gimo y jadeo cuando por fin me suelta.

—Sólo dinos dónde está.

—No.

—¿Morirías protegiendo esa fortuna? —pregunta Taylor justo cuando el hermano de Luca me golpea de nuevo en la cara.

Caigo al suelo, gimiendo, y escupo sangre.

—Moriría si eso significara que no llegara a manos de alguien como tú.

—¡Puta estúpida! —grita Taylor, golpeándome el estómago con el pie.

Me lo sujeto, con las lágrimas derramándose por mis mejillas. Es imposible que el bebé sobreviva a un golpe así. Voy a abortar. Aprieto la frente contra el suelo e intento respirar.

*Entra por la nariz y sale por la boca.*

—¡Dínoslo! O juro por Dios que iré a cazar a tus hijos y les cortaré el cuello delante de ti. — Taylor me levanta, mirándome con mucho odio, y yo asiento.

—En el exterior. En el invernadero. En las macetas —resoplo.

—Será mejor que no nos estés mintiendo.

—¿Por qué haría eso? —Toso, saboreando la sangre. —Vas a matarme de todos modos.

—También eres lista —suspira el hermano de Luca. —Eso me gusta. Quizá me quede contigo. Nos desharemos de los mocosos, pero quizá puedas ser todo mía.

—¡¡Ni se te ocurra tocarlos, joder! —Me lanzo sobre él y me abofetea de nuevo. Vuelo hacia la derecha, aterrizando en el suelo.

—¿Qué vas a hacer? —El hermano de Luca se sienta a horcajadas sobre mí, poniéndome boca arriba mientras sostiene la punta del cuchillo contra mi corazón. —No puedes vencerme, cariño.

Un disparo perfora el espacio y me pitan los oídos, ya que estamos en un lugar cerrado. Me sujeto la cabeza entre las manos y me doy la vuelta. Taylor cae de rodillas, con la boca abierta y

los ojos desorbitados, como si se preguntara qué ha pasado antes de caer. Muerto.

La sangre cubre el suelo, se acumula como un río bajo él y avanza lentamente hacia mí.

—Dios mío —Me escabullo hasta que mi espalda choca con la pared.

Luca aparece a la vista, con una pistola en la mano, y apunta a su hermano a continuación.

—No la toques, Xavier, o estarás tirado en el suelo junto a él.

—Hay más de donde vino —dice Xavier, cortándome el brazo con el cuchillo.

Grito, llevándome la mano a la herida. La sangre me gotea por los dedos y Luca tira a Xavier al suelo. El cuchillo se le cae a Xavier, resbala por el suelo y desaparece bajo el sofá. La pistola vuelve a dispararse al caer de la mano de Luca, haciendo añicos la puerta corredera de cristal.

Luca consigue ponerse encima de Xavier, golpeándole en la cara.

Aprovecho la oportunidad y me alejo arrastrándome por el suelo para coger el cuchillo. Es entonces cuando veo a los gemelos al final del pasillo. Se abrazan y lloran.

Dan un paso adelante y yo alzo la mano, negando con la cabeza. Se me llenan los ojos de lágrimas cuando pienso que les puede pasar algo. No pueden dar un paso más.

Me cubro la cara para indicarles que se escondan y ellos asienten con la cabeza, corriendo hacia otra zona de la casa. Suspiro aliviada cuando se alejan y se pierden de vista, pero sigo estando preocupada. Tengo que luchar por mis hijos y por Luca.

No habría venido hasta aquí para salvarme si sólo quisiera el dinero, ¿verdad?

Tengo que hacer caso a mi instinto. Luca nunca me haría eso. El me ama. Si no, no habría venido. No necesita dinero; si lo necesita, se lo daré para salvar mi vida y la de mis hijos.

Aprieto la mejilla contra el suelo, miro debajo del sofá y contengo un grito de dolor mientras busco el cuchillo. Apenas puedo alcanzarlo. Luca y Xavier siguen luchando, golpeándose contra el sofá, que a su vez golpea mi hombro herido. Un dolor punzante me atraviesa el brazo mientras me estiro y noto el filo de la navaja.

Finalmente lo agarro y el borde afilado me corta la piel de la palma. Por fin, consigo envolverla con los dedos. De pie, miro hacia abajo y veo que toda la hoja está cubierta de mi sangre. Está resbaladiza y caliente. Agarro el mango y miro hacia arriba, dándome cuenta de que Xavier tiene la sartén por el mango. Tiene las manos alrededor de la garganta de Luca.

La cara de Luca se pone roja e intenta sacarle los ojos a Xavier.

No sé qué me pasa, pero pienso en todo lo que hay entre Luca y yo. Pienso en todo lo que he perdido en los últimos cinco años y en todo lo que quiero para los próximos. Me abalanzo sobre el sofá, pero cuando intento apuñalarle, ruedan hacia la derecha y el cuchillo se clava en la pared.

Tiro y tiro, intentando sacarlo, pero no se mueve.

Un espejo se rompe cuando Luca hace rodar a Xavier contra la pared, luego lo agarra por el pelo y le golpea la nuca contra el cristal.

Sigo intentando sacar el cuchillo, pero no funciona, así que busco otra cosa. Mis ojos se posan en la pistola. Está en el balcón, tirada entre cristales rotos. Mientras se pelean, me escabullo fuera, cojo la pistola y la amartillo.

Apuntando, disparo.

Y se hace el silencio.

La pelea termina.

Ya no hay lucha.

Simplemente... se acabó.

Xavier resbala y se desliza por la pared, cayendo inerte al suelo, y Luca se queda de pie, en estado de shock, con el labio roto y un ojo morado. Tiene la cara salpicada de sangre y los puños en alto, como si estuviera sujetando a Xavier contra la pared.

Lo único que no se me ocurre decir es:

—¿Por qué no me dijiste que tenías un hermano?.

Deja caer las manos y se limpia la sangre de la nariz.

—Porque no lo tengo. Nunca lo tuve. —Se precipita hacia mí y me quita la pistola de las manos.

—¿Camilla? Eh, mírame. Estás bien. Estás a salvo. Lo hiciste bien, niña bonita. Lo hiciste muy bien. Nos protegiste a todos.

Mis ojos no se apartan de Xavier.

Ha matado a un hombre.

ha sido en defensa propia, y he matado a un hombre.

—¿Dónde están los niños? ¿Dónde están nuestros hijos? —pregunta, sacudiéndome un poco para sacarme del shock. —Camilla, ¿dónde están los niños?

—Se están escondiendo. Les he dicho que se escondan —murmuro.

—No digo esto porque quiera la fortuna. No me importa el dinero. Podemos quemarlo cuando lo encontremos, pero tenemos que moverlo o hacer algo con él. Tiene que pasar algo, o la gente seguirá viniendo a por él, Camilla. Te quiero. Sólo te quiero a ti. No me importa el dinero o el acuerdo. Lo quemaré también. Quería que fueras mía; eso es todo.

—Yo también te quiero. No me importa. Tampoco me importa lo que hagamos con ella. Sólo te quiero a ti. Yo también te quiero. Perdóname. Siento mucho haberme ido. —Le rodeo el cuello con los brazos y entonces la niebla se disipa, devolviéndome al presente. —Dios mío, Luca. Tenemos que encontrar a los niños. No pueden ver los cuerpos. No pueden.

—Bien. No, está bien. Los encontraremos, y Alvize se encargará de los cuerpos. Acaba de llegar. Asiento con la cabeza, haciendo lo posible por mantener la compostura, pero estoy temblando.

—¿Olivia? Oliver! — Grito sus nombres mientras corro por el pasillo, mirando a izquierda y derecha. "¡O-al cuadrado! —Les llamo, algo que no he hecho en mucho tiempo.

Comprobamos las habitaciones de todos en la planta principal antes de subir corriendo. Paso por alto la habitación de mi padre y entonces me detengo. Allí se sentirían seguros. Era su abuelo. No conocían nuestras diferencias. Abro la puerta, pero no los veo.

—¿Oliver? ¿Olivia? —Susurro.

—¿Mami? — Olivia llora.

Luca y yo nos lanzamos una rápida mirada antes de correr hacia la cama y caer de rodillas. Están debajo de la cama, abrazados, llorando en los hombros del otro.

—Ven aquí. No pasa nada. Mis dulces bebés, todo está bien. —Cojo a Oliver mientras Luca coge a Olivia.

—Papá, —llora ella, rodeándole el cuello con los brazos mientras entierra la cara en su hombro.

—Oh, estoy aquí—,se atraganta. —Estoy aquí, cariño. Estoy justo aquí. Nunca te pasará nada. Te lo juro. Estoy tan orgulloso de vosotros. Os habéis mantenido a salvo el uno al otro. Sois muy fuertes —le susurra al oído, besándole la mejilla mientras la abraza con fuerza.

—Yo también quiero a papá —solloza Oliver, acercándose a Luca, pero Olivia tampoco parece necesitarme ahora, y me parece bien.

Luca los agarra a ambos, uno en cada cadera, y cae de rodillas, abrazando a sus dos .

—Os tengo a los dos. Estáis bien. Estáis a salvo. Siempre estaréis a salvo con nosotros. Os quiero. Os quiero tanto.

Y ahí es cuando las veo, las lágrimas.

No una, sino dos. Una de cada ojo mientras sostiene a nuestros hijos.

—Es donde empieza y acaba el mundo —digo de sopetón, pensando en lo que me dijo mi padre antes de morir. —El mundo empieza y acaba... —vuelvo a decir, preguntándome qué podría querer decir mi padre con eso. —Ya sé dónde está —digo asombrado.

—¿No lo sabías? —parece sorprendido.

—No, me planteó un acertijo. Es la chimenea. Allí hay un retrato de mi madre, y papá siempre decía que allí acababa y empezaba su mundo. Es la chimenea. Nunca encendíamos el fuego —digo, asombrada de no haberlo pensado antes.

—¿Qué quieres hacer con él? —Luca sigue de rodillas, con cada mano en la nuca de nuestros hijos, que aprietan las mejillas contra su hombro y se están quedando dormidos.

—Se lo daremos. A los tres.

—Eso suena genial. —Besa la frente de Olivia. —Espera, ¿qué quieres decir con los tres? Tenemos dos.

—Tenemos uno en camino —le digo, y él se pone en pie, corriendo hacia mí incluso con los brazos llenos.

—¿En serio?

—De verdad —susurro, besando sus labios. —Prepárate para ser padre de tres hijos.

—Quiero ser padre de muchos si puedo opinar —susurra.

Le quito a Olivia y la tumbo en la cama de mi padre, luego a Oliver, y se quedan profundamente dormidos.

—Cuando vi ese contrato, pensé que sólo me querías por la fortuna.

—Te lo dije... —me coge la mano y sonrío a nuestros hijos antes de poner la palma contra mi tripa. —Tengo toda la fortuna que un hombre pueda desear.

Creo que mi padre estaba en lo cierto.

Para mí, el mundo acaba y empieza con Luca Bianco.

— • —

## Epílogo

LUCA

*Dos años después.*

—Son gemelos—dice Camilla mientras se tumba en la silla.

Por fin se ha tomado un día libre en la panadería. Lleva dos años funcionando y es la mejor panadería de la ciudad, pero se está agotando. Me preocupa, sobre todo si está embarazada de gemelos otra vez.

Por suerte, Marco, su viejo amigo, trabaja allí a tiempo parcial para ayudarla, así que la panadería está cubierta por un día. Puede que tenga que convertirse en un puesto permanente para el grandullón.

—No, no lo es. Las posibilidades de que vuelva a ocurrir son muy escasas —digo, recordando que ya tenemos a Olivia y Oliver, y luego a Ashley y Ashton.

—La última vez que estuve así de grande fue cuando estaba embarazada de Ashley y Ashton. Te lo digo, son gemelos.

—Y yo te digo que es un niño grande, listo para hacerse cargo del negocio familiar.

Me clava los ojos; si las miradas mataran, yo estaría muerto.

—Es broma. Puede hacer lo que quiera. —Pero ya sé cómo funcionan estas cosas, Oliver querrá hacerse cargo y tomará a su hermanito bajo el ala. ¿Mis hijas? No me importa lo que tenga que hacer; nunca verán un arma en toda su vida.

—¿Estamos listos para saber el sexo? —La doctora entra por fin, animada como siempre, pero puedo ver unas gotas de sudor en su frente.

Sabe quién soy y está nerviosa.

—Sí. Estamos listos.

—Perfecto —canta, levantando la bata por encima de la tripa de mi mujer.

Nos casamos al día siguiente de que Taylor y Xavier intentaran matarnos. No queríamos esperar más, no después de todo lo que pasó.

Le echan gel en el vientre y Camilla sisea.

—¿Qué pasa?" Me levanto de la silla con ruedas.

—Sólo frío. Eso es todo, cariño. Sólo frío —Me da unas palmaditas en la mano y vuelvo a sentarme, mirando la pantalla mientras la doctora pasa el aparato por el vientre de Camilla.

—Veamos aquí. Oh, ahí está.

Un latido rápido retumba en los altavoces y me quedo boquiabierto. No puedo creer que me lo perdiera la primera vez.

—¿Está ella, él, sano? —Pregunto, necesito saberlo.

—Oh, sí, así que...", hace una pausa, moviendo el aparato y pulsando botones.

No me gusta cuando los botones hacen clic.

—¿Qué? ¿Qué pasa? ¿Qué pasa? No nos haga esperar —le ladro a la doctora, que da un respingo.

—Luca, déjala trabajar. Está pensando. No seas así. —Camilla me frota el brazo y yo asiento, respirando hondo.

Me he vuelto muy protector desde que me dijo que estaba embarazada otra vez. No quiero que nada salga mal. Necesito que todo sea perfecto. Quiero que sea como la primera vez.

—Lo siento. Parece que uno estuvo escondido todo este tiempo. ¡Va a tener gemelos! Qué maravilla. Tres veces seguidas, ¡eso sí que es especial! —bromea, pero yo lo único que oigo es dejar embarazada a mi mujer todas las veces que pueda, por muy posesivo que suene.

—¿Gemelos? —digo, con la voz ronca. —¿Otra vez? ¿Otra vez? —Dios mío, voy a tener seis hijos en total.

—En serio. Y parece que son niñas. Os felicito. Parece que te van a superar en número, papá, —informa. —Voy a imprimir algunas fotos. Enhorabuena.

—Niñas.— Sonríó, inclinándose para besar a Camilla. —Muchas gracias. Muchísimas gracias. Les compraré la casa de muñecas más grande. Estoy tan contento. No veo la hora de que lleguen. Estoy... —Me emociono, algo que sólo hago con Camilla. —Estoy tan jodidamente agradecido. —Acaricio su vientre y desearía poder protegerlas ahora mismo, pero el lugar más seguro donde pueden estar es justo donde están.

—Dos chicas ... ¿estás lista para eso?

—¿Estás de broma, niña bonita? Estoy hecho para los disfraces y las fiestas de té. Creo que me hice profesional con Ashley y Ashton.

—No olvides el maquillaje.

Refunfuño en voz baja.

—No podría, teniendo en cuenta que prometí no lavar la obra maestra de Olivia y Ashley. Tuve que ir a trabajar así.

Camilla suelta una risita.

—Y ojalá hubiera podido ver sus caras.

Yo lo hice.

Parker es el primero de la lista. Me aseguraré de que Olivia le coja la próxima vez. Entonces se lo pensará dos veces antes de reírse de mí.

—Dos chicas más —suspira, frotándose la tripa. —Has estado increíble, ¿sabes? —dice sin venir a cuento. —Eres el mejor padre. Ha sido increíble verte con ellas. Ojalá hubiéramos tenido eso con Oliver y Olivia, pero habrías sido igual. Protector y cariñoso. Soy la mujer más afortunada del mundo. —Gime, poniendo las manos a ambos lados de su tripa.

—¿Qué pasa?

—Sólo una patada en la vejiga. Siento que ya serán niñas de papá si me tratan así.

Sonrío y la ayudo a bajar de la camilla.

—Eso espero.

Alargo la mano por detrás, tiro del lazo a de la bata de hospital y veo cómo cae al suelo, arremolinándose a nuestros pies.

—Joder, eres sexy. —Froto mis manos sobre su tripa y la inmovilizo contra la mesa.

—Soy una ballena.

—No, llevas a mis hijos, y nada me pone más caliente que eso.

—Bueno, esta va a ser la última vez. He terminado después de esto —dice con sarcasmo, mordiéndome el labio.

—¿Ah, sí? —Ahueco la mano sobre su coño y le paso el pulgar por el clítoris, pero sin presionar.

—Si eso es lo que quieres, lo entiendo, pero quiero que sepas que te daré todos los hijos que quieras porque verte embarazada... —Gruño, agarrando su mano y frotándola contra mi polla que se endurece; le hago saber lo mucho que la deseo. —Me provoca cosas. Siempre quiero dejarte embarazada.

—¿Crees que no lo sé? —me empuja suavemente y coge su vestido negro que se coloca fácilmente por encima de la cabeza.—¿Cómo crees que estoy así por tercera vez?, —sonríe.

Cuando está vestida, apoya las palmas de las manos en mi pecho y me mira.

—En serio, te quiero mucho, y tendré tantos hijos como estés dispuesto a darme. Me encanta que me quieras así.

La rodeo con el brazo y la agarro por el culo, atrayéndola hacia mí. Me olvido de dónde estamos y, cuando estoy a punto de besarla hasta perder el sentido, se abre la puerta.

—Bien, ya estás lista para irte. Asegúrate de descansar. Preferiría que estuvieras relajada la mayor parte del embarazo, ¿vale?

Me alejo un paso de mi mujer y le cojo la mano.

—De acuerdo, doc. Espere. ¿Eso significa que no podemos tener sexo?

Se ríe y se mete el bolígrafo en el bolsillo.

—Todavía podéis tener sexo. El sexo produce hormonas increíbles, así que, por favor, seguid haciéndolo.

—No será difícil. Que pases buen día. —Agarro la mano de mi mujer y la arrastro detrás de mí mientras salgo a toda prisa de la consulta del médico. —¿Qué te parece pasar el día en uno de los hoteles más lujosos de la ciudad? —Abro la puerta del coche para Camilla y la ayudo a sentarse.

—No podemos. Alvize y Cora están vigilando a nuestros cuatro monstruitos. No podemos dejarlos allí con ellos. Quién sabe lo que pasará.

—Estarán bien. Quiero follarte para oírte gritar sin despertar a los niños, y luego te daré un masaje en los pies y te pediré todo lo que quieras al servicio de habitaciones.

Su cara se suaviza.

—Me encanta cuando me masajeas los pies.

—Ya lo sé. —Le acaricio la cara y le doy un beso en esos dulces labios de los que nunca me cansaré. —Te mereces todos los masajes de pies.

—Para; harás que me desnude aquí y ahora si sigues diciéndome esas cosas tan sucias.

Agarro su muslo y acerco peligrosamente los dedos a su coño.

—Por mucho que quiera verte desnuda, tu cuerpo es para mí y sólo para mí. Nadie más puede verlo. —De mala gana, la suelto y cierro la puerta, rodeando la parte delantera del coche para sentarme en el asiento del conductor.

Nos dirigimos a un hotel boutique único que sabía que a ella le encantaría.

Tras ayudar a Camilla a salir del coche y entregarle las llaves al aparcacoches, no nos molestamos en registrarnos porque soy el propietario del ático.

Como si fuera a permitir que mi mujer se quedara en una habitación de hotel normal.

—Sr. Bianco. El ático está preparado para ustedes —saluda Natasha, la dueña del hotel.

—Gracias, Natasha. —Guío a Camilla al ascensor.

Cuando entramos y se cierran las puertas, la inmovilizo contra la pared de acero inoxidable.

—Hace demasiado tiempo que no tengo este coño como yo quisiera—. Levanto su vestido y deslizo mis dedos por sus labios húmedos, las rodillas se le doblan en cuanto presiono contra su clítoris.

Lo que más me gusta de que esté embarazada es que está sensible en todas partes. No tarda mucho en correrse, y me encanta. Hace que tenga sed de más.

Cuando deslizo un dedo dentro de ella, se agarra a la barandilla y jadea, echando la cabeza hacia atrás mientras la llevo al centro del ascensor.

—¿Crees que puedo hacer que te corras antes de que se abran las puertas? —Trazo un camino de besos por su garganta, aumentando el ritmo del dedo que la penetra como desearía que lo hiciera mi polla.

Sólo unos minutos más.

—Sí —gimotea. —Quiero más. Quiero más. Quiero tu polla. —Juega con el cinturón de mis pantalones y la detengo.

—No hay tiempo para eso en el ascensor, niña bonita. No puedo follarte en el ascensor. —Su vientre es demasiado grande. Sería incómodo en la posición que necesitamos. No le haré eso.

Cuando las puertas se abren, estamos directamente en el ático, y saco los dedos, metiéndomelos en la boca.

. —Eres tan jodidamente dulce.

Me agarra la polla, me la aprieta a través de los pantalones y, con un gruñido, la cojo en brazos y la llevo al otro lado del umbral.

—Es tan bonito —dice, sin mirar siquiera la vista de la ciudad a través de los ventanales. No, me mira a mí mientras sus labios rozan las partes sensibles de mi garganta.

—Lo tengo sólo para ti. —Cuando la llevo al sofá, no pierdo el tiempo.

La inclino sobre el respaldo y ella se agarra al borde mientras le subo el vestido hasta la cintura.

—Me encanta que no lleves bragas. —Me desabrocho el cinturón y dejo caer mis pantalones, mi polla golpeando su culo. —Será mejor que grites para mí, Camilla. Hace demasiado tiempo que no lo oigo. —La penetro con un movimiento suave y ella gime, apretando el culo contra mí. —Qué buena chica. Me encantan esos sonidos.

Agarrando sus caderas, comienzo un ritmo rápido y duro, metiendo y sacando mi polla de ella lo más rápido posible.

Está tan jodidamente mojada que ya siento que el orgasmo se apodera de mí. Hacía tanto tiempo que no estábamos solos, sin tener que preocuparnos de los niños, y sentirla recibir mis

embestidas y gemir por mi nombre me hace perder el control.

—Voy a tener este coño en cada centímetro de este ático. Donde quiera, cuando quiera. —Miro hacia abajo y separo sus nalgas para ver cómo la tomo.

—¡Luca! Estoy tan cerca. No pares. Oh Dios, más. Más fuerte.

Me enrosco sobre ella y le rodeo el culo con una mano, mientras la agarro con fuerza y hago palanca con las dos para darle lo que necesita.

—¡Joder, Luca! ¡Sí! Oh, Dios, sí. Tan bueno, tan jodidamente bueno —divaga, cada vez más húmeda, y no puedo contenerme mucho más. Sus rodillas se doblan y sus gritos se vuelven más rápidos y entrecortados. Es entonces cuando su coño se contrae alrededor de mi polla y su orgasmo se apodera de su cuerpo.

Yo también caigo por el borde del precipicio, llenando sus adictivas profundidades por primera vez hoy.

Coloco una mano en el costado de su vientre, beso su mejilla y luego aprieto mi frente contra su espalda mientras recuperamos el aliento.

Me lo ha dado todo, incluso cuando yo no podía dárselo.

Camilla es mi reina, y mi reino es suyo.

**FIN**

**¿QUIERES SEGUIR LEYENDO SOBRE ESTA PAREJA?**

**Haz clic aquí para leer una escena exclusiva.**